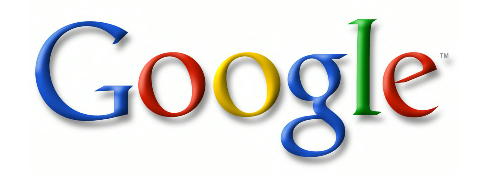
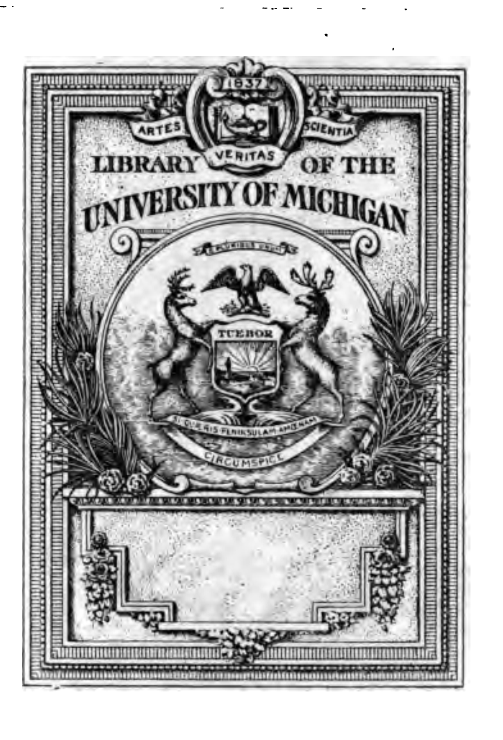



1837
ARTES
SCIENTIA
VERITAS
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
TUEBOR
SI QUAERIS PENINSULAM AMOENAM
CIRCUMSPICE

OBRAS COMPLETAS

DE

D.ª CONCEPCIÓN ARENAL

TOMO CUARTO

LA MUJER DEL PORVENIR

LA MUJER DE SU CASA

MADRID
LIBRERÍA DE VICTORIANO SUÁREZ
48, Preciados, 48
1895

LA MUJER DEL PORVENIR

LA MUJER DE SU CASA

OBRAS COMPLETAS

DE

D.ª CONCEPCIÓN ARENAL

TOMO CUARTO

LA MUJER DEL PORVENIR

LA MUJER DE SU CASA

MADRID
LIBRERÍA DE VICTORIANO SUÁREZ
48, Preciados, 48
—
1895

E .t ip. «Sucesores de Rivadeneyra».—Paseo de San Vicente, 20.

LA MUJER DEL PORVENIR.

AL LECTOR.

Más bien te preveo hostil que te espero benévolo, lector, á quien por tanto no me atrevo á llamar amigo.

Te presento este librito, y si te propones leerle, me debes agradecer que sea tan breve, porque el asunto es largo, y te aseguro que me ha costado trabajo no decir más sobre él.

He procurado agrupar los argumentos y concentrar las razones para que tengan más fuerza, porque ya se me alcanza que no será poca la resistencia que necesitan vencer.

Los que se dirigen á ti, suelen tener la idea de atraerte á su creencia, á su opinión; mis pre-

tensiones son más modestas: no intento persuadirte ni convencerte; toda mi ambición se limita á que al concluir estas páginas, dudes y digas, primero para ti y después para los otros:—¿Si tendrá razón esta mujer en algo de lo que dice?—

CAPÍTULO PRIMERO.

CONTRADICCIONES.

El error, tarde ó temprano, acaba por limitarse á sí mismo, y la primera forma de su impotencia, es la contradicción: si quisiera ser lógico, se haría imposible. La humanidad, que puede ser bastante ciega para dejarle sentar sus premisas, no es nunca bastante perversa ó insensata para permitirle que saque todas sus consecuencias: le opone su razón, sus afectos ó sus instintos, y él transige; podemos estar seguros de que donde hay contradicción, hay error ó impotencia.

Aplicando esta regla al papel que la mujer representa en la sociedad, por la falta de lógica del hombre, vendremos á convencernos de su falta de razón, primero, y de ¡justicia, después.

Una mujer puede llegar á la más alta dignidad

que se concibe, puede ser madre de Dios: descendiendo mucho, pero todavía muy alta, puede ser mártir y santa, y el hombre que la venera sobre el altar y la implora, la cree indigna de llenar las funciones del sacerdocio. ¿Qué decimos del sacerdocio? Atrevimiento impío sería que en el templo osara aspirar á la categoría del último sacristán. La lógica aquí sería escándalo, impiedad.

Si del orden religioso pasamos al civil, las contradicciones no son de menor bulto. ¿Cómo una mujer ha de ser empleada en Aduanas ó en la Deuda, desempeñar un destino en Fomento ó en Gobernación? Sólo pensarlo da risa. Pero una mujer puede ser jefe del Estado. En el mundo oficial se la reconoce aptitud para reina y para estanquera; que pretendiese ocupar los puestos intermedios, sería absurdo. No hay para qué encarecer lo bien parada que aquí sale la lógica (1).

(1) No habíamos hecho mención de las maestras, que en el tiempo transcurrido desde que se escribió el libro han adquirido más importancia, y mejorado su condición económica. También en el ramo de Telégrafos se admiten telegrafistas del sexo femenino, pero sólo como apéndices de sus hermanos ó maridos, y recibiendo menos retribución que ellos. La novedad de más trascendencia, es consentir

En las relaciones de familia, en el trato del mundo, ¿qué lugar ocupa la mujer? Moral y socialmente considerada, ¿cuál es su valor? ¿cuál su puesto? Nadie es capaz de decirlo. Aquí es mirada con respeto, y con desprecio allá. Unas veces sufre esclava, otras tiraniza; ya no puede hacer valer su razón, ya impone su capricho. Buscad una regla, una ley moral: imposible es que la halléis en el caos que resulta del choque continuo entre las preocupaciones y la ilustración, el error y la verdad, la injusticia y la conciencia. El libertino que escarnece la virtud, cree en la de su madre; el cínico arriesga la vida en un desafío por defender el honor de su hermana; el que ha hecho muchas víctimas y hollado las más santas leyes, recibe como tal

---

á las mujeres que aprendan en los institutos y universidades, y expedirles certificados lo mismo que á cualquier alumno que aprueba una asignatura ó termina su carrera; pero aquí la contradicción es mayor que en ninguno de los casos mencionados. A la mujer que estudia se le da un documento que acredita su suficiencia, pero se le prohibe ejercer la profesión para que se le reconoce aptitud. La autoridad le dice: Te concedo que sabes, pero si aplicas tus conocimientos, te perseguiré porque..... mando la Guardia civil, y obedezco á las preocupaciones.

un capricho de la que ama; el que tiene teorías y hábitos de tirano, viene á ser el esclavo de su hija ó de su nieta. El corazón, los instintos, la conciencia, se oponen de continuo en la práctica á esas teorías que conceden al hombre superioridad moral sobre la mujer. Se ve, pues, arrastrado á ceder de lo que llama su derecho cuando no abusa de él, y al conceder esta gracia, ya no establece reglas de justicia, porque no es fácil poner límites á la generosidad del que da por afecto, ni á la exigencia del que recibe sin reflexión. Así, pues, en las relaciones domésticas y sociales del hombre y la mujer, como lo que se llama justicia no lo es, ni puede por lo tanto convertirse en regla permanente y respetada, todo está á merced de los afectos y de las pasiones, todo es tan ocasionado á mudanzas como ellas, y por punto general, á las mujeres se les da más ó menos de lo que merecen y les es debido: son, el niño oprimido á quien se hace siempre guardar silencio, ó el niño mimado que impone su voluntad. Con sólo mirar lo que pasa en rededor nuestro, veremos tantas contradicciones como individuos hemos observado.

Si dejando las costumbres pasamos á las leyes, ¿qué es lo que ven nuestros ojos? ¡Ah! Un es-

pectáculo bien triste, porque la ley no tiene la flexibilidad de los afectos, y si el padre, y el esposo, y el hermano son inconsecuentes para ser justos, la ley inflexible no se compadece del dolor ni se detiene ante la injusticia. Las contradicciones de la ley pesan sin lenitivo alguno sobre la mujer desdichada. Exceptuando la ley de gananciales, tributo no sabemos cómo pagado á la justicia, rayo de luz que ha penetrado en obscuridad tan profunda, las leyes civiles consideran á la mujer como menor si está casada, y aun no estándolo, le niegan muchos de los derechos concedidos al hombre.

Si la ley civil mira á la mujer como un ser inferior al hombre, moral é intelectualmente considerada, ¿por qué la ley criminal le impone iguales penas cuando delinque? ¿Por qué para el derecho es mirada como inferior al hombre, y ante el deber se la tiene por igual á él? ¿Por qué no se la mira como al niño que obra sin discernimiento, ó cuando menos como al menor? Porque la conciencia alza su voz poderosa y se subleva ante la idea de que el sexo sea un motivo de impunidad: porque el absurdo de la inferioridad moral de la mujer toma aquí tales proporciones que le ven todos: porque el error

llega á uno de esos casos en que necesariamente tiene que limitarse á sí mismo, que transigir con la verdad y optar por la contradicción. Es monstruosa la que resulta entre la ley civil y la ley criminal; la una nos dice:—Eres un ser imperfecto; no puedo concederte derechos.—La otra:—Te considero igual al hombre y te impongo los mismos deberes; si faltas á ellos, incurrirás en idéntica pena.

La mujer más virtuosa é ilustrada se considera por la ley como inferior al hombre más vicioso é ignorante, y ni el amor de madre, ¡ni el santo amor de madre! cuando queda viuda, inspira al legislador confianza de que hará por sus hijos tanto como el hombre. ¡Absurdo increíble! (1).

---

(1) Con satisfacción grande señalamos un progreso en la ley civil que concede á la viuda patria potestad. Pero si la justicia triunfa, la contradicción aumenta, porque, ó con la muerte del marido la mujer adquiere cualidades y aptitudes que antes no tenía, ó mientras vive él, posee las suficientes para no ser tratada toda su vida como menor, sin poder administrar ni disponer de sus bienes, aunque el esposo infiel los emplee en ofenderla, en dar mal ejemplo á sus hijos, en torcer la justicia si acude á los Tribunales, y en hacerla la guerra por mil medios si no se resigna á todo.

Es tal la fuerza de la costumbre, que saludamos todas estas injusticias con el nombre de *derecho*.

Podríamos recorrer la órbita moral y legal de la mujer y hallaríamos en toda ella errores, contradicciones é injusticias. La mitad del género humano, la que más debiera contribuir á la armonía, se ha convertido por el hombre en un elemento de desorden, en un auxiliar del caos, de donde salen antagonismos y luchas sin fin.

Los problemas de la mujer en sus relaciones con el hombre y con la sociedad, están siempre más ó menos fuera de la ley lógica. ¿Es esto razonable? ¿es racional siquiera? No hay más que una razón, una lógica, una verdad. El que quiera introducir la pluralidad donde la unidad es necesaria, introduce la injusticia y con ella la desventura.

Si supiera el hombre que nunca se equivoca impunemente, buscaría el acierto con mayor solicitud. Nosotros, que tenemos esta íntima persuasión, procuraremos desvanecer los errores que existen con respecto á la mujer. Tal es el objeto del presente escrito.

era todo, se comprende que la mujer no fuese nada. La inferioridad de sus músculos debía hacer imposible la sanción de sus derechos, y en sociedades formadas por los combates y para los combates, ¿qué consideración había de merecer en la paz la que era inútil en la guerra?

Las sociedades modernas están lejos de haberse limpiado de la lepra de sus preocupaciones. Hijas de la conquista, no han renunciado del todo á la desdichada herencia de su madre, y aun hay leyes que parecen escritas con una lanza, costumbres formadas en el campamento romano, y opiniones salidas del castillo feudal. No obstante, el progreso es visible, la fuerza es cada vez menos fuerte, y en casi todas sus manifestaciones paga tributo á la inteligencia. Aflige, es cierto, ver la profanación de la ciencia aplicada á la guerra y convertida en elemento de destrucción; pero la gran ley providencial no se infringe: la sociedad, como el hombre, se mejora ilustrándose; en su cólera, es menos feroz, y cuanta más ciencia se emplea en la guerra, hay en ella menos crueldad: aun en el campo de la fuerza la victoria corresponde en adelante á los que saben más.

Si mucho en el presente, si más en el porve-

nir depende de la inteligencia, preciso será discutir si la de la mujer es realmente inferior á la del hombre, y si esta inferioridad es orgánica; ó lo que es lo mismo, si es obra de la Naturaleza. Consultemos para esta discusión á un gran maestro de la anatomía y de la fisiología del cerebro, á Gall, y como su opinión está conforme con la de otros muchos, veamos si se halla fundada en hechos y razones, ó si el gran observador, tan circunspecto casi siempre, resolvió esta cuestión sin meditarla bastante.

«Sólo por la diferente organización de los dos sexos, dice el Dr. Gall (1), puede explicarse cómo ciertas facultades son más enérgicas en el hombre y otras en la mujer.

»El cerebro de la mujer está generalmente menos desarrollado en su parte anterior-superior, y por eso, por lo común, las mujeres tienen la frente más estrecha y menos elevada que los hombres (2).

»Las mujeres, en cuanto á sus facultades intelectuales, son generalmente inferiores á los hombres (3).

(1) *Physiologie du cerveau.*
(2) Gall. *Physiologie du cerveau.*
(3) Gall. *Physiologie du cerveau.*

»Si tales debilidades (la superstición y la fe en oráculos, sueños, presagios, etc.) son más bien propios de las mujeres, aunque sean muy instruídas y de talento, la razón es que, generalmente, la parte cerebral anterior-superior adquiere un desarrollo mucho menor en las mujeres que en los hombres, y que, por consiguiente, apenas les ocurre que no puede haber ningún suceso, ningún efecto sin causa.» (1).

Por lo que dejamos copiado, y por otras citas que podríamos hacer de la misma obra, se ve que, en opinión de Gall, la inferioridad intelectual de la mujer es *orgánica.* Veamos ahora si al afirmarlo así, apoyándose en el menor volumen de la parte anterior-superior de la cabeza de la mujer, no está en contradicción consigo mismo y con los hechos.

«La energía de las funciones (del cerebro) no depende solamente del *tamaño* de los órganos, sino también de su *irritabilidad.*

. . . .

»Las mujeres están dotadas de una *irritabi-*

(1) Gall. *Physiologie du cerveau.*

lidad más pronta y de una sensibilidad más exquisita (1).

»La perfección, con la cual los sistemas nerviosos diferentes del encéfalo llenan sus funciones, no depende de *ningún modo* de la masa mayor ó menor del cerebro, sino de su propia organización más ó menos perfecta. ¿No vemos ciertos insectos dotados de un tacto, de un oído, de un gusto sumamente delicados, aunque su cerebro es muy sencillo y muy pequeño? (2).

»Vemos, además, que la naturaleza con masas cerebrales *extraordinariamente pequeñas*, llega á producir los efectos más admirables; ¿quién no recuerda aquí la hormiga, la abeja, etc., etc.? (3).

»Por más que el hombre esté organizado de la manera más perfecta, *el ejercicio es indispensable para aprender á combinar muchas ideas relativamente á ciertos objetos*» (4).

Resulta, pues, que el mismo autor que da como cosa cierta la inferioridad intelectual de la mujer, apoyándose en el volumen menor de

(1) Gall. *Physiologie du cerveau.*
(2) Gall. *Physiologie du cerveau.*
(3) Gall. *Physiologie du cerveau.*
(4) Gall. *Physiologie du cerveau.*

su frente, afirma que *la energía de las funciones del cerebro no depende solamente de su tamaño; que con masas cerebrales muy pequeñas, la naturaleza produce los efectos más admirables; que la* IRRITABILIDAD *de los órganos influye en la energía de las funciones*, con todo lo demás que acabamos de ver. Fijémonos bien en esta última circunstancia: la *irritabilidad*. Gall dice, y todo el mundo sabe, que el sistema nervioso de la mujer es más *irritable;* el vulgo dice que es más *nerviosa*, y está fuera de duda que su sistema nervioso tiene más actividad. Siendo, pues, más activo, ¿no podrá hacer el mismo trabajo intelectual con menor volumen? ¿No vemos esto mismo en muchos hombres más inteligentes que otros, cuya frente es mucho mayor? Cualquiera que haya observado cabezas y comparado inteligencias, ¿puede dudar de que en muchos casos la *calidad* de la masa cerebral suple la *cantidad?*

Además, según la experiencia lo aconseja, y el autor que vamos refutando lo hace, no se han de apreciar las masas cerebrales teniendo en cuenta su volumen absoluto, sino el relativo; de otro modo, el elefante y muchos cetáceos serían más inteligentes que el hombre. Apreciando,

pues, como se debe, el volumen de la cabeza de la mujer, no de una manera absoluta, sino relativa, ¿resultará menor que la del hombre? Si su cuerpo es menor, ¿no ha de serlo la masa cerebral?

No siendo el diámetro del occipital al frontal, que es mayor en la mujer, lo cual atribuye Gall al mayor desarrollo del órgano del amor á los hijos; no siendo este diámetro, decimos, todos los demás de la cabeza de la mujer son menores que los de la del hombre, ó lo que es lo mismo, la cabeza de la mujer es más pequeña. Si fuera necesaria la igualdad de volumen para que la energía en las funciones fuese la misma, la inferioridad de la mujer sería para todo. Sus sentidos serían más torpes, y siguiendo á Gall en su clasificación de facultades, sería menor su circunspección, su instinto de localidad, su amor á la propiedad, su sentimiento de la justicia, su disposición para las artes, etc., etc. Nada de esto sucede: en la mayor parte de las facultades la mujer es igual al hombre; la diferencia intelectual sólo empieza donde empieza la de la educación. Los maestros de primeras letras no hallan diferencia en las facultades de los niños y de las niñas, y si la hay, es en favor de éstas,

más dóciles por lo común y más precoces.

En la gente del pueblo, entre los labradores rudos y siempre que los dos sexos están igualmente sin educar, ¿qué observador competente puede decir con verdad que nota en el hombre superioridad intelectual? En los matrimonios de esta clase, la autoridad del marido se apoya en su fuerza muscular; de ningún modo en la de su inteligencia.

Dice el Dr. Gall que el órgano del cálculo está generalmente menos desarrollado en las mujeres que en los hombres; pero nunca hemos visto que los niños cuenten mejor que las niñas antes de aprender aritmética, ni que los hombres del pueblo que no la saben manifiesten mayores disposiciones para el cálculo que las mujeres.

Bien podría suceder también, que como la forma del cráneo depende de la del cerebro, y todo órgano aumenta con el ejercicio y disminuye en la inacción, bien podría suceder, decimos, que no cultivando las mujeres ciertas facultades, los órganos del cerebro correspondientes menguasen por falta de ejercicio; que esto contribuyese algo á su menor volumen, siendo efecto lo que se considera como causa.

Ya hemos dicho que, según el Dr. Gall: «Por más que el hombre esté organizado de la manera *más perfecta*, *el ejercicio es indispensable* para aprender á combinar muchas ideas, relativamente á ciertos objetos.» ¿Tienen las mujeres este ejercicio indispensable? ¿Pueden tenerle? Y si no le tienen, ni por regla general es posible que le tengan, ¿cómo combinarán muchas ideas, relativamente á ciertos objetos, tarea que en efecto necesita una gran gimnasia intelectual?

El trabajo de la inteligencia está lejos de ser una cosa espontánea en el hombre. El temor, la necesidad, el cálculo, el amor á la gloria, vencen la natural repugnancia que por lo común inspiran las fatigas del entendimiento. El profesor y el discípulo necesitan un esfuerzo, grande por regla general, para habituarse á los estudios graves y á las meditaciones profundas. ¿Cómo las mujeres vencerán esta resistencia natural, cuando para vencerla no ven objeto; cuando se les dice que no la pueden ni la deben vencer, y cuando tienen para ello hasta imposibilidad material? Si ciertas facultades sólo se revelan con el ejercicio continuado, cuando este ejercicio falta, de que no se manifiestan ¿debe con-

cluirse que no existen? ¡Extraña lógica! Tanto valdría afirmar que un hombre no tiene brazos, porque habiéndolos tenido toda la vida ligados y en la inacción, no puede levantar un gran peso. Y decimos *grande*, porque la mujer no aparece privada de ninguna de las facultades del hombre: como él, reflexiona, compara, calcula, medita, prevé, recuerda, observa, etc. La diferencia está en la intensidad de estas funciones del alma y en los objetos á que se aplican. Su esfera de acción es más limitada, pero no vemos que en ella revele inferioridad. La inferioridad, dicen, aparecería si la esfera se ensanchase. Esto es lo que no hemos visto demostrado con razones; esto es lo que nadie puede probar con hechos; esto es lo que importa mucho que se averigüe, y esto es lo que con el tiempo se averiguará. Palabras sonoras, pero vacías: autoridades, costumbres, leyes, rutinas, y el ridículo y el tiempo; esto es lo que suele traerse al debate en vez de razones. En tratándose de las mujeres, los mayores absurdos se sientan como axiomas que no necesitan demostración.

Ni el estudio de la fisiología del cerebro ni la observación de lo que pasa en el mundo, autorizan para afirmar resueltamente que la inferio-

ridad intelectual de la mujer sea *orgánica*, porque no existe donde los dos sexos están igualmente sin educar, ni empieza en las clases educadas, sino donde empieza la diferencia de la educación.

CAPÍTULO III.

INFERIORIDAD MORAL DE LA MUJER.

Hay autores (les haremos el favor de no citarlos) que afirman la inferioridad moral de la mujer; hay leyes que no se comprenden si no son consecuencia de la misma opinión, y la suponen también algunas costumbres, aunque pocas, y próximas á desaparecer. En las costumbres, este error puede decirse que acaba, que está agonizando.

¿Qué es la superioridad moral? Comparando dos seres libres y responsables, es moralmente superior al otro aquel que tenga más bondad y más virtud, aquel que sienta menos impulsos malos ó los enfrene con mayor energía, aquel que haga más bien y menos mal á sus semejantes, y para decirlo brevemente: aquel que sea *mejor*. ¿El hombre es *mejor* que la mujer? Investiguémoslo.

La bondad es sensibilidad, compasión y paciencia. ¿El hombre es tan sensible, tan compasivo y tan paciente como la mujer? Suponemos que no habrá ninguno bastante obcecado para responder afirmativamente; mas por si lo hubiere, que al cabo existen en el mundo seres inverosímiles, nos haremos cargo de algunos hechos de tanto bulto, que quien no los vea podrá palparlos.

La paciencia de la mujer, facultad que tiene bien ejercitada, se echa de ver en todas las situaciones de la vida. Niña, empieza á auxiliar á su madre, á cuidar á sus hermanos pequeñuelos, á ocuparse en faenas minuciosas y en labores de un trabajo prolijo, que acepta sin murmurar, y á que sería difícil, si no imposible, sujetar á ningún niño. Madre, tiene con sus hijos una paciencia verdaderamente infinita, de que ni remotamente es capaz el hombre. Sin que creamos que todos los maridos son unos tiranos, sabiendo, por el contrario, que hay muchos, muchísimos muy buenos, y que casi todos son mejores de lo que debería esperarse dadas las leyes, las opiniones y el estado de inferioridad intelectual de la mujer, no obstante, no nos parece dudoso que, generalmente

hablando, la paz de los matrimonios exige mayor paciencia de la esposa, que, con pocas excepciones, es la más paciente.

Teniendo menos fuerza, es providencial que la mujer tenga más paciencia; si no, sucumbiría en una lucha fácil de provocar é imposible de sostener.

Que la sensibilidad de la mujer es mayor se ve harto claro, aun sin observarla; todo la conmueve, todo la impresiona más que al hombre. Se asusta, se exalta, se entusiasma, adivina antes que él. Su ¡ay! es el primero que se escucha, su lágrima la primera que brilla; los dolores le duelen más, y cuando el hombre se estremece, ella tiene una convulsión. El fisiólogo dice que es más *irritable*, el vulgo que es más *débil*; pero todos convienen, porque es evidente para todos, en que es más *sensible*.

¿Quién cuida del niño abandonado, del enfermo desvalido y del anciano decrépito? ¿Quién halla disculpa para todos los extravíos del triste? ¿Quién tiene lágrimas para todos los afligidos? ¿Quién no puede ver llanto sin llorar? ¿Quién padece *con* los que sufren y es *compasiva* como la mujer? No suele el hombre afligirse al

par de ella de los ajenos dolores, ni afanarse tanto por buscarles alivio.

Siendo más paciente, más sensible y más compasiva, ¿no podremos concluir que es *mejor?*

Y si cuando se trata de consolar á los tristes la mujer se presenta la primera, ¿lo es también para hacer desgraciados, para causar mal? ¿Infringe los preceptos de Dios y las leyes humanas, ataca la honra, la vida y la propiedad con tanta frecuencia como el hombre? Aquí responden los números.

La mujer, más impresionable, menos educada, puesta á veces por la opinión en circunstancias terribles, oprimida otras por la fuerza brutal; reducidas muchas á la miseria por la sociedad que le cierra la mayor parte de los caminos para ganar su subsistencia, escuchando el grito horrible de sus hijos hambrientos cuando no tiene pan que darles, recibiendo el bofetón ignominioso del desprecio público cuando ha sido débil, expuesta al tedio por falta de ocupación racional y útil, la mujer debía abandonarse á la desesperación con más frecuencia que el hombre y recurrir más veces al suicidio. Y, sin embargo, no es así; el ser débil soporta con mayor fortaleza una vida de dolores; lucha

hasta caer herida por la mano de Dios omnipotente, y no por la suya culpable. La proporción varía de unos países á otros, pero en todos es menor el número de mujeres que se suicidan que el de hombres.

No falta quien diga que esto es cobardía; ¡como si el suicidio fuera un acto de valor, y como si las mujeres no supieran arrostrar la muerte cuando el deber ó la caridad lo mandan, como si retrocedieran ante el peligro en los cataclismos y las epidemias!

Las mismas causas que debieran impulsar al suicidio más mujeres que hombres, debían llevar mayor número á las cárceles. Más pobres, más despreciadas y con peor educación, están en las circunstancias más propias para ceder á las tentaciones del crimen y pagar mayor tributo á la prisión y al patíbulo. No sucede así. En ningún pueblo del mundo puede compararse la criminalidad de la mujer con la del hombre, ni por el número ni por la gravedad de los delitos. En los Estados Unidos, donde están mejor educadas y tienen mayor facilidad de ganar el sustento honradamente, el número de mujeres criminales es tan corto, que al establecer el sistema penitenciario creyeron los reformadores



que podían prescindir de ellas. En España la proporción de criminalidad entre los dos sexos es de *siete* hombres por *una* mujer, y mientras en los hombres la cuarta parte de los delitos son contra las personas, entre las mujeres, uno de trece.

Cuando la mujer, en las malas condiciones en que está, hallando tantas dificultades para proveer á su subsistencia, careciendo de educación y siendo poco considerada, en general, se ve más en las casas de beneficencia y menos en las prisiones que el hombre; es decir, que hace á la sociedad más bien y menos mal, ¿no podremos afirmar que es mejor?

Observando con atención é imparcialidad no es posible desconocer la superioridad moral de la mujer. Sus pasiones son menos agresivas, y menos fuertes en ellas esos instintos cuya preponderancia conduce al crimen. El deseo de agradar, que torcido por una educación absurda la lleva con frecuencia á rídiculas frivolidades, la hace muy sensible á la reprobación, y en muchos casos le sirve de freno. Tienen sus pasiones otro eficaz, el sentimiento religioso, mucho más fuerte en ella que en el hombre. El temor de Dios la contiene, su amor la eleva y la purifica, y la esperanza en Él le da fortaleza y resigna-

ción; el sexo *piadoso* tiene en la piedad un elemento más para marchar con firmeza por el camino de la virtud y para levantarse cuando una vez ha caído.

Padres amantes que veis con tristeza el nacimiento de una hija porque prevéis para ella más penalidades que si fuera varón, calmaos, porque esta criatura, físicamente débil y sujeta á tantos dolores, tendrá la fortaleza de la resignación y el consuelo de la esperanza. Su mayor sensibilidad, origen de muchas tristezas, lo será también de muchas alegrías; las malas pasiones la arrastrarán menos veces, y en medio de la lucha recia con el mundo, le será más fácil hallar la paz del alma. Ni siempre que aparezca como víctima lo será en efecto, porque halla más goces en la abnegación que en el egoísmo. Si va mucho por los caminos de la tristeza, no frecuentará los de la culpa. Sus ojos derramarán lágrimas, pero casi nunca sus manos verterán sangre. No recibáis á la pobre niña recién nacida con desdén ó con temor; dadle el ósculo de bienvenida, diciendo: ¡Hija del alma! Si acaso eres menos afortunada por ser mujer, también serás probablemente mejor.

---

puede encender una luz sin incurrir en la nota de incendiario; que todo llamamiento es somatén, y que el orden ha de establecerse necesariamente en silencio y á tientas. Esta observación, de cuya exactitud puede cerciorarse cualquiera, debería dar á todos que pensar.

En los pueblos salvajes, la mujer, instrumento pasajero de placeres brutales, es horriblemente desdichada. Su feroz tirano la sacrifica y la abruma de trabajo y de dolor. Sin más ley que la fuerza ni más necesidades que groseros apetitos, oprime á la pobre esclava, que no halla misericordia, porque su verdugo no sabe lo que es amor, compasión ni justicia; tampoco sabe lo que es felicidad.

La vida del bárbaro ya no es tan dura ni tan rudo su entendimiento. Empieza á pensar, á sentir, á guarecerse de la intemperie; su mujer le parece hermosa, y aunque con un amor grosero, la ama.

El hombre se civiliza, se hace más sensible, más humano, más justo; se mejora. Entonces, hasta sus necesidades materiales deben satisfacerse de un modo menos material; quiere adornar su casa y su persona; quiere que la mujer sea bella, y para esto necesita pensar en que al



menos materialmente no sufra, y cuida en efecto de que sus sufrimientos no disminuyan sus atractivos: este egoísmo está ya muy lejos del egoísmo salvaje, y prueba bien que el hombre es mejor á medida que es menos grosero. Cuando da un paso más; cuando su corazón empieza á tener necesidades; cuando observa que en aquel ser, donde al principio no había visto más que belleza material, hay tesoros de amor que pueden serlo de dicha para él, entonces el instinto se hace sentimiento, se purifica, se espiritualiza y el placer se convierte en felicidad. Pero veleidoso, busca el bien en uniones pasajeras, ó grosero todavía, se deja arrastrar muchas veces por sus instintos brutales. Entonces aparece una religión que diviniza la castidad, santifica el amor, bendice la unión de los dos sexos y hace del matrimonio un sacramento. La mujer pudo creerse doblemente redimida por el que murió en la cruz.

Elevada á compañera del hombre, quedó moralmente rehabilitada. El guerrero del Norte rompió lanzas por su belleza y por su virtud; su amor formó el caballero, hermosa creación que puso un freno á la fuerza, dió amparo á la debilidad y apoyo á la justicia. La virtud de la

mujer fué una necesidad para la familia, y con su honra se identificó el honor del esposo y del padre.

Así ha vivido mucho tiempo elevada hasta el hombre por el corazón, considerada inferior á él porque era físicamente más débil, y la fuerza lo era todo en la sociedad. Pero la manera de ser de los pueblos cambia; empiezan á cultivarse las artes y las ciencias; al ejercicio de los músculos sucede el de las facultades intelectuales, y el mundo recibe leyes, no del que maneja con más bríos una lanza, sino del que discurre mejor. El hombre estudia, medita, sabe, y así como al principio de la civilización quiso adornar materialmente á la mujer para gozarse más en su hermosura física, ahora empieza á sentir un vacío, viendo que no puede asociarla á los altos goces de la inteligencia, y se ha preguntado:—¿La mujer podrá ser verdaderamente mi compañera?—Sus facultades intelectuales cultivadas, ¿podrán levantarse hasta las altas regiones del pensamiento?—¿Su razón podrá comprender la mía y auxiliarla?—Á estas preguntas el hombre no ha respondido todavía; pero el problema se ha planteado y el tiempo despejará la incógnita.



En todas las cuestiones de sentimiento, de honra, de delicadeza y de conciencia, la mujer ha mostrado que llega á donde puede llegarse, apenas se la ha sacado del envilecimiento en que yacía. Tratándose de las facultades intelectuales, no ha podido hacer esta demostración por estarle vedado el terreno en que se cultivan. Alguna vez se ha entrado por él con gran trabajo y no pequeño peligro, recogiendo opimos frutos y siendo calificada, como hemos dicho, de excepción rara, que no se admite como argumento en pro de su inteligencia. Algunos hechos hay, sin embargo, que hablan muy alto en favor de ella.

El hombre, padre cariñoso, no ha querido privar á su hija, porque no era varón, de la herencia paterna, y cuando las naciones se consideraban como el patrimonio de los reyes, á falta de varón, las mujeres han subido al trono. ¿Han dado á esa altura muestras de incapacidad intelectual? Cuéntese el número de reyes y de reinas en los países en que las hembras pueden ceñir la corona, y véase si no están en mayor proporción las reinas notables por sus talentos y aptitud para el mando. Isabel I, D.ª María de Molina, Isabel de Inglaterra, Cristina de Suecia,

las Catalinas de Rusia, forman un grupo de mujeres inteligentes, que si se compara al corto número de las que han reinado, debe hacer pararse al más resuelto campeón de la inferioridad intelectual de la mujer.

En las artes se distinguen las mujeres á pesar de la desventaja con que las cultivan. Aunque por regla general, con menos instrucción que el hombre, no se muestran inferiores en la escena, y son cómicas, trágicas y cantatrices eminentes. ¿Para esto no se necesita inteligencia, y mucha inteligencia?

En el trono y en el teatro, que es donde han podido brillar los talentos de la mujer, brillan, cuando menos, al par de los del hombre. ¿Qué razón hay para afirmar tan resueltamente que en otros terrenos, si no fuesen vedados para ella, no manifestaría análoga aptitud?

Y si de los hechos públicos que pueden consignarse en la historia pasamos á los privados y observamos en el hogar doméstico, ¿quién no recuerda haber oído en su casa ó en las ajenas, que muchas veces, comparando á los hermanos de diferente sexo, se dice: «Aquí están cambiados; la fulanita debía ser hombre, porque aprende incomparablemente mejor que su her-

mano, etc.?» Al cabo de algunos años las aven tajadas facultades de la niña estarán por falta de ejercicio embotadas en la mujer, que parecerá vulgar, y el hermano habrá recibido un título académico, y será muy superior á ella, y su superioridad será un hecho, y un argumento poderoso en favor de la de su sexo.

En los adultos sin educar no se advierte diferencia en las facultades intelectuales de los dos sexos. Tampoco se nota entre los niños y niñas de las clases educadas.

PROBLEMA. *¿Á qué edad empieza* la superioridad intelectual del hombre? Si coincide con la de la instrucción, ¿no hay motivo para sospechar que depende de ella? La historia no puede aún ofrecer datos para resolver el problema, inspira dudas, pero no autoriza afirmaciones contra la aptitud intelectual de la mujer.

. . . .

. . . .

Tenemos á la vista una noticia de M. Trippeau sobre la instrucción superior en los Estados Unidos. Copiaremos algunos párrafos de ella para que los observadores imparciales vayan tomando nota de hechos que en ciertos casos, como sucede en éste, son argumentos.

«No fueron los pobres maestros de escuela los que menor tributo pagaron á la muerte en esta guerra (la de los Estados del Norte con los del Sur). Del Estado de Connecticut solamente se alistaron 2.500 en el ejército del Norte y han sido contados los que han vuelto á su hogar. Fué necesario, pues, que las maestras se multiplicaran para sustituirlos, y así se verificó, de tal modo, que de cada 100 escuelas de los Estados Unidos, 70 están dirigidas por mujeres.

»Las consecuencias de la guerra han sometido el talento de éstas á una nueva prueba. El triunfo del Norte sobre el Sur ha rescatado una población de negros calculada en 4.000.000 de almas, que gemían sujetas á la ominosa esclavitud. La religión y la humanidad, como era consiguiente, se ocupan en aliviar la suerte de los infelices, que al día siguiente de ser manumitidos se veían arrojados por sus señores y obligados á buscar el sustento y el de sus hijos en el trabajo. Pero en los Estados Unidos no podían faltar numerosas asociaciones para la fundación de escuelas, y en efecto, en los del Norte se fundaron más de 6.000 para los niños negros de ambos sexos. Con este motivo se hizo un llamamiento entusiasta á las personas bien acomoda-

das, de esas que allí se asocian siempre, y ya como por costumbre, á todos los actos de beneficencia, y desde el año de 1863 se han establecido 4.000 escuelas para la juventud de color en los Estados del Sur.

»La enseñanza en estos nuevos centros de caridad y de instrucción se ha encomendado á las mujeres, á estas generosas misioneras de la ciencia, que no han vacilado en abandonar su país y sus familias para consagrarse á un trabajo penoso de suyo, y más todavía por la acogida poco benévola que de ordinario encontraban en las poblaciones donde se establecían. Yo he tenido ocasión de verlas en el ejercicio de sus funciones, y no sé qué admirar más, si su celo é inteligencia, ó los sorprendentes resultados de su enseñanza. Así se explica que en las memorias anuales de los inspectores de las escuelas públicas se consigne siempre por estos funcionarios que las mujeres demuestran, en el magisterio una inteligencia, una habilidad y un tacto, que difícilmente se encontraría en los hombres, hasta el punto de que si de algo se las puede motejar, es del excesivo ardor con que se entregan al trabajo, á veces con perjuicio de su salud.

»La enseñanza en las escuelas públicas de los Estados Unidos dista mucho de hallarse encerrada en los límites de la que nosotros llamamos instrucción primaria; puesto que comprende las materias de la escuela elemental, las de los colegios de enseñanza especial y la mayor parte de las que son propias de los Liceos (Institutos en España); y con ser así, se dispensa gratuitamente á los alumnos de ambos sexos, desde cinco hasta diez y ocho años. Latín, Griego, Alemán, Francés, Historia (en particular de los Estados Unidos), Geografía, Literatura, Aritmética, Álgebra, Geometría, Astronomía, Física, Química, Historia natural, Anatomía; todas estas lenguas y ciencias se enseñan así á las niñas como á los niños, reunidos en las mismas escuelas, en las mismas salas, y generalmente sentados en los mismos bancos.

»Ahora bien; como hay muchos Estados que para la enseñanza prefieren decididamente á las maestras, calcúlense los conocimientos que deberán atesorar para obtener su título de capacidad. Así es que nada asombraría tanto á un habitante de Nueva York, de Boston ó de Filadelfia, como el que se tratase de convencerle de que, entre las diferentes ramas de los conoci-

mientos humanos, hay algunas que deben reservarse á los hombres con entera exclusión de las mujeres.

. . . .
. . . .
. . . .

»Mr. Vassar, enriquecido por el comercio, concibió la idea de consagrar su pingüe fortuna á la creación de un gran establecimiento de enseñanza, en donde las jóvenes pudieran recibirla tan vasta como la que se da á los varones en los mejores colegios de los Estados Unidos. Para realizar semejante proyecto se puso en relación con los hombres más entendidos, de los que en diferentes países se dedicaban á elevar por medio de la enseñanza el nivel intelectual de las mujeres, y en 1861 puso por obra su plan, que había meditado mucho, y fundó el colegio que de su nombre se llama *Vassar*.

»El día en que la Legislatura de Nueva York, aceptando el ofrecimiento hecho por el señor Vassar, decretó la incorporación de este colegio á la Universidad, es una fecha importante en la historia de la instrucción pública de los Estados Unidos, porque en ella quedó solemnemente reconocido el derecho de la mujer á recibir la

enseñanza superior, hasta entonces reservada á los hombres, proclamándose con no menos solemnidad el principio de igualdad de inteligencia en ambos sexos.

. . . .
. . . .
. . . .
. . . .

»La edad de catorce años es la fijada para que las alumnas sean admitidas en el colegio, en donde los estudios duran cuatro años. Para cursar el primero de éstos se requiere que las aspirantes sepan traducir y comentar de César (4 libros), de Cicerón (4 discursos), de Virgilio (6 libros), y que hayan estudiado Álgebra hasta las ecuaciones de segundo grado, Retórica y un compendio de Historia general.

»La enseñanza de los cuatro años comprende: la de las lenguas latina, griega, francesa, alemana é italiana; la de las matemáticas, física, química, geología, botánica, zoología, anatomía, fisiología, retórica, literatura inglesa, literatura extranjera, lógica y economía política.

. . . .
. . . .
. . . .

»La consideración más importante que nos inspira el colegio *Vassar*, es que las alumnas no resultan inferiores bajo ningún concepto, y sean cualesquiera los estudios á que se dediquen, á los jóvenes de los demás colegios que tienen la misma edad y circunstancias. De ello he podido convencerme plenamente asistiendo, como lo he hecho, á todas las clases, y viendo á las alumnas siempre dispuestas á contestar con el mayor lucimiento á cuantas preguntas se les dirigían. Iguales resultados he tenido ocasión de observar en los demás establecimientos de enseñanza superior destinados á las mujeres» (1).

Estos hechos, ¿no son de bastante bulto para hacer dudar siquiera á los que temen más comprometer su infalibilidad que su justicia, y llaman bueno al camino trillado, sueño á todo lo que no se ha realizado, peligro á cualquiera innovación, trastorno al movimiento, y creen aten-

(1) Los que posteriormente han observado el aprovechamiento de las mujeres de los Estados Unidos en los estudios superiores, continúan afirmando su aptitud para ellos. Hoy no son sólo discípulas aventajadas, sino profesoras notables las que se distinguen en los centros de enseñanza superior.

tatorio á la dignidad del género humano que se eleve el nivel intelectual de la mitad de él?

Todavía queda por algún tiempo el recurso de negar hechos que no son muy conocidos; pero día vendrá en que sean evidentes y abrumadores para los que miran con desdén las teorías. Día vendrá en que los hombres eminentes que hoy sostienen la incapacidad intelectual de la mujer serán citados como prueba del tributo que á veces pagan á su época las grandes inteligencias, y se leerán sus escritos con el asombro y el desconsuelo que causa ver en los de Platón y Aristóteles la defensa de la esclavitud.

CAPÍTULO V.

CONSECUENCIAS PARA LA MUJER DE SU FALTA DE EDUCACIÓN.

El error de que las facultades intelectuales de la mujer no pueden compararse á las del hombre, tiene fatales consecuencias, como todos los errores, y más que muchos. Los hay que se podrían llamar simples y otros compuestos; el que tratamos de combatir hoy es de los últimos, y sus resultados se extienden y ramifican al infinito. Aunque la injusticia y el error son malos para todos; aunque cuanto perjudica á la mujer es en perjuicio del hombre, y no puede haber cosa mala para entrambos que sea buena para la sociedad, á fin de fijarnos mejor, veamos algunas consecuencias de la supuesta inferioridad de la mujer.

Primero. Para ella.

Segundo. Para el hombre.

Tercero. Para la sociedad.

En el orden moral la mujer se encuentra rebajada, porque no se puede separar la moralidad de la inteligencia. De aquí el que la legislación la haya tratado como menor en muchos casos, dado poco valor á su testimonio, y que sólo por las necesidades de la justicia, á impulsos de la conciencia é incurriendo en grave contradicción, se la iguale al hombre. Esta desigualdad ante la ley la perjudica, no sólo por los derechos de que la priva, sino por lo que disminuye su prestigio. Rebajada la mujer en el concepto de todos y en el suyo propio, no reclama, no puede reclamar ni aun los derechos que tiene. Todo lo ignora, todo lo teme, todos se atreven á vejar á *una mujer sola*, y la letra de la ley es muerta cuando la favorece, si no hay una persona del otro sexo que haga valer su justicia. Estos valedores son rara vez desinteresados, y por regla general la engañan y la explotan, sin que pueda evitarlo, sin que lo intente siquiera, porque ella es la primera convencida de su inferioridad.

Las desdichas que esto le acarrea no tienen cuento: soltera, ve disminuirse y tal vez desaparecer el fruto de los sudores de su padre; viuda, mira acaso sumidos en la miseria á sus

hijos, que podrían vivir holgadamente sin su incapacidad para los negocios; soltera, casada ó viuda, es tenida y se tiene por incapaz de ninguna profesión que exija inteligencia, y esto es lo más grave de todo.

La ley prohibe á la mujer el ejercicio de todas las profesiones: sólo en estos últimos tiempos se la ha creído apta para enseñar á las niñas las primeras letras.

La opinión ha sacado las últimas consecuencias de estas premisas y ha ido mucho más allá que la ley. En cuanto un trabajo, aunque sea mecánico, exige alguna inteligencia, no se permite á la mujer que en él tome parte, ni ella lo intenta. Cosa bien material es copiar; pero como es preciso, ó por lo menos conveniente, tener ortografía, no hay escribientas. Bien propios para las delicadas manos de una mujer son los trabajos de relojería; pero como conviene saber un poco de mecánica, aunque sea rutinaria, ya no hay relojeras. Así podríamos continuar haciendo una larga lista de oficios lucrativos que no exigen fuerza muscular y á que no pueden dedicarse las mujeres. En cambio llevan grandes pesos, sobre todo en algunos países: son lavanderas, etc.

Hay muchos oficios, que no exigen mayor inteligencia que otros á que se dedican las mujeres, monopolizados, no obstante, por los hombres, nada más que porque así es costumbre. Esto consiste en que la vida toda de la mujer está encadenada á la rutina; en que el uso, bueno ó malo, es para ella ley, y en que el ridículo la amenaza apenas quiere salir del carril trazado. ¿Cómo con su falta de iniciativa, con su debilidad y la idea que tiene de su incompetencia, podrá superar tantos obstáculos? No lo intenta. Su trabajo queda reducido á ocupaciones cada día menos retribuídas, porque las máquinas le hacen una competencia imposible de sostener, y si resta alguna tarea á que pueda dedicarse, acuden tantas operarias, que precisamente les ha de dar la ley, y una ley dura, el que les dé trabajo.

Si se exceptúa alguna artista, alguna maestra y alguna estanquera, en ninguna clase de la sociedad la mujer puede proveer á su subsistencia y la de su familia. Hija, no puede auxiliar á sus padres ancianos; esposa, no puede ayudar al esposo; madre, se ve en el mayor desamparo, si la muerte la deja viuda ó la perversidad de su marido la abandona. De aquí la miseria y la



desdicha bajo tantas formas; de aquí la prostitución y los matrimonios prematuros ó hijos del miserable cálculo y triste necesidad, porque el matrimonio es la única carrera de la mujer.

El concienzudo autor que ha estudiado la prostitución en París, observa que la mayor parte de las mujeres que figuran en los afrentosos registros habían sido lanzadas por la miseria al abismo de la prostitución. ¡Cuántas víctimas se le arrancarían si se dejaran á la mujer expeditos todos los caminos para ganar honradamente su subsistencia; si la ley y la opinión no le creasen obstáculos por todas partes; si no tuviera que sostener una lucha en que es á veces tan difícil que triunfe su virtud!

La prostitución es para la mujer el más horrible de los males, y repetiremos con este motivo lo que decíamos hace años en un libro impreso, pero no leído (1).

«Nunca se conmueve tan tristemente mi ánimo como al entrar en un hospital de mujeres donde se curan las enfermedades consecuencia de la prostitución. Allí las enfermas no suelen quejarse; saben que á nadie inspiran lástima, y

(1) *Cartas á los delincuentes.*

procuran sofocar el dolor físico lo mismo que el dolor moral con chanzas obscenas, y con blasfemias y con carcajadas que, como las de un loco, hacen llorar. Quieren embriagarse con el vicio: no les queda otro recurso; quieren escupir sobre las cosas santas parte del desprecio que inspiran: quieren negar lo que para ellas está vedado: quieren reirse del mundo para vengarse del dolor que les causa. ¡Pobres mujeres! Son y se sienten desdichadas, y lo confiesan cuando llega á su lado alguna de esas almas que tienen bastantes lágrimas de compasión para sofocar el fuego siniestro que brilla en la pupila de la prostituta. ¿Quién puede mirar sin profunda lástima aquel ser tan infeliz y tan degradado, que lleva su extravío hasta hacer gala de lo que debía causarle vergüenza? ¿Quién no se aflige al ver á aquella mujer, que fué inocente y fué pura, que pudo ser respetada, querida, y hoy para ganar pan arroja su cuerpo al muladar del vicio que le envenena, vende por algunos reales á un hombre repugnante el derecho de transmitirle una enfermedad asquerosa, y pasa continuamente de los brazos de la lujuria á la cama del hospital, donde á nadie inspira compasión, donde á todos causa desprecio y asco, donde se

la cura para que vuelva á servir, como á un animal que enferma y curado puede ser útil? Digo mal; esta comparación no da todavía idea de lo que inspira en el hospital la mujer deshonesta, cuando sus mismas compañeras se burlan de sus dolores, y cuando el practicante, al cortar ó quemar sus carnes, le dirige por vía de consuelo alguna obscena chanza. Si no muere joven, ¡qué cosa más digna de compasión que su vejez anticipada y su muerte, que nadie llora!

»La mujer criminal es sin duda más odiosa, pero no hay nada tan despreciable como la mujer deshonesta; no hay hombre tan vil, que no se juzgue superior á ella y la desdeñe. Como la primera necesidad de su ser moral es inspirar amor y sentirlo; como, por más que haga la mujer, no puede ser feliz, sino queriendo y siendo querida, la mujer deshonesta es profundamente desgraciada; cuando dice otra cosa, miente, y mentiras son su gozo cuando parece alegre, su contento cuando canta y su satisfacción cuando ríe. Si pudiera verse el corazón de las mujeres impúdicas que por algún tiempo parecen dichosas, se vería su desgracia como una llaga incurable, cubierta con paño lujoso: y digo algún tiempo, porque si la felicidad fuera posible, no

duraría más que su hermosura, que dura bien poco.»

Á esta inmensa desdicha de la mujer contribuyen eficazmente la falta de educación y la imposibilidad en que muchas veces se halla de ganar honradamente su subsistencia, por no poder ejercer ninguna profesión ni oficio lucrativo.

Es preciso ver cómo viven las mujeres que no tienen más recursos que su trabajo; es preciso seguirlas paso á paso por aquel *vía crucis* tan largo, luchando de día y de noche con la miseria, dando un adiós eterno á todo goce, á toda satisfacción, encerrándose con su destino como con una fiera que quiere su vida, y que la tiene al fin, porque la enfermedad acude y la muerte prematura llega. ¿Cómo no ha de llegar, llamada por la pestilente atmósfera de la reducida habitación, por la humedad y el frío intenso y el excesivo calor, y la comida mala y escasa, y el trabajo continuo, que no basta para libertar de la miseria á los seres queridos, y tantas penas del alma, y tantas lágrimas de los tristes ojos á los que no trae alegría el sol al salir, ni promete descanso la campana que toca la oración de la tarde? Quien ve estas existencias y las comprende y las siente, se admira de que no sea

mayor el número de las prostitutas, de las suicidas, de las criminales, y cree en Dios y en su conciencia que debe pedir educación para la mujer, que debe reclamar para ella el *derecho al trabajo*, no en el sentido absurdo de que el Estado esté obligado á darle, sino partiendo del principio equitativo de que la sociedad no puede en justicia prohibir el ejercicio honrado de sus facultades á la mitad del género humano.

Y aunque no giman luchando con los horrores de la miseria, y aunque no se vean unidas á un hombre que no aman ó que les es antipático, y aunque no se atropelle su derecho y no se menoscabe su hacienda, ¡cuántos sinsabores y cuánto tedio acibaran la vida de la mujer por su mala educación!

Falta de autoridad en las cosas que no son de su competencia, es decir, en todo lo que no se refiere á los cuidados domésticos, ve extraviarse el esposo ó el hijo, lo siente con su instinto ó lo percibe con su natural razón, y se esfuerza para apartarlos del mal camino; pero se esfuerza en vano, porque le imponen silencio con un —*¿Qué entendéis las mujeres de esto?*— y es preciso callar hasta que llore los males que había previsto y que su falta de prestigio no pudo evitar. Harto

frecuente es ver que los hombres cometen los desaciertos y las mujeres sufren sus consecuencias; que la que el día del consejo no fué escuchada, el día de la desventura tenga la primera voz para la resignación, y el consuelo y el sacrificio.

El tedio es otra consecuencia de la falta de educación en las mujeres; muchas *temen los días de fiesta.* Y no se crea que el tedio es un mal de poca importancia y que no puede influir poderosamente en la felicidad doméstica y poner en riesgo la virtud: tal vez es un enemigo más terrible que el dolor. El dolor es activo, se gasta con el tiempo, se alivia; el tedio es una cosa pasiva, es un vacío que se siente siempre lo mismo, si no se siente más. El dolor ocupa, no deja á la imaginación que se extravíe más que en una dirección; si alguna vez da oídos á la tentación del crimen, rechaza las sugestiones del vicio; el tedio puede escuchar todas las voces tentadoras, tiene caminos para todos los extravíos, y no hay aberración que en un momento dado no pueda servirle de espectáculo. El dolor es motivado, impone respeto; el fastidio vago, sin causa determinada, halla poca tolerancia; el dolor hiere, el fastidio corroe.

En la vida íntima, una mujer muy fastidiada es difícil que no sea muy fastidiosa, á menos que tenga grandes tesoros de cariño y de bondad; y más difícil aún que el hombre tolere paciente un malestar á su parecer inmotivado. Su esposa tiene que comer y que vestir, y la casa bien amueblada; ni sus hijos le dan disgustos, ni él tampoco; todos disfrutan salud; ¿qué le falta á aquella criatura, y por qué se le ha de tolerar su mal humor, á ella que, más joven, tenía tan buen carácter? No se lo tolera, y se impacienta, y la paz se turba, y le es desagradable su casa, y tal vez busca otras satisfacciones culpables.

El hombre que no halla razón para tolerar el mal humor de su compañera, no repara que su amor se ha convertido en amistad, acaso tibia; que sus hijos no la ocupan ya incesantemente como en la infancia; que se van de casa á sus ocupaciones y á distraerse como él, y que su mujer pasa la vida casi sola. Los cuidados domésticos la ocupan, pero no lo bastante; no pueden satisfacer las necesidades de su ser moral é intelectual, y cuanto más activa sea y más inteligente, estará peor.

Si es devota, corre riesgo de hacerse beata; si

no lo es, está en peligro de disiparse, arruinando á su marido con lujo y diversiones; suponiendo que no le deshonre con excesos, cuando no le sucede ninguna de estas dos cosas, se fastidia en el hogar deméstico, siendo realmente desgraciada. El tedio es una enfermedad del entendimiento que no acomete sino á los ociosos. Las ocupaciones de la mujer no le ocupan más que las manos; llega un tiempo en que á fuerza de abusar de ella en trabajos minuciosos, casi microscópicos, la vista le falta, y hasta la ocupación manual queda reducida á muy poca cosa.

Si las mujeres no tuvieran facultades intelectuales, debían estar satisfechas cuando no sienten grandes penas en el corazón, ni les falta lo necesario para la vida material; no obstante, no es así. Tal vez se nos arguya diciendo que incurrimos en un error de hecho; que las mujeres á que aludimos, cuando no se quejan, prueba es de que se encuentran bien, y que su desdicha es obra de nuestra imaginación ó del deseo de hallar argumentos en confirmación de nuestras opiniones.

No son los hechos una cosa tan fácil de ver como se cree. ¡Cuántos hombres tocan los des-

dichados efectos del tedio de su mujer sin sospechar la causa! ¡Cuántas mujeres se hallan mal, ó tal vez son desgraciadas sin que acierten por qué, y miran como inevitable su malestar, atribuyendo á sus nervios, á su desdicha ó á su culpa, lo que es consecuencia de la inacción de sus facultades más nobles!

El tedio de la mujer hace grandes estragos en la paz doméstica; enemigo invisible y poderoso, parece como que se identifica con las existencias que envenena, y se presenta con el poder de la fatalidad. Es probable, es casi seguro, que muchos lectores creerán que exageramos sus consecuencias; pero todo el que le observe con atención se convencerá del daño que hace, de que produce un malestar en la mujer que se comunica á la familia, y es como ciertas enfermedades que revisten mil formas, pero cuyo origen es el mismo. Fuera de los casos excepcionales de virtud heroica ó bondad sublime, cierto grado de malestar es un obstáculo insuperable para derramar el bien en derredor de sí, y cuando se derrama, hay siempre en él una acritud ó una melancolía que revelan su triste procedencia.

Todos estos inconvenientes y otros muchos

se remediaban con que las mujeres tuvieran ocupaciones útiles y racionales, ocupaciones que las *ocupasen*, y en que entrase en mayor ó menor escala el ejercicio de las facultades más nobles. Las personas que empleen todas las que han recibido de la naturaleza, serán desgraciadas cuando Dios les mande alguna terrible prueba, pero no se fastidian nunca: el tedio es hijo de la ociosidad.

Otro inconveniente de no levantar el espíritu de la mujer á las cosas grandes, es hacerla esclava de las pequeñas. Las minuciosidades inútiles y enojosas, los caprichos, la idolatría por la moda, la vanidad pueril, todo esto viene de que su actividad, su amor propio, tiene que colocarse *donde puede*, y hallando cerrados los caminos que conducen á altos fines, desciende por senderos tortuosos á perderse en un intrincado laberinto. Las necesidades verdaderas, según la clase de cada uno, tienen límites; no los hay para las del capricho y la imaginación, que pide al lujo goces acaso incompatibles con la honra. La mujer se hace esclava del figurín y de la modista, cifrando su bienestar en la elegancia y la riqueza de su traje, y en que la casa esté lujosamente amueblada. Hay pocas dispo-

siciones de nuestro espíritu con tendencias tan invasoras como la vanidad: se desborda si no se le pone coto. ¿Y cómo podrá contrarrestarla con sólidos diques el entendimiento de la mujer sin educación y sin ejercicio? Lejos de hallar grandes obstáculos, la vanidad encuentra poderosos auxiliares en las ocupaciones, en los hábitos, en los devaneos intelectuales de la mujer, y así hace en ella tantos estragos; al verlos, se llaman inclinaciones innatas á las monstruosidades engendradas por el error, é imperfecciones naturales á la ignorancia de la naturaleza ó á la impiedad de querer desfigurar con mano sacrílega la obra de Dios.

Es una inmensa desdicha para la mujer el dar mucha importancia á lo que tiene poca, poniéndose bajo el yugo de las cosas pequeñas. Como son tantas, la desgracia puede venirle de muchas partes, y á veces sin voluntad ó sin remordimiento del que la envía. En estas penas desproporcionadas al mal que las causa, se sustituye el ridículo á la gravedad; la prueba no proporciona triunfos á la virtud, ni da la resignación ejemplo, ni purifica el dolor. La existencia de la mujer se ve muchas veces como acribillada por un enjambre de insectos, que



llegan uno á uno, fáciles de aniquilar aislados, irresistibles reunidos, y no los pisa, no los aniquila, porque ha aprendido en mal hora que es para ella imposible. ¡Cuántas veces se parece su abatimiento al de aquel loco, inmóvil en su asiento, porque creía que era una gruesa cadena el hilo con que estaba atado!

¿Hay para la mujer más desdichas creadas ó agravadas por la inactividad de sus facultades intelectuales? Sí, hay otro mal que estremece: la pasión; fiero enemigo ante el cual se halla sin defensa; ¿qué decimos defensa? le presta auxilio poderoso todo su modo de ser tal como la sociedad le ha forjado en el terrible yunque de su voluntad ciega.

No es ya la mujer la hembra del bárbaro ó del salvaje, embrutecida y mártir, que apenas tiene fuerza ni tiempo más que para resistir el dolor y la opresión: no es tampoco la mujer de Oriente, cuya belleza física se precia escarneciendo la hermosura de su alma; el hombre ha comprendido que su corazón es un tesoro, y la mujer del mundo civilizado y cristiano, moralmente rescatada de su largo cautiverio, es amada, puede amar, ama: sus facultades afectivas se han reconocido antes que sus facultades in-

telectuales, y su corazón no se halla dentro de un círculo de hierro como su inteligencia. Así era necesario; el hombre siente antes que piensa. El cariño, si no es mutuo, no puede ser dichoso, y el hombre no podía prohibir á la mujer el sentimiento, sin vedarse á sí propio la felicidad. En el mundo de los afectos, la mujer tiene ya personalidad, nadie le niega su competencia y su derecho.

Tal es la situación de la mujer; abiertos todos los caminos del sentimiento, cerrados todos los de la inteligencia. Impresionable y amante por naturaleza, toda su actividad se lanza por el único camino que no le está vedado.

Amar para ella es la vida, toda la vida; el amor es á la vez un recurso, una ocupación, un sentimiento, y ama sin medida, ciegamente, con locura, con delirio, porque sin el amor, sin algún amor, su existencia es la negación, es la nada. Así se la ve recorrer apasionadamente la escala de todos los amores, los sublimes como los ridículos, desde el santo amor de Dios, al que le inspira su perro ó su gato. Más impresionable, más amante que el hombre, para no verse arrastrada por la pasión, necesitaba mayor contrapeso que él, y no tiene ninguno. El hom-

5

bre cultiva sus facultades intelectuales, preparando así el equilibrio, ya por la actividad que se reparte, ya por el adversario que el día de la lucha hallarán los afectos en la razón ilustrada. El hombre tiene una vida activa y necesidad de prestar atención á las cosas exteriores y de concentrarla en los trabajos del espíritu; así puede prestar menos al sentimiento, preparando contra sus extravíos armas poderosas para defenderse. Su existencia es compleja, el bien y el mal tienen muchos caminos, pero lleva en sí medios variados para buscar el uno y huir del otro.

La vida de la mujer es sedentaria y monótona: no tiene ni actividad ni variedad. Si es vulgar, admite el amor, cualquier amor, como pasatiempo; si no lo es, ama con vehemencia, con pasión. Toda la febril actividad de su alma se concentra en un solo punto; ninguna cosa la distrae de su peligroso éxtasis, y el día que se extravía, nada la contiene, y el día que se aflige, nada la consuela; porque un ser era la luz de sus ojos, y cuando la pierde, queda en la obscuridad y ve extrañas visiones. El mundo con sus trabajos, con sus ruidos, con sus hechos, no turbó sus sueños de felicidad, ni consolará las realidades de su desgracia. En sí no halla

recursos para combatir la pasión, que es la única forma en que concibe la vida. Su dicha no tiene más que un molde; roto éste, es imposible. Hará oir el gemido de la mujer piadosa ó la carcajada de la prostituta, y según el camino que elija, será digna de desprecio ó de respeto, pero nunca será feliz. La pasión para el hombre es un torrente, para la mujer un abismo.

Tal es la situación de la mujer en el mundo civilizado y cristiano, en que tiene grande actividad la parte afectiva de su alma, mientras permanece en letargo su inteligencia. Más impresionable y más amante por naturaleza, todos los amores de la mujer serán siempre más vehementes; pero con otra educación, más y mejor ocupada, atrayendo una parte de su actividad á sus facultades intelectuales, que pudieran en el día de la lucha hacer de contrapeso, servir de faro y llenar un vacío, la mujer no se vería indefensa contra la pasión que clava en ella la garra, destrozando sus entrañas. De todas sus grandes desdichas esta es acaso la mayor. Para la mujer vehemente y apasionada, inevitables son las borrascas de la vida, lo sabemos; pero si ha de lanzarse al mar tempestuoso, no privarla siquiera de brújula y de timón.

La inteligencia que ha profundizado más en el estudio de las pasiones, Mad. Staël, dice: «.....las leyes mismas de la moralidad, según la opinión de un mundo injusto, parecen suspendidas en las relaciones entre las mujeres y los hombres; pueden ser buenos y haberlas causado el más horrible dolor que á un mortal le es dado producir en el alma de otro; pueden engañarlas y pasar por veraces; en fin, pueden recibir de una mujer servicios, pruebas de abnegación que unirían á dos amigos, á dos compañeros de armas, deshonrando al que fuese capaz de olvidarlas; pero si estas mismas pruebas las recibió de una mujer, á nada queda obligado, atribuyéndolo todo al amor, como si un sentimiento, un dón más, disminuyera el precio de los otros.»

Esto es evidente. Que hay una moral para las relaciones de los hombres entre sí, y otra para su trato con las mujeres; que con ellas los compromisos, la palabra empeñada, el honor, la gratitud, tienen una significación distinta, no es cosa que puede ponerse en duda. Un hombre puede ser mil veces infame, y con tal que lo sea con mujeres, pasará por caballero; puede ser vil, y gozar fama de digno; puede ser cruel, sin que le tengan por malo.

¿Cuál será la causa de este increíble absurdo que apenas se nota? ¡Tal es la desdichada facilidad con que nos acostumbramos á respirar la atmósfera del error! ¿Cómo hay dos criterios, uno aplicable al mal que hacen á las mujeres, y otro al que pueden hacerse los hombres entre sí? La razón de esto es la supuesta inferioridad de la mujer; nada puede ser mutuo entre los que no se creen iguales. ¿A qué se juzga obligado, moralmente hablando, un orgulloso aristócrata con el último de sus criados? A muy poca cosa. Y si le habla y le considera, y le compadece, y no le falta en nada, dígalo ó no, cree hacerle un favor, y llama á su deber caridad. A medida que sus inferiores se aproximan á él les concede más derechos, es decir, cree que tiene más deberes, y no le parecería *decente* mirar á su mayordomo ó á su contador como á su mozo de cuadra.

Si recorremos la escala de las relaciones que los hombres tienen entre sí, veremos que para con el esclavo, ser inferior, vil y despreciado, apenas hay más que derechos: á medida que el hombre se levanta en la ley y en la opinión, y le creemos más *semejante*, el número de nuestros deberes se va aproximando al de nuestros

CAPÍTULO VI.

CONSECUENCIAS PARA EL HOMBRE DE LA SUPUESTA INFERIORIDAD DE LA MUJER.

Con decir que la mujer es la compañera del hombre; que hija, madre, esposa, hermana, marcha con él por el camino de la vida; que unidos arrostran sus borrascas y atraviesan sus desiertos, parece que se ha dicho que el hombre está interesado en que esa criatura que ha de ir con él, de la que no puede separarse, sea todo lo fuerte, todo lo perfecta, todo lo parecida á él que fuere posible, para que le ayude más, para que le comprenda mejor, y en fin, para que su compañía en muchos casos no le deje enteramente solo. Esta verdad es tan clara, que no debería necesitar explicación alguna; pero como el hombre parte para formular sus opiniones y sus leyes de los errores opuestos, necesario es combatirlos por su propio bien, que desconoce.

Hay casos en que el hombre empieza á sentir antes de nacer las fatales consecuencias de la inferioridad de la mujer.

La pobre madre abandonada por su amante ó por su marido, ó que viéndolos enfermos, necesita dedicarse á un trabajo superior á sus fuerzas, no tiene pan, sufre amarguras y dolores punzantes, que influyen en la criatura que lleva en su seno. ¡Quién sabe si la expondrá en el torno de una inclusa, si la inmolará tal vez!

Si la mujer, mejor educada, fuese menos crédula; si su imaginación y sus instintos tuvieran el contrapeso de una razón más cultivada y de una ocupación más racional, ni sería débil tantas veces, ni abandonaría tantas el fruto de una unión ilegítima, por la imposibilidad de sostenerla sola.

En las clases elevadas, el tedio, la excitabilidad, las exigencias caprichosas que producen tempestades domésticas, la falta de higiene, la presión del vientre, y tantas otras cosas análogas que ocasiona ó exagera la educación frívola de la mujer, ¿no influyen en el hijo que lleva en su seno?

Nace éste, y aun favorecido por la fortuna, difícil será que no le perjudique la falta de co-

nocimientos higiénicos de su madre. Si es pobre, luego empezará á sentir las consecuencias de la pobreza, contra la que lucha en vano una pobre mujer, cuyo trabajo, si acaso le halla, es tan mal retribuído, que abandonando á sus hijos todo el día, no gana para pan. Aunque tenga marido y no esté enfermo, y trabaje, y no distraiga para vicios una parte de su salario, cosas que muchas veces no suceden, un jornalero no puede atender á todas las necesidades de una numerosa familia, y la mujer le ayuda poco ó nada, porque se la considera inútil para los oficios más lucrativos.

Con la falta de lo necesario vienen la niñez enfermiza, y la juventud débil, y la enfermedad, y la muerte prematura. Con la falta de lo necesario se exaspera el carácter, se endurece el corazón, se aflojan los lazos de familia, la educación es imposible, y fácil pagar tributo al vicio, al crimen tal vez. Todo lo que tiende á hacer miserables, tiende á hacer degradados, y la inferioridad de la mujer, su *inutilidad* en muchos casos, es un elemento de miseria.

Aun en las clases mejor acomodadas, dado el desnivel de las aspiraciones que se creen necesidades con los medios de satisfacerlas, es raro

que en la casa haya desahogo y bienestar, que no haya apuros y privaciones que turben más ó menos la paz doméstica. El niño y el joven empiezan á sentir los efectos de este malestar, de este desnivel que se nota entre las aspiraciones y los medios, y sería menor si su madre tuviera una ocupación racional y lucrativa, que la hiciera aumentar un poco los ingresos y disminuir algún tanto su presupuesto de gastos en el capítulo de lujo.

Cuando el adolescente trata de seguir una carrera, su madre es quien mejor puede guiarle, porque es la que mejor le conoce y la que le quiere más. ¿Pero sabe su madre la conexión que existe entre ciertas aptitudes y ciertas profesiones? ¿Conoce ella si las disposiciones que nota en su hijo deben hacerle sobresalir en tal carrera, si tales deficiencias le hacen inútil para tal otra? La madre no suele influir en la dirección que ha de seguir su hijo, ó influye con poco acierto. Si tal vez su buen instinto le hace adivinar lo mejor, su voto carece de autoridad, y con un *las mujeres no entendéis de estas cosas*, el joven obedece á su padre, ó toma consejo de su vanidad ó de su pereza, y se acuerda tristemente del de su madre cuando ya no es tiempo de se-

guirle. Quien le ama y le conoce mejor, no tiene competencia para guiarle, y su entendimiento se halla en una especie de orfandad, que tal vez llore toda la vida.

El niño tiene el instinto de Dios, su madre le convierte en sentimiento y le enseña á orar. La religión es un consuelo y un freno; el freno estorba al joven, y le rompe, porque por el momento tiene la dicha de la juventud, y no necesita consolarse; además, para parecer hombre en ciertos países, no basta fumar, conviene también no ir á la iglesia. Su pobre madre le ve extraviarse, le mira ya en el camino del vicio que envenena el alma y el cuerpo, quiere hablarle de Dios y de sus mandamientos que pisa, pero su palabra no tiene prestigio ni su voz autoridad; la religión es *cosa de mujeres*, y él debe ostentar sus bríos varoniles no creyendo en nada, máxime cuando aquella creencia le impone deberes que no está dispuesto á cumplir y le *estorba* para sus devaneos ó para sus vicios. Su madre, poco ilustrada, acaso fanática ó supersticiosa, le da pretexto ó motivo para que no la escuche dócil; tal vez atribuye más importancia á una práctica indiferente que á una ley santa; tal vez compromete el prestigio de las cosas graves

Las comedias, las novelas, los sainetes, los refranes, todas las expresiones del sentido común, están llenas de los caprichos, de las veleidades, de la inconstancia de la mujer. En esto hay un fondo de verdad. El alma de la mujer tiene que aparecer en muchas ocasiones con los defectos propios de la esclavitud y de la ociosidad. Si ama, si ama de veras, se salvará su virtud, su moralidad. Hija, esposa, madre amante, es buena, noble, sincera; el fuego santo que arde en su corazón purifica todo su ser, le ocupa, le llena. Está en riesgo, en grave riesgo de ser muy desgraciada; pero está segura de no ser infame ni vil.

Todo cariño verdadero, vehemente, puro, es noble, es moral; la mujer que le siente, tiene en él un guía y un escudo, si no contra el dolor, contra la maldad; pero si su corazón no es capaz de amar bastante, ó si no ha visto ninguna criatura digna de su amor; si la injusticia y el desdén con que se ve tratada la irritan y hacen injusta; si en la ociosidad en que vive su alma y en el tedio que á veces la abruma, quiere distraerse y toma el gusto de un pensamiento por el goce de una pasión, entonces es fácil que, ngañándose á sí propia, ó no escrupulizando

en engañar á los otros, jure un amor que es mentira, y sea, según su carácter y su inteligencia, la coqueta vulgar, ó la mujer peligrosa, verdaderamente *infernal*, como muchas veces se la llama.

La mujer sin ocupación ni educación para sus facultades superiores, va por el mar de la vida sin timón y sin brújula; el sentimiento que puede salvarla, si no es muy puro, puede extraviarla también, y cuando se estrella hace víctimas, porque no va sola.

Esta mujer de ahora, de que tanto se queja el hombre, no es á veces muy propia para contentarle ; es, permítasenos la frase, *una mujer de transición*, con todos los defectos y las desdichas de quien vive en medio de la lucha del pasado y del porvenir, marchando por el caos á la luz de los relámpagos, y queriendo comprender en vano las armonías de la tempestad.

El amante no sólo tiene que temer las veleidades y caprichos pueriles de la que pretende hacer su esposa, y que le escuche por pasatiempo, y que le engañe, engañándose ella misma; en aquella unión á que él no lleva más que amor, puede llevar ella nada más que cálculo. Puede

por..... cuesta trabajo, pero es preciso decirlo, por comer?

La mujer necesita en este caso, como en otros muchos, una especie de heroismo para no mentir, para no engañar, y la mujer miente y engaña. ¿Con qué derecho exige de ella fortaleza el que hace cuanto puede para que sea débil?

Una vez casado, el hombre sufre las consecuencias de la falta de educación intelectual de su mujer. En nada relativo á su profesión puede ayudarle, sigue tal vez el consejo del amigo pérfido y no consulta á la compañera que le ama y está identificada con él. Su buen sentido y su afecto la hacen adivinar los peligros de una empresa arriesgada, lo descabellado de un proyecto, pero se le impone silencio con la frase sacramental:—¿Qué entendéis las mujeres de estas cosas?

El sentido común se ha hecho cargo de lo que vale el consejo de la mujer á pesar de su incompetencia, y si bien, para no comprometer la supremacía masculina, dice que *vale poco*, añade *que el que no le toma es un loco*. Contradicción notable, que, como otras muchas, es el resultado de las ideas, viniéndose á estrellar contra la evidencia de los hechos. La naturaleza, que

hizo á la mujer más débil, le dió más sagacidad: su consejo ilustrado debía valer mucho, y el hombre se priva de él ó le desdeña.

Enfermo ó agobiado de trabajo, en nada puede auxiliarle la esposa que tanto sufre, viendo que compromete su salud y tal vez su vida, por no tener un descanso que ella le daría á costa de los mayores sacrificios, y que en su ignorancia no puede proporcionarle.

Vienen á comprometer la paz doméstica, ó por lo menos á hacer menos grato el hogar:

El tedio, cuyos efectos son tristes, aunque la causa pase inadvertida.

Las vanidades pueriles y los despilfarros, que son su consecuencia.

Las genialidades indómitas, no tenidas á raya por las facultades más nobles, que se debilitan en la inercia.

El ocio intelectual, que exalta la imaginación, que quiere dar cuerpo á fantasmas soñados y forja amantes quiméricos que no realizan los maridos.

La lucha, en fin, de dos personas que ven las cosas de muy distinta manera.

La naturaleza ha hecho al hombre y á la mujer diferentes, pero armónicos; la sociedad los

desfigura, de modo que vienen en muchos casos á ser opuestos.

El hombre recoge también en sus hijos las consecuencias de la degradación intelectual de la mujer. Sobre ellos se refleja todo malestar ó lucha doméstica, la falta de higiene, y el mal humor que el tedio produce, y los efectos de la ignorancia de su primera maestra, que alguna vez los extravía en lugar de guiarlos, que no tiene prestigio para encaminarlos bien. Todos los defectos, todos los extravíos de los hijos, son pena para el padre. Si tiene hijas, recogerá en ellas todo el fruto de los errores que sembró respecto á su sexo. Tal véz las vea desgraciadas en el matrimonio, ó tenga el desconsuelo de dejarlas en la soledad y en la pobreza; tal vez anciano, enfermo y pobre, sufre en la miseria porque su hija se esfuerza en vano para proporcionarle recursos con su trabajo; y por mucho que la fortuna le favorezca, será difícil que no le lleguen de algún modo los efectos de tantas desventajas como tiene la mujer, de tantos dolores como son su consecuencia.

Hermano, ve sufrir á las dulces amigas de su infancia, y ¡cuántas veces tiene que imponerse sacrificios para auxiliarlas!

CAPÍTULO VII.

CONSECUENCIAS PARA LA SOCIEDAD DE LA SUPUESTA INCAPACIDAD INTELECTUAL DE LA MUJER.

Todo lo que altera los componentes ha de alterar el compuesto. En los dos capítulos anteriores tenemos los sumandos; en éste no hay más que verificar la suma.

Si por la falta de educación de la mujer, ella y el hombre son peores y más desgraciados, peor y más desgraciada será la sociedad. La prostitución aumentará á medida de la miseria y la ignorancia de las mujeres, y en la misma proporción aumentarán las enfermedades vergonzosas que degradan las razas y los delitos que llenan las prisiones, porque es muy raro que una mujer pura sea criminal, y que en las grandes maldades de un hombre no entre por algo alguna mujer mala.

La religión, esta poderosa palanca social que debía fortificar á la mujer, queda muchas veces debilitada por ella; al desfigurarla, la desacredita; carece de conocimientos para razonar sus creencias, contesta á los argumentos de los impíos cerrando los ojos, y no puede ser, como debía, el lazo entre la ciencia y la fe. La educación es imposible con la ignorancia y la falta de prestigio de la mujer. El catedrático enseña al abogado, al médico ó al ingeniero; pero al hombre le educan la madre, la mujer y la hija, porque la educación dura toda la vida. En la práctica de todas las profesiones, de todas las ciencias, entra por mucho, entra por la mayor parte, el elemento moral, la honradez, la elevación de miras, el noble orgullo, el sentimiento. ¿De qué sirve un operador sin conciencia que calcula las ventajas de la operación por los miles de reales que puede valerle? ¿El abogado que defiende todas las causas malas con tal que le paguen en buena moneda? ¿El militar que se rebela por un grado? ¿El notario que da fe de lo que no ha visto, siempre que vea provecho? ¿El farmacéutico que difama ó engaña al médico y sacrifica al enfermo por embolsarse íntegro el precio de la droga cara? ¿El ingeniero que arriesga la

vida de los viajeros ó de los operarios por recibir la gratificación del contratista? ¿El empleado, el hombre político que toma dinero á cuenta de maldades, ni el juez que vende la justicia? ¿Para qué sirve la ciencia á todos estos hombres, sino para hacer más repugnante, para hacer inconcebible su degradación?

Pero se dirá: el hombre tiene resortes nobles, tiene la idea del deber; la mujer le olvida muchas veces, cede con frecuencia á sus malas inclinaciones, y en el mundo ha de haber siempre quien escuche la voz de su interés y esté sordo á la de su conciencia.

Así es la verdad; pero es igualmente cierto que, negando á la mujer toda competencia intelectual en las cosas de la vida, se disminuye la influencia de muchos sentimientos, y por consiguiente, de la moralidad. La ciencia y la razón tienen su puesto, la benevolencia y la ternura tienen el suyo, y es absurdo, al organizar una sociedad de seres sensibles, prescindir del sentimiento. Medítese la historia y se verá cuántos siglos necesita á veces la razón para llegar á la justicia que el corazón comprende instantáneamente.

No sólo la prostitución, como hemos dicho,

degrada las razas; también contribuyen á este mal grave los matrimonios precoces. El hombre, por regla general, no se casa hasta concluir su educación industrial, mercantil, artística ó científica; hasta que puede dedicarse á una profesión ú oficio y sostener la familia de que va á ser jefe. La mujer, como no tiene *más carrera* que el matrimonio, se casa así que se le presenta ocasión, y cuanto antes mejor. Los padres suelen tener una impaciencia, que en algunos podríamos llamar febril, por *colocar* á sus hijas; muchas se casan, más que por amor, por temor de verse en el abandono y en la pobreza. Las consecuencias de los malos matrimonios son fatales para la sociedad, y aunque estén bien avenidos, una niña, ni física ni moralmente, debe ser madre. Cuando todavía no está completamente formada, los nuevos seres á que da vida son débiles y la debilitan. Del matrimonio precoz viene la vejez precoz y la prole raquítica; viene la inexperiencia para criar á los hijos y para educarlos; viene la pérdida de los atractivos físicos y el alejamiento del esposo; vienen el mal gobierno de la casa y los caprichos infantiles, y el arrepentirse la mujer de los compromisos irrevocables, contraídos por la niña, y el sentir su pri-

mera, su única pasión por un hombre á quien no puede unirse, y vienen todos los males que á la sociedad llevan todas estas cosas.

Gran número de profesiones, todas las que exigen más imperiosamente sensibilidad y buenas costumbres, se desempeñarían mejor por las mujeres, á quienes están vedadas.

Al hablar de su educación, se habla sólo de la *madre*, y se prescinde de las que no lo son: error grave y reminiscencia brutal de los tiempos en que la mujer se miraba nada más que como *hembra*. Dedicaremos un capítulo especial á *la mujer soltera*, por cuya razón solo indicamos aquí, que por falta de educación intelectual deja de prestar á la sociedad grandes servicios la mujer que no se casa.

Así como es absurdo excluir el sentimiento de la organización social, lo es del propio modo prescindir de la razón en las cosas del sentimiento. Ya no se niega en teoría que la caridad es de la competencia de la mujer; pero se ve que en la práctica es un obstáculo su ignorancia; que las que *compadecen* no *saben;* que se separan la caridad y la beneficencia, y que en este ramo hay *empleados*, con gran perjuicio de la sociedad y de la desgracia. Este mal es

grave, muy grave: la beneficencia pública y la caridad privada se resienten de la falta de educación intelectual de la mujer, de su falta de medios pecuniarios, de iniciativa, de esa perseverancia firme y razonada, que es la única capaz de vencer los grandes obstáculos, y que no puede existir en quien no tiene más que buena voluntad. Las prisiones de mujeres piden también á grandes voces el concurso reunido de la caridad y de la inteligencia.

Los impulsos benévolos y compasivos de la mujer se esterilizan en todo ó en parte por falta de aptitud para el trabajo intelectual, por ignorar cómo puede realizarse un buen pensamiento, ó por no saber combatir las inteligencias egoístas, para las cuales es muy cómodo poder incluir la compasión entre las debilidades del sexo, y desdeñar los deberes de humanidad como cosas de mujeres.

La mujer, que debía ser un grande auxiliar del progreso, se convierte á veces en un gran obstáculo por falta de educación intelectual. Todo error, toda preocupación, todo fanatismo, toda rutina, han de hallar poderoso valedor en su ignorancia, y ninguna reforma puede prometerse apoyo de quien no comprende sus ven-

tajas. Por regla general, las mujeres que están en favor de las reformas, lo hacen, ó por afecto á los hombres reformadores, ó por instinto, y aquel voto que no se razona es ocasionado á exageraciones y extremos, más propios para perjudicar que para servir la causa que patrocinan.

Debemos insistir de nuevo, porque la cuestión es de gran importancia para la sociedad, en que siendo la prostitución hija de la miseria y de la ignorancia de la mujer, debe combatirse ilustrándola, no cerrándole los caminos por donde puede ganar el pan honradamente. La civilización sustituye el trabajo de la inteligencia al de la fuerza bruta, las máquinas á los trabajos manuales, y como algunos de éstos son los únicos á que puede dedicarse la mujer, tiene cada día menos ocupación, más miseria y se prostituye más. La mecánica va haciendo todo lo que ella hacía. ¿Se la condenará á que sea una máquina inútil, desechada, porque hay otras más perfectas? Irá entonces á engrosar el ejército de las prostitutas, á envenenar material y moralmente la sociedad, á escupir sobre ella su oprobio, á escarnecer la virtud con su carcajada, á destilar ignominia y dolor sobre todo lo que la rodea, porque estas máquinas, que sienten y su-

fren, cuando son inútiles se convierten en máquinas infernales.

No acabaríamos nunca si quisiéramos enumerar todos los males de la falta de educación de la mujer, y seguirlos por todos sus variados caminos, y ver cómo se combinan y multiplican y crecen: basta lo dicho para comprender que no pueden sembrarse errores sin recoger desventuras.



CAPÍTULO VIII.

¿QUÉ OFICIOS Y PROFESIONES PUEDEN EJERCER LAS MUJERES?

No hay bastantes datos para que la experiencia pronuncie su inapelable fallo respecto á la aptitud intelectual de la mujer; pero el raciocinio y las observaciones hechas inducen á pensar que tiene inteligencia suficiente para el ejercicio de las profesiones, artes y oficios que no se le permiten desempeñar. Como no hay facultades inútiles, y todo el que las desvía de su destino las deprava más ó menos, prohibiendo á la mujer que cultive y ejercite su entendimiento, se hace de ella un ser imperfecto, se convierte en elemento de perturbación el que debería serlo de armonía, y se establecen reglas en la sociedad opuestas á las leyes de la Providencia.

La mujer puede ejercer toda profesión ú ofi-

cio que no exija mucha fuerza física y para el que no perjudique la ternura de su corazón. Y aun fuerza física tiene la mujer mucha cuando la ejercita, como puede observarse en las comarcas en que se dedican á los más rudos trabajos de la agricultura y á llevar pesos enormes.

Aun concediendo por un momento que la mujer no pudiera remontarse á las más elevadas esferas del pensamiento; que no fuese Hipócrates, Demóstenes, Virgilio, Platón, Galileo, Watt, Leibnitz, Pascal, Monge, Montesquieu, Kant ni Cervantes, San Isidoro ni Bossuet; suponiendo que no hiciera dar grandes pasos á las ciencias, ¿se sigue de aquí que sea incapaz de aplicarlas y de ejercer con ventaja cualquiera profesión?

Observemos lo que saben y lo que hacen un farmacéutico, un abogado, un médico, un notario, un catedrático, un sacerdote, un empleado, vulgares, de la talla común; observemos bien, sin preocupación, en conciencia, y digamos si no puede una mujer aprender lo que ellos saben y hacer lo que ellos hacen.

...do la mujer naturalmente más compasiva, ...ligiosa y más casta, nos parece mucho ...propósito para el sacerdocio, sobre todo

en la Iglesia católica, que ordena el celibato del sacerdote y la confesión auricular. Muchos inconvenientes de esta confesión, hecha entre personas de diferente sexo, desaparecerían si la mujer pudiera ejercer el sacerdocio, cuyos deberes están tan en armonía con sus naturales inclinaciones. Instruir á los niños, enseñar á los ignorantes cosas buenas, sencillas y precisas; acompañar á los enfermos; auxiliar á los moribundos; compadecer á los desdichados; consolar á los tristes; hablar á todos de Dios, en quien cree con tanta fe, son cosas muy propias del sexo compasivo y piadoso. No sabemos si entre las mujeres habría muchas doctoras que causaran admiración; pero de seguro habría muchos ejemplos que imitar y muchas virtudes que harían amar la religión que las inspiraba. Sintiendo se hace sentir; la religión es principalmente un sentimiento, y la mujer su más natural y fiel intérprete. Capacidad le sobra para adquirir la instrucción indispensable; no es un monstruo ni está fuera de las leyes de la armonía del universo, donde se ve que si Dios concede pocas veces sus altos dones, distribuye con mano pródiga todo lo que es necesario.

Esto que vamos diciendo parecerá muy ex-

traño, muy absurdo, y probablemente será para algunos poco piadoso; hemos meditado mucho sobre la materia, y nos parece más fácil hallar chistes para ridiculizar nuestras ideas que razones para combatirlas. El ridículo tiene su esfera de acción activa, pero limitada, y no llega á las regiones del entendimiento, en que de buena fe se busca la utilidad por las vías de la justicia. El ruido de las carcajadas pasa; la fuerza de los razonamientos queda: toda persona sensata sabe que suelen pensar poco los que se ríen mucho, y no debe parecerle bien que se traten con risa las cuestiones de un mundo en que se llora tanto. Por lo que hace al anatema que tal vez alguno quiera lanzar contra nosotros, le conjuramos diciendo: que nuestras opiniones tendrán de poco piadosas todo lo que tengan de erróneas; pero que si tenemos razón, no podemos tener culpa: el error es impío, la verdad es santa.

En el ejercicio de todas las profesiones, consideradas bajo el punto de vista del bien social, entra por tanto, casi siempre por más, la conciencia que la ciencia. Poco le basta saber á un escribano; lo que necesita aquel en cuya causa ó en cuyo pleito actúa, es su honradez, su buena

fe: que no *enrede*, como vulgarmente se dice.

La ciencia del jurisconsulto es profunda, profundísima la del criminalista; pero la del abogado vulgar, la necesaria para deslindar lo *tuyo* de lo *mío* y saber lo que es contra derecho y contra ley, no supone ni una gran capacidad ni un grande estudio. Lo que le importa mucho al cliente es la conciencia del abogado, para que le diga que no tiene derecho si no le tiene, y le evite un pleito con todos los sinsabores y perjuicios que trae. Hay casos dudosos, pero en general la justicia es clara, y en un pleito, uno de los abogados sabe que no la defiende. Lo que como juez condenaría, sostiene como letrado; su *buena reputación* consiste en ganar todos los pleitos, sean justos ó no lo sean; su inteligencia se alquila al que la paga, y como una fuerza ciega, defiende indistintamente el absurdo y la razón, la verdad y la mentira. El que no lo hace así, el que no admite ninguna causa que no sea justa, es ciertamente un dechado de virtud, casi un santo, porque el ejemplo y la opinión le arrastran en una sociedad que con frecuencia prescinde de toda moralidad en las acciones de los hombres.

El médico necesita ciencia; pero ¡ay del en-

fermo si no tiene conciencia también! ¡Si no le trata como él quisiera ser tratado! ¡Si no pesa y mide y calcula por átomos las ventajas ó inconvenientes de un medicamento! ¡Si no tiene más temor de hacer mal que vana ostentación de hacer bien! ¡Si no está pronto á sacrificar su amor propio á su amor á la humanidad! Y en fin, ¡si no conserva aquella sensibilidad sin la cual falta un sentido á su razón!

Sin que nosotros creamos que cualquiera puede ser buen empleado; pensando, por el contrario, que necesita conocimientos especiales, según el ramo á que se dedique, en todos le hace tanta falta la conciencia como la ciencia, y no hay ninguno en que la moralidad no entre por mucho.

El farmacéutico necesita ciencia, pero más conciencia todavía, porque principalmente de ella depende que no sea inútil el acierto del médico, ó en muchos casos, la salud ó la vida del enfermo.

Si las observamos de cerca, no hay profesión en cuyo ejercicio no entre por la mayor parte, ó por mucho, la moralidad del que la ejerce. ¿Y no podría desempeñarlas la mujer, más sensible, más compasiva, más religiosa, más casta, más moral, en fin?



En la práctica de la medicina las mujeres podrían hacer mucho bien, sobre todo á las personas de su sexo, cuyo pudor no ofenderían; á los pobres, á quienes compadecen, y á los niños, á quienes adivinan (1). Como operadoras tal vez no se distinguirían; la mujer tiene un santo horror á la sangre. ¿Para qué vencerle? Dejemos á los hombres las operaciones cruentas, útiles sólo cuando están hechas por manos muy hábiles, y cuya omisión no sería una gran pérdida para la humanidad.

Excusado es decir que las mujeres no se han de dedicar á la profesión de las armas, tan antipática á su natural sensible y compasivo. No deben ir á la guerra más que para curar á los heridos, ni arrostrar la muerte sino para salvar alguna vida.

Á la mujer, que desempeñaría bien la profesión del letrado, no le daríamos el cargo de juez, y no porque no esperásemos mucho de su rectitud, y quién sabe si de su firmeza, sino porque

(1) En los años transcurridos desde que se escribió este libro, la experiencia ha ido confirmando lo que el raciocinio anticipaba; en Suecia, en Rusia, y sobre todo en los Estados Unidos, las mujeres ejercen la medicina en gran número y con buen éxito.

no queremos provocar una lucha continua entre su deber y su corazón, ni que su nombre esté nunca al pie de una sentencia aflictiva. Su mano ha de enjugar lágrimas, no hacerlas asomar ni aun á los ojos del criminal; no le ha dado Dios su voz suave para que formule fallos terribles (1).

(1) Tal vez con el tiempo parezca que hemos pagado tributo á las preocupaciones del nuestro, no queriendo que la mujer aplique las leyes penales. Si así fuese, sírvanos de excusa lo crueles y degradantes que son todavía, en la mayor parte de los países, y especialmente en el nuestro, la manera depravadora é inhumana de cumplirlas.

En algunos territorios de los Estados Unidos, las mujeres son ya *jurados*, habiéndolas llevado allí, lo mismo que á los colegios electorales, con un fin *moralizador* y la esperanza de poner algún coto á la impunidad, esperanza que no ha sido defraudada. Es decir, que contra lo que parecía *natural* (tanto se han alejado las leyes y las costumbres de la naturaleza), contra lo que parecía natural, las mujeres, por un sentimiento de justicia más vivo en ellas que en los hombres, han contribuído á la mayor severidad de los fallos, sobre todo cuando se trata de ataques á las personas, absueltas por jueces del sexo masculino que no dejan el revólver ni aun para sentarse en la sala del Tribunal, y que no siempre están á cubierto de las sospechas de venalidad.

Al escribir lo que queda dicho en el texto, confesamos habernos dejado llevar más del sentimiento que consul-

Puede desempeñar bien un empleo, pero no le estaría bien la autoridad. En el ejercicio de la autoridad hay siempre algo de militante; puede ser necesaria la coacción, y además, el respeto que inspira la mujer no es, ni puede ser, ese respeto mezclado de temor que inspiran y necesitan inspirar los que han de vencer las resistencias que se presentan á la ejecución de la ley en todas las esferas. La mujer, que domina por la persuasión, la dulzura y el cariño, no ha nacido para mandar por medio de la fuerza; sufre donde hay necesidad de coacción.

Tampoco quisiéramos para ella derechos políticos ni parte alguna activa en la política. Hay ahora mucho, creemos que habrá siempre bastante, de militante en la política; hay ahora mucho, creemos que habrá siempre bastante en ella, de pasiones, de intereses, de intrigas, de luchas de mal género, de ruido desacorde, de aceptar

---

tado á la fría razón, y querido alejar conflictos entre la sensibilidad y la conciencia de la mujer, antes que buscar garantías de que se hará justicia á los acusados. No se nos oculta que éstos ganarían con que sus jueces se impresionasen y preocupasen mucho al juzgarlos, en vez de la indiferencia con que suelen ser juzgados, casi puede decirse, mecánicamente.

medios no siempre honrados é instrumentos y auxiliares no siempre puros, para que queramos ver á la mujer en ese campo de confusión, de mentira, y muchas veces de iniquidad (1).

El tiempo, dicen, suavizando las costumbres y educando las masas, hará que la política no tenga nada de antipático á la naturaleza femenina. Lo dudamos. Dudamos que los vestigios

(1) En algunos de los Estados Unidos tienen ya derechos políticos y votan las mujeres, y según informes oficiales y autorizados, con gran ventaja, tanto respecto al decoro y buenas formas en los colegios electorales, como para el mejor acierto en la elección. Muchos hombres, no pocos de mérito eminente, que piden derechos políticos para las mujeres anglo-americanas, es principalmente con el objeto de *moralizar* las elecciones, y en aquellas en que han tomado parte hasta aquí, parece que, en efecto, han sido elemento moralizador. Como la prueba no tiene ni extensión ni tiempo para constituir experiencia, carece de autoridad decisiva. Además, en los Estados Unidos puede ser buena una cosa, pero sin aplicación á España, cuyas mujeres no tienen hoy la instrucción, el prestigio, el carácter, la firmeza que se necesitarían para servir de dique á la depravación criminal que se desborda por lo común donde quiera que se elige un Diputado á Cortes, y tememos que en vez de sanear la atmósfera electoral, se contaminaran con ella. Es posible que se purifique en el porvenir, pero está muy lejano: la pestilencia va en aumento al presente.

de lo pasado, los intereses del presente y las aspiraciones del porvenir, unidos á las pasiones del hombre y á los dolores de la humanidad, dudamos que estos elementos de la política de todos los tiempos dejen de producir lucha, que podría suavizarse en la forma, pero que en el fondo tendrá siempre injusticias y rencores. En las ciencias sociales la idea necesita hacerse hombre, y al encarnar, pierde mucho de su diáfana pureza.

Si no por siempre, por mucho tiempo, por muchos siglos, la política será militante; y si la mujer toma parte activa en ella, podrá verse envuelta en sus persecuciones, y la familia dispersa y los huérfanos sin amparo. Necesita ser neutral, sagrado, el hogar que custodia la mujer; allí debe estrellarse el oleaje de las pasiones políticas, vivir en paz el padre del rebelde, el hijo del proscrito, y acogerse los vencidos, sean quienes fueren.

Y la mujer, ser inteligente, ¿no ha de tener opinión ni influencia en una cosa tan importante como la política? Puede pertenecer á una escuela, puede tener opinión é influir en la de los otros por muchos medios eficaces, pero no quisiéramos que tuviera partido ni voto. ¿Le

necesita, por ventura, para contribuir poderosamente al triunfo de sus ideas? De ningún modo. Cuando sea ilustrada, influirá en la política, aunque no tome parte directa en ella, porque influirá en el voto del hermano, del esposo, del hijo, del padre y hasta del abuelo.

Quédele al hombre el desdichado monopolio de todas las luchas, de todas las guerras, de todas las iras; la misión de la mujer sea de paz, y aliada natural de todo el que sufre, vuélvanse de su puerta todos los perseguidores.



CAPÍTULO IX.

¿CÓMO SE MODIFICARÁ EL CARÁCTER DE LA MUJER EDUCADA?

Todo el mundo sabe que con la civilización se suavizan las costumbres; que los pueblos menos civilizados son los más feroces. Este incontestable hecho social significa que el individuo, á medida que se educa, que se instruye, se hace menos irascible, menos violento, más benévolo. Esto para los pueblos, para los hombres. ¿Y las mujeres? ¡Oh! Con las mujeres se cree que sucederá lo contrario, porque todo lo que á ellas se refiere se rige por reglas especiales: el absurdo tiene también su lógica, que aplica hasta donde puede.

Más clara ó más confusa, es muy común la idea de que la mujer, cuyas facultades intelectuales se eduquen, ha de hacerse más varonil; que ha de perder la suavidad y la dulzura, que

son el encanto de su sexo; que ha de ser menos manejable; que ha de querer revestirse de autoridad con perjuicio de la de su marido; es decir, que la educación en ella ha de producir un efecto diametralmente opuesto al que produce en todos los vivientes racionales é *irracionales*. Esta opinión podrá carecer de sentido común, pero en cambio tiene numerosos partidarios.

Preguntemos á la experiencia, pues aunque tratándose de la educación de la mujer está muda en muchos casos, debemos recoger respetuosamente sus respuestas cuando puede darlas. ¿Qué nos dice? Que la educación, aun incompleta, produce en la mujer los mismos efectos que en el hombre.

Esas mujeres duras, brutales, crueles, desalmadas, intratables, pertenecen, por regla que apenas tiene excepción, á las clases no educadas. Á medida que la mujer se educa, menos por lo que aprende en el colegio, que por lo que se modifica con el trato, el ejemplo y el amor del hombre ilustrado, ¿no se hace más dulce, más afectuosa, más dócil á la voz del deber, de la razón y del cariño?

Nuestro ser es un compuesto de instintos, de facultades, de sentimientos; buenos cuando se

dirigen al bien, malos cuando al mal se encaminan. ¿Qué es la educación en la mujer? Lo mismo que en el hombre. El medio de fortificar los buenos impulsos y de debilitar los malos. Tal vez se nos dirá: ¿esos impulsos naturales no son naturalmente armónicos? Responderemos: que los instintos, estando encargados de la conservación del individuo y de la especie, nacen educados; son necesariamente de una energía más espontánea que las facultades, y por un misterio impenetrable de la Providencia, esta energía necesaria pasa fácilmente el límite debido, y se convierte en crimen ó pasión perturbadora apenas le ha pasado.

Los instintos son indispensables á nuestra vida material, y la vida del alma es muchas veces una guerra contra los instintos, que tienen tendencia á desbordarse y son fatales cuando se desbordan. ¿Por qué son los salvajes lascivos, sanguinarios, egoístas y ladrones? Porque se dejan arrastrar por sus instintos. Combatiéndolos el hombre civilizado, se hace un ser moral y llega á la benevolencia, á la piedad, á la abnegación, á la virtud. ¿Cómo se combaten los instintos? Con los sentimientos y la inteligencia; pero las manifestaciones de ésta, necesaria

á la perfección, no á la vida, son menos enérgicas y han menester educarse. Á medida que se educa, los instintos se tienen á raya, los sentimientos se elevan, las ideas se extienden y el hombre se purifica. Á la mujer le sucede lo propio, y no es posible sostener que su compañero estará peor con ella cuando sea más dulce, más razonable, mejor.

Pero se dice: el hombre quiere ser obedecido sin discusión, sin razonar sus órdenes; así lo exigen su instinto de mando y la paz doméstica.

Respondemos: que el instinto pierde terreno á medida que la razón avanza; que la paz va siendo, no el silencio, sino la armonía; que el principio de autoridad no razonada é irresponsable no puede vivir en la familia cuando muere en la sociedad. Y no vive en efecto. El marido que no es bueno, abusa muchas veces de su fuerza y de la ventaja que le proporciona la ley; pero el hombre justo y razonable, muchas veces toca también los inconvenientes de que su mujer no se haga cargo de la razón. ¿No tiene que transigir con las genialidades y con los caprichos, y siguiendo el consejo de San Pablo, por la paz *ceder de su derecho?* ¿No tiene que renunciar á hacer valer su razón, y calla como



quien trata con una criatura que de ella carece, por no aceptar y educar la inteligencia en su mujer? ¿No se ve en la precisión de concederle privilegios muy parecidos á los de los niños y los locos, y cuyo límite es más fácil extender que fijar? ¿Al imponer la tiranía de los fuertes, no sufre la de los débiles, que si son queridos, pueden ejercerla?

El principio de autoridad está debilitado en el hogar doméstico como en la plaza pública; las mujeres se quejan de la tiranía de los maridos y éstos de la desobediencia de las mujeres, y es que la época es de transición, y que la paz doméstica no tiene *ya* los elementos del pasado, ni cuenta *todavía* con los del porvenir.

Si se respetan los fueros de la justicia, la paz entre seres sensibles y razonables ha de establecerse por la razón y el sentimiento. La mujer educada sentirá y comprenderá mejor, tendrá más elevación para pensar y más delicadeza para sentir, y será con su marido más razonable y más amante. ¿Qué hombre, si no es perverso ó brutal, preferirá la obediencia ciega del temor á la docilidad razonada del cariño?

Pero, en fin, ¿quién *mandará en casa*, quién será el jefe de la familia? Mandar despótica-

mente, no debe mandar nadie; tener fuero privilegiado, no debe tenerle ninguno, ni tampoco hacer concesiones de gracia y andar en tratos con la justicia, porque la justicia no se suple por ninguna cosa, ni sobre ella hay nada. Pero el hombre es físicamente más fuerte que la mujer; es menos impresionable, menos sensible, menos sufrido, lo cual le hace más firme, más egoísta, y le da una superioridad jerárquica natural, y por consiguiente eterna, en el hogar doméstico.

La mujer, que ha de ser madre, ha recibido de la naturaleza una paciencia casi infinita, y debiendo por su organización sufrir más, es más sufrida que el hombre. Su mayor impresionabilidad la hace menos firme; su sensibilidad mayor la hace más compasiva y más amante. Por más derechos que le concedan las leyes, la mujer, á impulsos del cariño, cederá siempre de su derecho; callará sus dolores para ocuparse en los de su padre, su marido ó sus hijos; la abnegación será uno de sus mayores goces; dará con gusto mucha autoridad por un poco de amor, y suplirá con la voz dulce y persuasiva que Dios le ha dado, la fuerza que le negó. No queremos ni tememos conflictos de autoridad en la familia

bien ordenada, de que el hombre será siempre el jefe, no el tirano.

Así como no vemos diferencias de inteligencia en los niños de diferente sexo, vemos muchas de carácter. La niña es desde luego más dócil, más dulce, más cariñosa, menos egoísta: es ya el germen de la madre, que ensaya con sus muñecas lo que más adelante hará con sus hijos. Son naturales, y por consiguiente eternas, las diferencias de carácter necesarias para la armonía, porque (y nótese esto bien) *las de la inteligencia no contribuyen á ella, sino que, por el contrario, la turban.*

Entremos en el hogar doméstico y observemos un matrimonio. La paz no se alterará nunca porque piensen del mismo modo, sino que, al contrario, será tanto más perfecta cuanto sus opiniones sean más idénticas y sus entendimientos puedan marchar más tiempo unidos. Donde las diferencias son necesarias es en el carácter, y allí están grabadas por la mano de Dios. La dulzura, la perseverancia, la docilidad, la abnegación, la paciencia de la mujer; su natural más compasivo, más amante, más complaciente y sufrido: estos son los elementos de la armonía. Añádase que en el hombre, al menos

consejo, y que si no se opone á nada, tampoco comprende ni consuela.

La experiencia poco puede decir en la materia, porque en nuestra patria es muy corto el número de mujeres que tienen alguna instrucción, y ésta poco sólida, adquirida sin plan ni método, y á veces teniendo que vencer grandes obstáculos. En las mujeres que hemos podido observar de cerca, hemos visto lo que no podíamos menos de ver, que la instrucción las hace más razonables y mejores, más dulces y menos expuestas á devaneos y extravíos. Sentimos no poder citar aquí algunos nombres, que probarían la natural alianza de una inteligencia cultivada, de un corazón amante y de una abnegación sin límites.

Si se nos presentase algún ejemplo de lo contrario, responderemos que no hemos creído que instruyéndose las mujeres no ha de haber ninguna díscola, viciosa ó perversa; responderemos que pueden rechazarse todos los ejemplos, porque entre nosotros no hay mujeres que tengan verdadera instrucción, y responderemos, en fin, que habiendo sido hasta aquí necesario sostener una lucha para que la mujer en España se instruyese algo, ha necesitado á ve-

ces condiciones de carácter especiales para instruirse, y nada tendría de extraño que esta energía tuviese la apariencia y acaso la realidad de mayor violencia y menos dulzura que en lo general del sexo. Aunque así fuese, carecería de fuerza el argumento que en este hecho se apoya; pero repetimos que no es así; aunque hecha la observación en las condiciones más desfavorables, ha confirmado siempre esta verdad: *Todo ser racional ó irracional se mejora á medida que se instruye y se educa.*

Hay mucho que esperar y nada que temer para la armonía y paz doméstica de la educación intelectual de la mujer, que no necesita mandar para dirigir, ni dominar para ser dichosa. No queremos quitar al hombre las ventajas que recibió de la naturaleza; pero abusará poco de ellas cuando halle enfrente la razón ilustrada, la ley, la opinión y el cariño. No queremos que se pretenda destruir la obra de Dios, prohibiendo á la mujer el uso de las facultades que de Él ha recibido. Ni tememos que, excepción inconcebible entre todos los seres educables, sea menos dulce y suave cuando esté mejor educada. No queremos que se la prive de su derecho, ni tememos que abuse, ni que use

de él siquiera reclamándole con todo rigor; halla más gusto en hacer gracia que en exigir justicia, y el consejo que San Pablo da al hombre, ella le recibe de su corazón: *por la paz cederás de tu derecho.*

CAPÍTULO X.

¿HAY INCOMPATIBILIDAD ENTRE EL CULTIVO DE LA INTELIGENCIA Y LOS QUEHACERES DOMÉSTICOS?

Dado que la mujer tiene inteligencia y necesidades físicas, no puede haber incompatibilidad esencial entre el cultivo de esa inteligencia y el cuidado de las atenciones materiales de la vida; de otro modo, Dios habría establecido, en lugar de la armonía, el antagonismo y la lucha donde es necesaria la paz. Las ocupaciones y cuidados de la vida física, un trabajo manual, lejos de perjudicar, pueden servir de descanso á los del espíritu. Cuando todas las horas del día y parte de las de la noche se empleen en trabajos materiales, será difícil que la mujer, lo mismo que el hombre, se dedique á ejercitar mucho el entendimiento: habrá, pues, imposibilidad material, común á los dos sexos: no incompatibilidad entre ocupaciones de un orden diverso.

Creemos que en todas las clases se podía y se debía dar alimento al espíritu; creemos que en todas se podía y se debía hallar tiempo para pulir los gustos groseros, elevar los sentimientos, rectificar los errores, enseñar las verdades necesarias y elevar el alma del trabajador, redimiéndola de la esclavitud en que ahora gime. Grave cuestión es esta, que no puede tratarse incidentalmente, y sólo hablaremos de aquellas clases que *tienen hoy tiempo* para educarse.

Las niñas, por regla general, más precoces y más dóciles que los niños, ¿qué hacen desde que son susceptibles de recibir instrucción hasta que se casan? Aprender á leer, escribir y contar mal ó bien, y lo que se llaman las labores propias del sexo: costura, bordado, más ó menos primoroso, y cuya utilidad consiste en gastar algún dinero en sedas y en estambres, y mucha vista para contar hilos y combinar colores. Si la educación es esmerada, se agrega un poco de geografía, historia y música; en algunos casos dibujo y francés: entonces son ya jóvenes instruídas. Por regla general todo esto se aprende con poca formalidad, sin tomarse el trabajo constante, necesario para saber bien una cosa, y sin la idea de que pueda servir para algo útil y po-

sitivo: la joven no trata de adquirir *conocimientos*, sino *habilidades*. Generalmente las olvida cuando se casa, es decir, que ha gastado muchos años de su niñez y juventud y algún dinero, á veces bastante, para aprender lo que primero no le sirve de nada, y después olvida. Como no se ocupa formalmente, se aburre y lee novelas, muchísimas novelas, con las que completa su educación intelectual.

Así despilfarra la joven los primeros y mejores años de su vida, sin hacer nada útil, ni tratar de nada formal, ni pensar en nada grave. Así tiene la veleidad y la ligereza propias del que no se emplea en nada serio; así adquiere hábitos de holganza intelectual, que la imposibilitarán toda la vida para los trabajos del espíritu, que exigen mucho esfuerzo y perseverancia; así, no pudiendo ser para ella la vida una *ocupación*, quiere convertirla en un *entretenimiento*.

Se dirá: la joven aprende á gobernar la casa, que es lo que importa. No creemos que sepa gobernar la casa quien no sabe gobernarse á sí misma, y aunque el gobierno de la casa se limitara al papel de ama de llaves, dudamos que le desempeñase bien. Es muy común en las jóvenes bien educadas y llenas de habilidades, no saber

coser bien un punto á una media, ni hacer un zurcido, ni echar una pieza, y lo que es peor, difícilmente tendrá espíritu de orden quien tiene poca fijeza en sus ideas y base poco estable para sus juicios.

Pero supongamos que la joven tiene buen juicio, y mucho instinto del bien, y bastante conocimiento práctico de las cosas materiales, y hábitos de orden y economía. El gobierno de la casa, ¿absorberá toda su existencia? Soltera en casa de su padre, casada en la suya, ¿no le quedará tiempo para ningún otro trabajo?

La dificultad y el mérito del gobierno de la casa se han exagerado mucho, y no podía menos de suceder así. Los hombres no entienden de eso y creen que es cosa ardua, como las mujeres se figuran que es muy difícil el más sencillo trabajo intelectual. Además, la mujer exagera la dificultad de los cuidados domésticos por la natural propensión á exagerar la importancia de lo que constituye la única ocupación de la vida, y porque si el gobierno de la casa no es un problema muy difícil, no ha de ser tan grande el mérito de quien le resuelve.

Las grandes señoras y las señoras ricas no gobiernan su casa, ni aun suelen dirigirla. Seme-

jante ocupación es para las mujeres de la clase media y las pobres; éstas trabajan muchas horas del día y de la noche para ganar pan, y les quedan pocas horas para el gobierno de la casa.

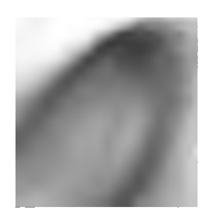
La costura llevaba antes mucho tiempo, malgastando en ella no poco las mujeres hacendosas. No era, ni es raro, ver cómo se gastan muchas horas ó muchos días en coser una pieza de ropa vieja, que se rompe á la primera lavadura, cuando el valor del tiempo, aun tan mal pagado como se paga el de las mujeres, bastaba para comprar nueva aquella prenda. Entre no componer la ropa usada y empeñarse en coserla cuando ya no vale el tiempo que cuesta, hay un medio, y ateniéndose á él, y con las máquinas, la mujer más hacendosa no necesita dedicar, en general, mucho tiempo á la costura, aun suponiendo que no tenga quien la auxilie.

El cuidado de la despensa y la vigilancia de la cocina no exigen tampoco tanto tiempo, que á una mujer que madruga y sabe aprovecharle, no le queden algunas horas, ó muchas, según las circunstancias de su familia, para dedicarse á trabajos útiles, mentales ó materiales, según su disposición ó su gusto.

Hablamos por experiencia propia y ajena; co-

nocemos mujeres que, sin descuidar sus deberes domésticos, hallan tiempo que dedicar á trabajos mentales, á buenas obras, ó á uno y otro. Para que la mujer tenga tiempo para todo, no se necesita más que fortificar su juicio, á fin de que no le pierda de mil maneras, salvo cuando tenga muchos hijos pequeños y nadie que le ayude (lo que quiere tomarse como regla, y es la excepción), ó mediando alguna otra circunstancia fuera de lo ordinario, en los demás casos la mujer tiene tiempo para instruirse y utilizar su instrucción en provecho suyo y de su familia.

Todo esto que vamos diciendo podrá parecer absurdo, pero es exacto, y cualquiera que observe en el hogar doméstico á las mujeres de la clase media, se convencerá de que si para dedicarse á algo útil, después de atender al gobierno de la casa, les falta tiempo, es porque le malgastan. El modo de emplearle bien es una de las primeras cosas que deberían aprender. La educación de las mujeres hasta aquí podría llamarse, sin mucha violencia: *Arte de perder el tiempo.*



CAPÍTULO XI.

¿QUÉ SERÁ DE LOS HIJOS CUANDO LA MADRE PUEDA EJERCER UNA PROFESIÓN Ú OFICIO LUCRATIVO?

Se supone que todas las mujeres son madres, que todas pueden dedicarse exclusivamente al cuidado de sus hijos, y que toda la vida de la mujer necesita estar empleada en llenar los deberes materiales, minuciosos, incesantes de la maternidad. Partiendo de supuestos falsos, las consecuencias no pueden ser verdaderas.

Hay un gran número de mujeres que no son madres: de ellas trataremos en el capítulo de la *mujer soltera*.

La inmensa mayoría, compuesta de mujeres pobres, no puede dedicarse al cuidado asiduo é incesante de sus hijos pequeñuelos, porque necesitan trabajar para darles pan. Unas veces llevan consigo al hijo que amamantan, expo-

niéndole á la intemperie; otras le dejan al cuidado de alguna anciana, ó le dejan solo: si hay alguna casa benéfica donde le recojan mientras van á su trabajo, es gran favor para el inocente y gran descanso para ellas. En la mayoría de los casos, es gratuita la suposición de que la mujer está ni puede estar continuamente al cuidado de sus hijos.

Queda reducida la cuestión á saber cuál será mejor: que deje la casa para ejercer una profesión ú oficio lucrativo, ó para dedicarse á un trabajo material, penoso y mal pagado. Afirmamos sin vacilar, que la mujer más educada, más perfecta, más útil, puede atender más constantemente al cuidado de sus hijos, porque puede estar más tiempo en casa y tener más vagar. Su trabajo, muy mal retribuído, lo será cada vez menos, porque es mecánico, y como máquina, es inferior á las que perfecciona todos los días el genio del hombre. Para ganar, no digamos algunos reales, sino algunos céntimos, necesita estar trabajando en su casa, ó fuera, todo el día, y á veces una parte de la noche. Si entrara por algo la inteligencia en su obra, se pagaría mejor, ganaría mayor suma en menos tiempo y podría dedicar más á sus hijos. Para que los atienda,

pedimos que, según su clase, tenga educación y utilice las facultades que ha recibido de Dios. Es extraño modo de observar, fijarse en un corto número de mujeres de la clase media que se dedican asiduamente al cuidado de sus hijos, y prescindir de la inmensa mayoría de mujeres pobres que para buscar pan tienen que dejarlos ó no atenderlos bastante.

El hijo necesita siempre de su madre, aunque la mantenga. ¿Quién le amará como ella le ama? Pero el cuidado asiduo de todos los momentos, no es necesario sino en los primeros años de la vida. La mujer vive 60 ó 70 años; según su fecundidad, tiene hijos pequeños, cuatro, seis, ocho, diez ó doce años. ¿Es esto la vida? Aunque en este período tuviera que dedicarse al cuidado exclusivo de sus hijos y no pudiera hacer otra cosa; aunque no estuviera á su lado madre ó tía anciana que la ayudase, ó hermana que le diera auxilio, antes y después de este período, y aun en el mismo, ¿no tiene la mujer tiempo y necesidad de cultivar sus facultades para que su trabajo sea más útil y más lucrativo y para perfeccionarse?

Esta consideración se aplica, como á las mujeres del pueblo, á las de las clases elevadas, y más

aún, porque en ellas son las mujeres menos fecundas, y es menos el tiempo en que la lactancia y corta edad de los hijos exigen cuidados incesantes. ¿Y lo son siempre tanto como se dice? El ama, la niñera, la abuela, la tía ó la hermana, ¿no procuran algún descanso y dejan algún tiempo que puede emplearse con utilidad mayor, según el mayor grado de perfección á que se haya llegado? Cuando el esposo está enfermo ó abrumado de trabajo, para ayudarle; cuando falta, para suplirle, ¿no podría la mujer hallar algunas horas que dedicar á trabajos lucrativos, para que sus hijos no careciesen de lo necesario y para que la enfermedad ó la muerte del padre no fueran la ruina de la familia?

Aun en este período, no muy largo comparado con la vida entera, en que los hijos pequeños necesitan cuidados continuos, se ve que las mujeres pueden disponer de algún tiempo, que unas emplean útilmente, y otras malgastan de una manera lastimosa.

La mujer educada será madre, no sólo más inteligente y capaz de allegar recursos para sus hijos, sino más tierna y cariñosa; las infanticidas no son personas instruídas, ni tampoco las que tratan á sus hijos con incomprensible dureza.

Lo repetimos: la mujer no sale ni puede salirse de la ley eterna, por la cual todo ser que se educa dulcifica su carácter, se hace más humano; y cuando la mujer dilate los horizontes de su entendimiento; cuando comprenda las armonías del mundo moral; cuando vea toda la fealdad del vicio y del crimen y toda la hermosura de la virtud; cuando su exaltación se convierta en entusiasmo y sus instintos se eleven á sentimientos; cuando su razón pueda servirle de faro en las borrascas de la vida y de apoyo contra los embates del mundo; cuando el ejercicio de las facultades más nobles eleve su ser, purifique sus afectos y le dé mayor delicadeza y sensibilidad; cuando, en fin, sea más buena, ¿no será mejor madre?

Si no fuera este nuestro íntimo convencimiento; si tuviéramos la más leve duda de que la mujer, al cultivar su inteligencia, disminuía en lo más mínimo su cariño maternal, arrojaríamos estas páginas al fuego. ¿Cómo habíamos de querer despojar á la humanidad de su sentimiento más elevado?

En todos los amores de la tierra se revela, por algún egoísmo, el miserable barro de que está hecho el hombre: sólo el amor de una madre

nos puede dar idea del amor del Cielo; sólo en él hay pureza inmaculada, abnegación que no conoce límites, perdón para todas las culpas, olvido para todas las faltas, y piedad y misericordia sin medida: sólo él purifica cuanto toca, hace comprender al alma un mundo de afectos sublimes y la pone en relación con el Infinito.

Mirad en su prisión á la mujer más despreciable, á la prostituta delincuente; vedla trasfigurada al lado de su hijo enfermo, y escuchad las palabras sublimes que no se manchan al pasar por sus labios impuros.

Ved aquel reo en capilla; es un monstruo: cínico é impenitente, repugna y espanta. ¡Su madre! Al verla llegar, se estremece el centinela y se conmueve hasta el verdugo. Cuando la sacan, la expresión del monstruo ha cambiado; aquella alma empedernida se ha conmovido, é inclina su frente ungida por las lágrimas de la que le dió el ser. Allí donde todo inspiraba repugnancia y horror, hay algo que hace sentir compasión y respeto; aquella atmósfera pestilente se ha purificado al pasar por ella el amor desolado de una madre.

Y este amor, lo más grande que hay en el mundo moral, ¿había de ser incompatible con la

perfección del entendimiento, lo más grande que hay en el mundo de la inteligencia? ¿Había de haber antagonismo entre los atributos más nobles de la humanidad? ¿No sería posible la armonía entre las cosas más sublimes, ni que la mujer que piensa fuese madre amorosa?

Dios, que es inteligencia y amor, ¿apartaría en la madre el amor de la inteligencia? ¡Hijos de las mujeres pensadoras y amantes, vosotros responderéis algún día á esta especie de blasfemia!

CAPÍTULO XII.

LA MUJER SOLTERA.

La mujer soltera inspira cierto desdén; reminiscencia brutal, como hemos dicho, de los tiempos en que no se la consideraba más que como hembra, y efecto de que, por falta de educación, no es todo lo útil que pudiera ser. Á veces parece que su vida sin objeto es una carga para la sociedad.

Hay un tipo de mujer soltera, ciertamente poco recomendable. Egoísta, extravagante, concentra sus afectos en su perro ó en su gato, ó se vuelve á Dios con tan poca benevolencia para las criaturas, que hace incomprensible su amor verdadero al Criador. Es la mujer excéntrica, intratable, ó la beata maldiciente, sin caridad. Este tipo va siendo raro; lo sería mucho más si la mujer se educase; aun creemos que llegaría á desaparecer, porque es una consecuencia del

fastidio, del ocio intelectual y del sentimiento de la propia inutilidad: la prueba es que la solterona extravagante de la clase media y elevada no existe en la mujer del pueblo que trabaja.

La mujer, es mujer aunque no sea madre, es decir, que es compasiva, paciente, afectuosa y dispuesta á la abnegación. Más aún: sin ser madre, tiene afectos maternales. Observemos en el hogar doméstico cuántas veces la hermana ó la tía soltera cuidan de los niños con celo incansable, y los sufren y los aman con afecto verdaderamente maternal. Observemos esas sagradas legiones de Hermanas de la Caridad que amparan á los pobres niños que dejaron huérfanos la muerte, la miseria ó el crimen. En toda mujer cuyo natural no se haya torcido de algún modo, hay amor á los niños, compasión hacia el que sufre y piedad religiosa. La sociedad, en vez de explotar este tesoro, le desdeña, si acaso no le escarnece.

La mujer soltera, casta si tiene un poco de pan y un poco de educación, no es, como el hombre célibe, un elemento de vicios, desórdenes y males, sino que, por el contrario, puede consagrar toda su existencia al bien de la sociedad. El amor de Dios y del prójimo forma parte muy



esencial de su naturaleza: la lleva á los hospicios, á los hospitales, á la inclusa, al campo de batalla, y la hace atravesar los mares en busca de dolores que consolar. Dad instrucción á esta criatura así organizada, dadle instrucción sólida, y veréis desaparecer los *empleados* de los asilos benéficos, y veréis convertirse las casas de *beneficencia* en casas de *caridad*.

La mujer soltera, que caritativa é ilustrada se dedica al consuelo de sus semejantes, es un elemento social de bien y prosperidad que no tiene precio; su actividad, su vehemencia, su piedad, su abnegación, su vida entera, se concentran en la buena obra objeto de sus afanes; allí están su hogar y su familia, allí sus alegrías y sus dolores. Toda mujer en la cual la educación no haya contrariado los buenos sentimientos, tiene cuidados, ó por lo menos disposiciones maternales para los desvalidos que padecen; esto es tan cierto, que los acogidos en las casas de beneficencia, por instinto ó por gratitud, llaman á las Hijas de la Caridad, *las madres*.

No es necesario que la mujer soltera haga votos ni vista un hábito para que su vida se consagre al bien de los demás. ¡Cuántas veces sola en su casa vive exclusivamente para la ca-

ridad bajo cualquiera de sus formas, ó agregada á una familia cuida al niño como si fuera su madre, y al anciano como si fuera su hija! Y si esto no sucede con más frecuencia, y la mujer soltera no es más útil, consiste en que no tiene conciencia de todo lo que vale; en que muchas veces se considera como un ser inútil que para nada sirve; en que no hay en ella esa independencia moral y esa firmeza é igualdad de carácter que da la ocupación útil y la inteligencia cultivada, y en fin, en que carece de recursos, porque no puede dedicarse á oficios ó profesiones lucrativas.

Si para convencernos de que los errores se encadenan como las verdades, necesitásemos una prueba más, lo sería la especie de desdén que inspira la mujer soltera, en vez del respeto que debería inspirar. Dada la preocupación de que en la mujer no hay facultades intelectuales que cultivar, ni aptitudes para las artes, la industria y el comercio; suponiendo que multiplicar la especie es su única misión, cuando no la llena, lógico es que se la considere como un ser inútil. Este absurdo está en armonía con otros, y lo estaba con el modo de ser de las sociedades antiguas, en que el suelo carecía de

pobladores. Pero en el mundo moderno, en los pueblos civilizados, los hombres se multiplican con sobrada rapidez, el exceso de población se hace sentir con frecuencia, no son madres lo que falta, y la mujer pura y benéfica que se dedica á hacer bien á sus semejantes, que como no hace falta á nadie está pronta á sacrificarse por todos, que tiene en mucho el hacer bien á cualquiera y en poco su vida, que forma su familia de aquella parte del género humano que sufre y la nesesita, y que usa de su libertad haciéndose esclava de los santos deberes que se impone; esta mujer es tan respetable y tan útil como la mejor de las madres. Y no se diga que este es un ser ideal; hay muchas de estas mujeres, y podría haber más.

Es tiempo de que no se trate sólo de la madre cuando se habla de la mujer; de que se comprenda que en toda mujer honrada hay sentimientos maternales; de que no se mire desdeñosamente un gran elemento de bien para la sociedad; de que se salga de las rutinas para el respeto y para el desprecio; de que no se rebaje nada que esté elevado, ni se niegue prestigio á nada bueno, ni admiración á nada sublime, ni se quieran hacer moldes para vaciar el mérito.

Es tiempo de poner fin á la reacción que enaltecía el celibato sobre el matrimonio, y de considerar la excelencia de las acciones y no el estado de quien las lleva á cabo. ¡Santas mujeres, que no siendo madres habéis prohijado al género humano, recibid el homenaje de mi respeto, el recuerdo de mi cariño y las lágrimas que corren de mis ojos al pensar en las que habéis enjugado! Sirva vuestra vida ejemplar de argumento contra los que, combatiendo una preocupación con otra, se niegan á haceros justicia.

CONCLUSIÓN.

Hemos procurado demostrar las contradicciones de las leyes y la confusión de las opiniones y de las costumbres en lo que á los derechos y capacidad de las mujeres se refiere.

Las contradicciones en que incurren algunos fisiólogos al asegurar la inferioridad orgánica de las facultades intelectuales de la mujer.

La superioridad moral de ésta.

Que habiéndose vedado á la mujer el ejercicio de las facultades intelectuales superiores, poco puede decir la historia, y no obstante, su testimonio es favorable á la opinión de que la inteligencia de la mujer puede cultivarse con ventaja como la del hombre.

Las funestas consecuencias que acarrea para el hombre, para la sociedad y para la mujer el error de su incapacidad intelectual, y la impo-

sibilidad de ejercer ninguna profesión y la mayor parte de los oficios.

Que la mujer puede ejercer todas las profesiones y oficios para que no se necesite mucha fuerza física ni sea un obstáculo la ternura de su corazón, ni tengan algo que repugne á su natural benigno.

Que la mujer educada será más dulce, más benévola, porque la educación suaviza el carácter hasta de los irracionales.

Que no hay incompatibilidad entre el cultivo de la inteligencia y los quehaceres domésticos.

Que los hijos, en vez de perder, ganarán, cuando la madre pueda ejercer una profesión ú oficio lucrativo.

Que la mujer soltera no debe ser mirada con desdén; que educada, puede llenar una alta misión social; que cuando la llena, es tan respetable como la madre.

Esto es lo que hemos procurado probar con toda la brevedad que nos ha sido posible, y tratando sólo las verdades esenciales que una vez admitidas conducen á todas sus múltiples consecuencias.

¿Defendemos lo que se ha llamado *emancipación de la mujer?* No está muy bien definido lo

que con estas palabras se quiere dar á entender, y nosotros deseamos consignar con claridad nuestro pensamiento.

Queremos para la mujer todos los derechos civiles.

Queremos que tenga derecho á ejercer todas las profesiones y oficios que no repugnen á su natural dulzura.

Nada más. Nada menos (1).

Queremos para la mujer la dependencia del cariño, y la que ha establecido la naturaleza haciéndola más débil, más sufrida y más impresionable; pero rechazamos la dependencia apoyada en leyes injustas, en costumbres inmorales ó absurdas, y en la pobreza ó la miseria de quien no tiene medios de ganar lo indispensable. Queremos la independencia de la dignidad, la independencia moral de un ser racional y responsable; pero estamos persuadidos de que la felicidad de la mujer no está en la independencia, sino en el cariño, y que como ame y sea amada, ce-

(1) Escribimos para la España de hoy. En otro país y en otro tiempo podrá pedirse, y tal vez con ventaja, lograrse más; pero de todos modos no se logrará el fin sino por los medios indicados, ni el progreso podrá infringir su ley, que es ser lento y graduado.

derá sin esfuerzo por complacer á su marido, á su padre, á su hermano y á su hijo.

Queremos que sea dulce madre, hija y esposa tierna antes que todo; que su misión sea una especie de sacerdocio, y que la llene con todo el amor de su corazón y todas las facultades de su inteligencia.

Queremos que, puesto que las costumbres le conceden mayor libertad que á la mujer de Oriente, de la Edad Media y aun de principios de este siglo, su educación esté en armonía con esta libertad, para que sepa usar de ella.

Queremos que sea la compañera del hombre. Pudo serlo, sin educar, del hombre ignorante de los pasados siglos; no lo será del hombre moderno, mientras no exista entre sus ideas la misma armonía que hay entre sus sentimientos.

Queremos que no se establezcan diferencias caprichosas entre los dos sexos, sino que se dejen las establecidas por la naturaleza que están en el carácter y bastan para la armonía, porque conviene no olvidar que ésta se establece con tanta mayor facilidad, cuanto las ideas están más acordes.

Queremos que en la vida social esté representado el sentimiento y admitida la realidad de

sus verdades; que esta representación la tengan las mujeres principalmente, y lleven á las costumbres, á la opinión, y por consiguiente, á las leyes, un elemento que muchas veces les falta. Que sin negar á la razón sus derechos, hagan valer los del corazón, y digan y prueben que hay casos y cuestiones, grandes cuestiones, en que un ¡ay! es un argumento, y una lágrima, una demostración.

Queremos que la mujer avive el sentimiento religioso por medios que estén en armonía con la época en que vive. Ya no se imponen las creencias con la autoridad ni se infunden por el martirio. La caridad y la razón deben fortificar la idea de Dios. La caridad está viva; pero la razón yace casi muerta en la mujer, y se semeja á un misionero que ignorase el idioma de los pueblos que quería convertir. Es necesario que aprenda ese lenguaje; que purifique sus creencias de toda superstición; que con su ejemplo combata la idea de los que pretenden hacer incompatibles la instrucción y la piedad; que multiplique los caminos para llegar á Dios, y sobre todo, que no haga reflejar sobre la religión algo del descrédito intelectual de quien la practica.

La mujer tiene que quebrantar por segunda

vez la cabeza de la serpiente, de ese escepticismo que se enrosca alrededor de nuestra existencia, que nos inocula su veneno, que nos hiela con su frío, y en vez de armonías sublimes, nos da su silbar siniestro.

Las grandes cuestiones se resuelven hoy á grandes alturas intelectuales, y es necesario que la mujer pueda elevarse hasta allí para que no preponderen el egoísmo, la dureza y la frialdad; para que no se llame razón al cálculo, y cálculo á la torpe aplicación de la aritmética.

Dulce, casta, grave, instruída, modesta, paciente y amorosa; trabajando en lo que es útil, pensando en lo que es elevado, sintiendo lo que es santo, dando parte en las cosas del corazón á la inteligencia del hombre, y en las cuestiones del entendimiento á la sensibilidad femenina; alimentando el fuego sagrado de la religión y del amor; presentando en esa Babel de aspiraciones, dudas y desalientos el intérprete que todos comprenden, la caridad; oponiendo al misterio la fe, la resignación al dolor, y á la desventura la esperanza; llevando el sentimiento á la resolución de los problemas sociales, que nunca, jamás se resolverán con la razón sola: tal es la mujer como la comprendemos; tal es la mujer del por-

venir. Por ella nacerán á la vida del alma los hijos del pueblo en las generaciones futuras; por ella será más pausada y más continua la marcha de las sociedades, sin alternativas de velocidad virtiginosa y de paralización mortal; por ella se acabarán si es posible las luchas sangrientas y las victorias de la fuerza; por ella será magnetizado ese mundo, tantas veces impenetrable á la palabra de vida.

Y si todos los pueblos necesitan que conmueva sus entrañas la sensibilidad de la mujer, mucho más aquellos menos adelantados y menos dichosos. La comunicación continua con otros países da lugar á comparaciones desventajosas, que si unas veces determinan nobles impulsos de emulación, no pocas inspiran desdén y desaliento, y el afán de ir á gozar en el extranjero las ventajas de una civilización más adelantada. Contra este deseo, tantas veces puesto por obra, y causa permanente de empobrecimiento, ¿pediremos leyes á los hombres? No. Invoquemos una que Dios ha grabado en el corazón de la mujer. Vosotras, ¡oh mujeres! que no dáis el primer lugar en vuestro cariño á los predilectos de la naturaleza ó de la fortuna; vosotras que queréis más al hijo enfermizo, deforme, des-

venturado, comunicad al hombre el más generoso de vuestros instintos; enseñadle á amar á la patria, á su madre, porque es infeliz; hacedle sentir cuán vil es y cuán culpable el que abandona á los suyos en la desgracia; cread una nueva, una grande escuela política: que no combata más que con un adversario, con el egoísmo; que no escuche más que un oráculo, el corazón.

FIN DE LA MUJER DEL PORVENIR.

LA MUJER DE SU CASA.

ADVERTENCIA.

La Mujer del Porvenir se ha escrito de prisa, se ha impreso inmediatamente después que se escribió, y se resiente de ambas cosas, según hemos podido notar leyéndola ahora, es decir, á los trece años de su publicación; nos parece que es, á lo que podía ser, lo que un boceto á un cuadro.

Como la fuerza nos va faltando; como un asunto después que se trata, bien ó mal, pierde gran parte de su atractivo; como las cabezas cansadas, semejantes á los estómagos inapetentes, necesitan suplir en parte el apetitò con el gusto, y no le hay (al menos para nosotros) en relle-

nar, añadir, retocar, y en fin, concluir una obra, la nuestra se quedará con los vacíos que tenía, menos algunos que procuraremos llenar en el presente escrito, en que además indicamos ciertos puntos, respecto á los cuales hemos modificado nuestra opinión. La sinceridad con que escribimos siempre no nos permite sostener afirmaciones cuando hemos concebido dudas. Que otros se envanezcan con el título de infalibles; nosotros nos contentamos con el de honrados y sinceros.



CAPÍTULO PRIMERO.

IMPORTANCIA DE FORMARSE IDEA EXACTA DE LA PERFECCIÓN.

Parece que no hay daño mayor para la sociedad que el intencionadamente hecho por sus individuos malévolos, que, á sabiendas y deliberadamente, satisfacen la pasión y buscan el provecho ó el gusto propio, á costa del perjuicio y del dolor ajenos. Pero observando bien, llegamos á convencernos de que los grandes males son aquellos que se hacen ignorando que lo son, que se consuman con tranquilidad de conciencia y que, en vez de vituperio, reciben aplauso de la opinión pública. Por cualquiera página que abramos el libro de la Historia, vemos que los pueblos sufren principalmente, no por los ataques de los malhechores, que las leyes condenan y la opinión anatematiza, sino por aque-

llos impunes ó aplaudidos que destrozan el cuerpo social con tranquilidad de conciencia y beneplácito de la comunidad. Así, por ejemplo, no es lo más grave que en ciertas épocas falte seguridad para las vidas y haciendas, sino que los bandidos se llamen y sean tenidos por caballeros; que se torturen y destrocen los miembros del acusado, sino que el tormento, sancionado por la justicia, parezca indispensable para realizarla; que se queme á los hombres vivos porque no piensan en todo como sus verdugos, sino que el *oficio* de éstos se llame *santo;* que sus manos, manchadas de sangre inocente, se besen con respeto, y que las sentencias absurdas, inicuas y crueles que salen de sus bocas impías, sean consideradas como oráculo de la divinidad. Y si de los pasados tiempos venimos á los presentes, no es lo más dañoso (con serlo mucho) que haya *nihilistas* incrédulos y piadosos, los unos que pretendan aniquilar toda autoridad, los otros que se aniquilen ellos mismos ante la autoridad; los unos que vean la perfección en la fiera, los otros en el cadáver; los unos que conmuevan el aire con las explosiones de la dinamita, los otros que le envenenen con emanaciones mefíticas; esto, con ser



muy malo, no es lo peor; lo más grave, lo terrible, es que haya miles y millones de personas que crean que por estos medios se puede hacer la felicidad de la tierra, ó ganar el cielo, y que llamen perfección á la mutilación.

Nos parece que no se puede estudiar bien el presente y el pasado, sin adquirir el convencimiento de que los grandes males de los pueblos vienen, menos de las injusticias que persiguen, que de las que toleran, y sobre todo de las que ignoran.

Para que esta proposición no parezca demasiado absoluta, hay que considerar dos cosas:

1.ª Que la verdad moral no surge repentinamente, como una luz que hace desaparecer las tinieblas, sino que se va infiltrando por el cuerpo social á través de numerosos obstáculos; en la lentitud con que marcha no se puede fijar en qué día ni en qué año fué contemplada y reconocida, y por esta incertidumbre de la intensidad y momento de su acción, es fácil incurrir en el error de no considerarla como causa de todos sus efectos.

2.ª Que en el tiempo (más ó menos, siempre mucho) que la *idea* tarda en hacerse *opinión* y *ley*, por impaciencia simpática, ó por hostilidad

rencorosa, es fácil pedirle lo que todavía no puede dar, ó acusarla de los males que *demuestra* como si los *creara*. Hay personas envueltas en densa obscuridad que no les permite ver el cuadro de los dolores humanos, y cuando las tinieblas desaparecen y ya no pueden negarlos, acusan á la luz de ser autora de ellos.

Teniendo presentes estas dos circunstancias, y que en todo pueblo que progresa hay:

Una justicia que ignora;

Una justicia que entrevé;

Una justicia que ve claramente, pero que por los muchos obstáculos que se oponen no puede aun realizarse;

Una justicia que se realiza.

Reflexionando sobre todo esto, aparece clara la verdad de que los malhechores que la sociedad pena, no son los que le hacen más daño, sino aquellos que tolera ó aplaude por desconocimiento la justicia, ó por no tener de ella sino una idea confusa, ó por carecer de fuerza para realizarla.

Si esto es cierto (para nosotros evidente), se comprende la importancia de los *ideales*, de que tanto se burlan los que califican de *ideólogos* á todo el que no llama definitivo á lo pasajero,



absoluto á lo relativo, perfecto á lo acostumbrado, y justo á lo que es cómodo para los pocos y tolerado por los muchos.

El ideal es el modelo; cuando es deforme, las copias lo serán necesariamente, y no hay grande injusticia en la Historia que no tenga su filiación en un error, en una idea, que calificó de malo ó de bueno lo que no lo era.

Ya sabemos que los *ideales* pueden ser sueños irrealizables, y lo son algunas veces; pero otras se califican así las *aspiraciones* más justas y más nobles, á que la pasión, el interés y la ignorancia oponen obstáculos poderosos, pero no insuperables, puesto que con el tiempo se han vencido unos, y en buena lógica debe suponerse que se vencerán otros.

¿Qué son muchos mártires venerados en los altares, ó cuya memoria, respetada y querida, vive en el corazón de los hombres justos y amantes, sino apóstoles de realidades que se tuvieron por sueños, de derechos que se llamaron atentados, de consuelos que eran temidos como dolores? No se necesita saber mucha historia ni reflexionar profundamente, para ser circunspectos al juzgar á los innovadores atrevidos, y convencerse de la importancia esencial de los

ideales. Nótese que los auxiliares más poderosos de los verdaderos soñadores son los que llaman así á todo el que propone una innovación radical, y no distinguen lo imposible de lo prematuro, ni lo absurdo de lo dificultoso. Si en vez del *anatema* se empleara el *análisis*, se distinguiría lo cierto de lo falso, los reformadores de los charlatanes ó de los fanáticos; mientras que, contra la reprobación no razonada de un lado, reacciona el aplauso sin razón de otro, y viendo que se combaten muchas cosas buenas, se admiten como tales todas las que son combatidas.

Si sucede así cuando se trata de reformar instituciones sociales, está más en relieve siempre que aparecen hostiles en primer término corporaciones, organismos, colectividades poderosas, que creen amenazados sus intereses, sus pasiones ó sus vanidades, y llevan al combate una persistencia, una organización y una disciplina que tardan en adquirir sus adversarios. Diríase que este caso es el más desfavorable para el innovador; pero hay todavía otro que le presenta mayores obstáculos, y es cuando sus ideas de reforma se dirigen, no á los hombres, sino á las mujeres. Entonces las dificultades

crecen en progresión imposible de apreciar por muchas causas, siendo las principales éstas:

Que el reformador tiene enfrente el ridículo armado de punta en blanco, temible para todos, y temido por la mujer especialmente;

Que las mismas á quienes intenta amparar ó proteger, le miran como enemigo;

Que sus innovaciones se consideran por unos, y fingen considerarse por otros, como subversivos del orden moral, cuyos cimientos conmueven, intentando sacar á la mujer del círculo reducido y tranquilo del hogar doméstico, á una esfera mayor, cuya extensión aumenta la de sus peligros y luchas.

Estos obstáculos son tan grandes todos, que el mayor parece aquel que se considera. ¿Quién no conoce el poder del ridículo? ¿Quién no ve la desventaja de un campeón hostilizado por los mismos por él defendidos? ¿Quién no se persuade de lo mucho que retrae de prestar auxilio directo ni indirecto á toda reforma ventajosa para la mujer, la sospecha, vaga unas veces, otras determinada, de que peligra la virtud de toda la que aspire á tener personalidad, y que, sin estar bajo la tutela del marido, sin ser eternamente menor, no puede hacer buena casada? La *eman-*

cipación de la mujer, ¿no se toma en mala parte? Podrá decirse que es porque no se fija bien el valor de las palabras; y aunque haya en esto algo ó mucho de cierto, tampoco cabe duda de que la confusión de las palabras corresponde á la de las ideas, y que á lo *poco* definido hay que añadir lo *mal* definido. Y siendo los hechos consecuencia de los sentimientos y de las ideas, sabiéndose que el hombre *obra* como *piensa* y *siente*, inevitable es que las leyes y las costumbres conviertan en injusticias los errores que como verdades se admiten respecto á lo que constituye la perfección de la mujer.

CAPÍTULO II.

LA MUJER DE SU CASA CORRESPONDE Á UN IDEAL ERRÓNEO.

En medio de las dudas, perplejidades y confusión, tan frecuentes en todo lo que á la mujer se refiere, lo más fijo, determinado y generalizado que se observa entre nosotros, es la idea de considerar como tipo de perfección femenina á la que es *buena mujer de su casa.*

En la bondad de ésta, como en todas las bondades, hay grados; nos fijaremos en el superior, en que está la mujer honesta, prudente, económica, trabajadora, cuidadosa del orden y aseo de la casa, inteligente en cuanto puede contribuir á que en la mesa haya la mayor variedad y regalo con los medios de que dispone, que el vestido y ajuar sea de lucimiento sin mucho coste; no dada á lujo excesivo ni á diversiones caras ó que la distraigan de sus deberes; esposa

y madre amante, y, en fin, *que no piensa más que en su casa, en su marido y en sus hijos:* esta frase es el resumen de sus perfecciones.

¿Vamos á negarlas? ¿Vamos á convertir en asunto de crítica un modo de ser, digno por tantos conceptos de aplauso? ¿Vamos á combatir con sus mismas armas á los que usan las del ridículo? ¿Vamos á dirigir cargos severos? Todo esto se halla tan lejos de la justicia como de nuestro pensamiento y de nuestro corazón, que ama, respeta, y no pocas veces admira, á esas mujeres modestas en medio de tantas vanidades, puras en medio de una atmósfera corrompida, sufridas cuando por donde quiera ven impaciencias quejumbrosas; viviendo para los otros y de tal manera olvidadas de sí, que tienen como un hábito la abnegación, y ni aún se dan cuenta de que su vida es una serie de sacrificios. Por ellas hay familia; por ellas flota el arca santa en medio del oleaje continuo y tempestuoso de tantas depravaciones; por ellas queda en la conciencia obscurecida de tantos hombres un punto luminoso; por ellas hay oásis para el corazón y la conciencia de muchos viajeros en los desiertos de la vida; en ellas encuentran amparo y consuelo los perseguidos de las iniquidades so-



ciales. No quisiéramos que nadie nos aventajase, y creemos que ninguno nos aventaja, en reconocer, apreciar y ensalzar todo esto; pero si semejante modo de ser podía constituir el *ideal* de la perfección en el castillo feudal, de ningún modo en la casa del ciudadano de un pueblo moderno, que es ó tiene la pretensión de ser libre, y que necesita libertad.

Cuando la sociedad estaba organizada para la guerra; cuando era omnipotente el imperio de la fuerza bruta, se comprende que la mujer no tuviese misión social, que se limitase á la doméstica, que el hogar fuera su mundo, y que no pasara el puente levadizo sino para trocar las rejas de la fortaleza por las del convento. Pero cuando los pueblos se organizan para la paz; cuando empiezan á comprender que necesitan vivir de trabajo y de justicia; cuando las facilidades y las tentaciones del crimen y del vicio establecen una corriente de inmoralidad que no le es dado encauzar á la ley y necesita un dique de virtud y abnegación que sólo pueden oponer los elevados afectos de la bondad ilustrada; cuando las creencias religiosas se debilitan y tienden á convertirse en sentimientos; cuando los pueblos no esperan ni pueden espe-

rar la salud sino de sí mismos, del empleo racional y armónico de todas sus fuerzas (de todas), materiales, intelectuales y afectivas; cuando se demuestra que ninguna fuerza se pierde en el mundo de la materia, y no tardará en verse que lo propio acontece con las del espíritu, y que aquellas que no tienen influencias armónicas las tendrán perturbadoras; cuando apenas puede desconocerse que la mujer purifica ó vicia la atmósfera que la rodea, y hágase lo que se haga, el círculo de esa atmósfera se ensancha cada día; en tales circunstancias, ¿quién asegurará, con conocimiento del asunto, que la mujer de su casa no es un anacronismo, ni que contribuye, como podía y como debía, al progreso de la humanidad? Su existencia es un bien inapreciable, si se compara á la de las mujeres desordenadas y livianas y á la de los hombres inmorales, pero es un mal si se considera lo que podía ser, y necesita que sea, todo pueblo que avance rápida y regularmente hacia la justicia. No desconocemos lo que vale y lo que sirve ese núcleo fuerte y sano de sentimientos puros y virtudes inquebrantables, sin el cual apenas se comprende la existencia de esta sociedad donde hay tanto corrompido y movedizo; pero tampoco



se nos oculta cuán altas dotes se esterilizan ó se convierten en obstáculo para bienes que debían facilitar. En nuestra época agitada creemos que sin mucha impropiedad podría compararse esta mujer excelente á un aparato que, en medio del mar tempestuoso, mantuviese la nave á flote, pero que no le permitiera andar. Claro está que esta regla, aun admitiendo que lo fuese, ha de tener excepciones, que nosotros reconocemos, sintiendo que no sean más numerosas.

¿Y á quién acusar de tan grave mal? ¿A las mujeres ó á los hombres? Las mujeres sufren más que nadie las consecuencias del mal á que contribuyen sin querer y sin saberló, y del cual no tienen responsabilidad, porque no tienen idea. ¿Quién podría hacerles un cargo de que practiquen el deber como le comprenden, como no pueden menos de comprenderle, máxime cuando, así comprendido y practicado, si á veces estéril y perjudicial, es siempre dificultoso? En cuanto á los hombres, tampoco sería justo acusarlos precisamente cuando hacen más que han hecho nunca por la mujer, y exigirles el imposible de que pasen instantáneamente de las tinieblas á la luz, y marchen sin vacilar ni tropezar, ni volver nunca atrás, por un intrincado

laberinto, que de tal puede calificarse hoy, en España al menos, esta *cuestión social.*

Cierto que no se considera así, ni se le da este nombre, pero también que no se suprime de la sociedad por omitirla al enumerar sus grandes cuestiones; y los que no la incluyen entre ellas se parecen á la Academia, que rechaza del Diccionario de la Lengua ciertas palabras que todo el mundo usa. No cabe duda, para quien reflexione, que la cuestión social de la mujer, si no formalmente como la del obrero, está esencialmente planteada, y que, como todas las cuestiones que se plantean en la sociedad, es preciso resolverla. ¿Cuándo? Los siglos la han planteado, los siglos la resolverán, y no será poca gloria para el nuestro haber dado hacia la solución un paso, como todos los suyos, de gigante.

Comprendiendo la esencial lentitud y dificultades de la obra, y más en el terreno donde nos ha cabido en suerte trabajar, procuramos, según nuestras mermadas fuerzas, contribuir á remover obstáculos, pero considerándolos como venidos de las cosas, sin que haya en nuestro ánimo nada parecido á queja acusadora ni crítica hostil. Pueda esta disposición de ánimo comunicarse á las lectoras y á los lectores, y así como serán



pocos en número, sean tan excelentes en calidad, que no consideren el asunto vitando, que piensen en él y le discutan con calma, porque de discutir se trata, y no de dogmatizar, y que no tengan por ofensivo lo que les parezca erróneo, reconociendo que los errores se rectifican y se demuestran, no se acusan y se anatematizan, máxime si se incurre en ellos con tan buena fe y voluntad como tenemos al escribir este libro.

La mujer de su casa es un ideal erróneo, hemos dicho; señala el bien donde no está; corresponde á un concepto equivocado de la perfección, que es para todos progreso, y que se pretende sea para ella inmovilidad.

Hay dos hechos culminantes, imposibles de desconocer, á poco que se reflexione y se ame la verdad, que son éstos:

La mujer *tiene* grande influencia social.

La mujer *no tiene* virtudes sociales.

Sobre lo primero, no es necesario insistir mucho. Como hija, como madre, como esposa, como amante, según que es ó no honrada, todo el mundo reconoce su influencia en la moral; y como un pueblo es y vale lo que son y valen su moralidad y sus costumbres, de ahí que nadie niegue cuánto contribuyen las mujeres al bien

ó al mal de la sociedad en que viven. Generalmente, este mal ó este bien no se consideran sino en la esfera de la moral, y aun allí de un modo imperfecto; pero su influencia se extiende á todas; en la religiosa está muy de bulto, y cuando toma parte activa en la política, la convierte en pasión y fanatiza á los hombres. Los montañeses de La Vendée, los de las Provincias Vascongadas y Navarra, los insurrectos de Cuba, ¿no recibieron poderoso impulso, á veces decisivo, de las mujeres? ¿Cuánto no animaron á la resistencia y al combate, y aun pelearon ellas mismas, en nuestra guerra de la Independencia? Y si aparecen fanáticas, pero honradas, en las grandes luchas, ¿no se las ve tomar parte en los sangrientos motines? ¿Hay uno solo sin alguna de estas furias, que excitan al pillaje y á la matanza? Se dirá que éstas no son mujeres de su casa; pero sobre que pueden haberlo sido alguna vez, y aunque no lo fuesen nunca, su influencia execrable, por lo mismo que dan asco y horror, no es tan perjudicial como el fanatismo religioso y político de las mujeres respetables que influyen en los hombres honrados. En estas crisis se aprecia mejor el poder del elemento femenino; pero si menos ostensible, no es menos positivo

en las circunstancias normales de las naciones modernas. Los cultos, en especial el católico, ¿dónde se apoyan principalmente sino en las mujeres? Y dado este hecho bien sabido, y lo que es la religión para toda sociedad, aunque nada más que en la esfera religiosa tuviese la mujer influencia, ésta sería grande. Pero la tiene directamente en otras, indirectamente en todas, y siempre poderosa, porque apenas hay hombre que desde que nace hasta que muere no esté influído más ó menos por alguna mujer. No sólo los que se venden, los que se arruinan, los que se extravían de mil modos, atestiguan esta verdad, sino también aquella masa mayor por su número, y sobre todo por su peso, de los que ceden indebidamente, que se retraen del bien, que cortan el vuelo á nobles aspiraciones, que decaen por falta de apoyo, ó que, en fin, se rebajan porque una fuerza invisible é impalpable los llama hacia el suelo cuando sienten impulsos de subir á más altas regiones.

Si se pudiesen pesar ó medir las cosas del espíritu como las materiales, se vería claramente que los hombres tomados en masa, como se dice, por grandes colectividades queremos decir, en la *medida* que *rebajan* á las mujeres, *son reba-*

jados por ellas, material, moral é intelectualmente; que es trino y uno también el hombre cuando se trata de apreciarle en la totalidad de su vida. Si el americano no hubiese elevado (al menos relativamente) á la mujer, ella no habría podido *hacer la América*, como se ha dicho.

Las divisiones formuladas en el papel para mayor claridad, no corresponden siempre con exactitud á las que tienen los asuntos que se estudian, por ser grande el enlace y entrecruzamiento de las partes de que se componen. Tal nos acontece con los dos hechos arriba indicados, que se deslindan al parecer, y luego se confunden. En efecto; llega un punto en que el análisis de la influencia social de la mujer y su falta de virtudes sociales no pueden separarse, como vamos á ver.

Antes de considerarla con más detenimiento, responderemos á una observación fácil de prever, y es esta: *si la mujer carece en España de virtudes sociales, tampoco las tiene el hombre.* Mucho hay, por desgracia, de verdad en la afirmación; pero sobre que no es cierta en absoluto; sobre que hay hombres que hacen algo, algunos que hacen mucho en favor de la sociedad, *por virtud*, es decir, sin que la ley los obligue, ni

los mueva ningún personal interés; sobre que el número de estos hombres, aunque no es el que debiera, es mayor de lo que á primera vista parece, por ser ley del bien, como armónico con todo orden deseable, pasar muchas veces inadvertido; sobre que los servicios gratuitos, espontáneos y desinteresados que á la sociedad prestan, aunque lejos de ser los que ella necesita y podían prestarle, todavía, si le faltasen, se produciría un trastorno moral y hasta material muy perfectible; además de todo esto, por aquella ley (que tal nos parece) de que el hombre es rebajado por la mujer en la medida que la rebaja, la limitación que él pone á los generosos impulsos de su compañera sirve de traba á los suyos. Así, pues, aunque muchos individuos ¿quién sabe si los más? son comerciantes, empleados, médicos, abogados, arquitectos, ingenieros, farmacéuticos, etc., etc.; pero en el sentido *humano* de la palabra no puede decirse que son *hombres*, porque no tienen con la sociedad más relaciones que las *lucrativas* y *negativas: no* hacer lo que la ley prohibe, *sí* hacer lo que produce ganancia; todavía el hombre aventaja entre nosotros á la mujer respecto á virtudes sociales, mermadas muchas veces por la mala influencia de ella.

Entremos en una casa bien gobernada y bastante influída por la señora, y veremos que el hogar es un centro de abnegación y un núcleo de egoísmo. No se apresure el lector á decirnos que empleamos palabras contradictorias y frases extrañas para hacer efecto á costa de la exactitud; poca observación se necesita para convencerse de que la misma persona que en casa se desvive por sus hijos, por su marido, por sus padres, fuera de ella nada hace; cree que las necesidades sociales no son de su incumbencia, y su misión se reduce á las de la familia. Así se lo han dicho de niña, de joven y de mujer; así se lo repiten, aun aquellos que abogan porque se instruya, porque se eleve, porque tenga más derechos. Es raro que para favorecer su causa aleguen otros motivos que la necesidad ó la conveniencia de que se ilustre, para que pueda ser verdadera compañera del hombre y educadora de sus hijos; razones seguramente muy poderosas, pero que no extienden su esfera de acción directa fuera del hogar doméstico, ni le hacen comprender que su influencia deba ir más allá. ¿Cómo, pues, tendrá virtudes de que ni aun ha podido formar idea? Carece de ellas sin culpa, por ser caso de ignorancia invencible.

Las cuestiones sociales, ni las entiende, ni suele saberlas, ni le interesan; y cuando el mal es tan grave que no puede ocultársele, llegan los ayes á sus oídos, más bien que la dolencia que los produce á su conocimiento, y propende á mirarla como resultado inevitable del encadenamiento de las cosas, ó como falta de las personas; es el terremoto, ó la culpa; la fatalidad á que es preciso someterse, ó el delito que se debe castigar; todo sin perjuicio de compadecer los dolores en la medida de su sensibilidad. Pero esta compasión, sin ser una farsa, tiene algo de teatral; quien la siente es mera espectadora, y no puede intervenir en el curso del drama, ni en el modo de representarlo, ni en el desenlace; de manera que si por excepción asiste al espectáculo, cuando más, aplaude ó llora; es todo lo que hace y todo lo que puede hacer.

En tal estado del ánimo, ni el entendimiento ni la voluntad la impulsan á cooperar eficaz y directamente á la obra social, y no sólo no trabaja en ella, sino que, en vez de animar, retrae á su marido, á sus hijos, á su padre, á sus hermanos, y contribuye á entibiar su celo por el bien público. La mujer de su casa, que vive sólo en ella y para ella, no entiende ni le interesa

nada de lo que pasa fuera, y juzga imprudencia, absurdo, quijotismo, disparate, tontería, según los casos, el trabajo, los desvelos y los sacrificios que por la obra social están dispuestos á hacer el padre, el esposo ó el hijo. Ellos no deben ser sino para los suyos, para su hogar, porque cuando allí falte algo, no han de venir los de afuera á traer la tranquilidad, el dinero ó la salud que se perdió trabajando inútil ó neciamente por los que no lo merecen ó no lo necesitan. Si hay alborotadores, que los repriman los soldados; si delincuentes, que los castiguen los jueces; si ignorantes, que los enseñen los maestros. ¿A qué buscarse quebraderos de cabeza y tener en ella planes de cosas innecesarias ó imposibles? El hombre á su oficina, á su cátedra, á su despacho, á su escritorio ó á su paseo si no hace nada, y á su casa y á su familia, sin andar buscando gastos y compromisos. ¿A qué estarse hasta las tantas de la noche, ó venir tarde á comer, ó no poder ir á tomar el sol ó el fresco, ó al teatro, ó á visitas indispensables? ¿A qué fastidiarse y matarse por cosas que no son obligatorias ni producen honra ni provecho? ¿Por qué Pepe no ha de imitar á Manolo, á Paco, á Perico, que están tranquilos y descansados, en su casa, sin empe-

ñarse en gobernar el mundo, que, hagan lo que hagan, ha de rodar como hasta aquí? Y ¿quién sabe si le ponen peor con esas innovaciones que dan tanto que hacer al que las intenta y son de tan poco provecho para aquellos en cuyo beneficio se hacen, si acaso no resultan ser daño para todos, como afirman personas muy sensatas?

Estos ó parecidos y equivalentes razonamientos se hace la mujer para persuadir á los suyos á *que no se sacrifiquen por lo que no les importa;* y cuanto más los ama, con más empeño los disuade de aquellas obras en que no ve deber ni provecho, sino imprudencia y daño. El lector habrá visto alguna vez una escena que pasa con frecuencia en la vía pública. Un hombre maltrata á una mujer, á un niño, á otro hombre; un agente de la autoridad abusa de ella y del arma que lleva contra un pobre diablo á quien golpea; con dos señoras, pasa un caballero, es decir, una persona bien vestida, que, no obstante, es todavía hombre, y se indigna al ver un infame abuso de la fuerza, y va á emplear la suya para evitarle; pero las mujeres le cogen una por cada lado, se apuran, se afligen, le dicen que se comprometerá, que tendrá que ver con la justicia, que se perderá, que se acuerde de sus hijos, con

otras mil cosas que exponen al compás de los esfuerzos que hacen para llevarle lejos del que necesita apoyo, y del que necesita freno, y se le llevan. Este cuadro da una idea del papel que con frecuencia representa la mujer en la sociedad cuando las virtudes del hombre salen del hogar y de la familia.

Si semejante disposición es grave respecto al padre, al marido, al hermano, lo es mucho más cuando se trata de los hijos. El amor de madre, tan puro y tan sublime á veces, como tiene tanto de apasionado y de instintivo, si no se ilumina mucho por la razón y se contiene muchísimo por la idea del deber, es un poderoso elemento de desorden moral y de injusticia. Esta empieza porque la madre exagera todas las buenas cualidades de su hijo y atenúa sus defectos, si acaso no los desconoce completamente, con lo cual ya parte de que merece mucho más de lo que en razón le es debido. Luego, la madre quiere que su hijo sea dichoso, necesita que no sufra, porque sus dolores le duelen de un modo intolerable, y para lograr su bien y evitar su mal, como ella está dispuesta á sacrificarse, también propende á sacrificar á los otros. Tal egoísmo (que bien puede llamarse así, porque la persona que

le siente se identifica con aquella en cuyo beneficio se ejerce); este egoísmo, no deja de ser ciego y duro, como todos; además, como parte de la abnegación, se cree legítimo y hasta meritorio, y es atrevido, insolente, sin parecer cínico. ¿Quién no recuerda injusticias de mujeres honradas porque se trataba de lograr el bien ó de evitar el mal de un hijo?

¿Pretendemos, por ventura, que la madre sea juez severo del hijo, y que no quiera ni procure para él sino estricta justicia? No, ciertamente. Que el hombre, en todas las circunstancias de la vida, aun culpado, hasta criminal, vea la infinita misericordia de Dios, en el amor de su madre; que se le aparezca inalterable y puro en las mayores abyecciones y borrascas de la vida; que cuando dude de todo, tenga fe en él, y haya siempre quien llore sus dolores, sin preguntar si son ó no merecidos. La madre ideal no se nos aparece con balanza, sino con bálsamo; ya sabemos cuántos niños no llegarían á hombres si sus madres les dieran nada más de lo que merecen.

Comprendiendo, pues, cuanto hay de sublime, de útil, y aun de necesario, de fisiológico, por decirlo así, en la incondicionalidad del amor maternal, debemos comprender que, como todo

lo que sale de la razón, es subversivo de la justicia, y que si no es posible reducirle á ella, debe limitarse cuanto fuere dado su acción perturbadora. En el estado intelectual y moral de *la mujer de su casa*, hoy sería inútil intentar esta limitación, porque la carencia de relaciones y de virtudes sociales afloja los lazos con la sociedad, y *refuerza* el sentimiento y el instinto que se debía debilitar. Una esfera más amplia de acción para la inteligencia y para el sentimiento; un punto de vista más elevado; principios bien fijos y bien sólidos de justicia, modificarían indudablemente las ideas y los procederes de la madre, que no lo creería todo bueno y permitido, si del provecho (como ella lo entiende) de su hijo se tratara. El hombre, cuando no está arrastrado por alguna pasión, es lo que es su idea: aun en este caso, el elemento intelectual influye mucho, y á esta influencia no había de sustraerse totalmente la madre, por apasionada que la supongamos. Una mujer bien educada, moral é intelectualmente, ha de reconocer que no tiene derecho á convertir su abnegación en sacrificio de los demás.

En casos extremos, ¿no será inútil todo razonamiento? Es posible; pero esas situaciones son

raras, y lo que perturba el orden moral no es una grande infracción que acontece rara vez, sino las más pequeñas y continuadas; el mal que deploramos no está en lo que puede hacer la madre cuando se trata de la vida ó de la honra de su hijo, sino de lo que hace con frecuencia cuando están de por medio su provecho, su gusto ó su capricho. Aun reconociendo lo que pudiéramos llamar casos de fuerza mayor instintiva y afectiva, queda vasto campo á la voluntad recta é ilustrada para servir de dique á las torcidas corrientes del afecto. Pero la madre que, cuando se trata de las relaciones sociales de su hijo, necesita tantos y tan fuertes modificadores, tiene pocos y débiles, ó ninguno. Concentrada en el hogar, ideas, afectos, deberes, todo lo refiere á él; su tendencia es á juzgar que el hijo hace siempre demasiado por la sociedad, por los extraños, y que éstos hacen siempre demasiado poco por él. Este modo de ver, predicado constantemente, inoculado con el cariño, no puede dejar de influir en el hijo si, como es de temer, en la mayor parte de los casos el egoísmo y el amor propio le predisponen á exagerar sus méritos y sus derechos, y preocuparse poco de sus defectos y de sus deberes, siendo entonces terreno apro-

piado para que germine la semilla de injusticia que el amor ciego y la ignorancia de su madre han arrojado en su corazón. El que la mira con respeto, el que tal vez la califica de santa, ¿puede sospechar que le incline al mal?

Ella, por otra parte, ejerce esta mala influencia sin saberlo y fatalmente; emparedado su espíritu, sin conocimiento de las relaciones que hay entre el bien de su casa y el bien público, ignora que el problema consiste en armonizarlos, y no en procurar que se aislen, lo cual, sobre ser imposible, los pone en el caso de que se hostilicen. Añádase que la mujer, cuando comprende ó siente la poca justicia con que es tratada por las leyes, la opinión y las costumbres, no se ha de hallar muy dispuesta á sacrificar, ni á molestar siquiera, al hijo de sus entrañas por una sociedad tan injusta. Aunque no lo formule así, suele obrar como si lo formulara; instintivamente se halla mal dispuesta respecto á una organización social que le es tan desfavorable.

Cuando la mujer, saliendo de la esfera doméstica, se preocupa de la cosa pública, es á impulsos del fanatismo político ó religioso; no tiene medio entre ser indiferente ó apasionada, y suele dar tal giro á la abnegación de los suyos,

que hace menos daño predicándoles el egoísmo. Ni puede ser otra cosa. Ignorante de las leyes que rigen el pensamiento y los afectos; ajena á la gestión de los intereses públicos; desconocedora de la organización política, de los elementos de la sociedad, del bien de que se armonicen, del mal de que choquen entre sí, no ve de los problemas sociales ó religiosos más que una parte (á veces muy pequeña), que toma por el todo, y á la cual sacrifica y quiere que sacrifiquen los otros cuanto hay que sacrificar.

Dícese que tal vehemencia es efecto de su mucha impresionabilidad; algo podrá influir, pero la causa principal es que quien no tiene más que una idea, es dominado por ella, y cuando no se ve más que un elemento en cuestiones muy complejas, no puede haber exactitud en los raciocinios, ni cordura en los procederes. Por eso, si el retraimiento social de la mujer es deplorable, hace todavía más daño cuando sale de él sin saber nada de las cuestiones en que influye.

Al indicar cómo la mujer, limitada á la esfera del hogar doméstico, entibia las virtudes sociales del hombre y le retrae del público bien, hemos considerado el caso menos desfavorable, es decir, la mujer de su casa más perfecta. Como un

gran número, el mayor, estará por debajo de este nivel, aumentará en proporción la perjudicial influencia que ejerzan. Así puede observarse muy á menudo, en mujeres que aconsejan á sus maridos é hijos acciones reprobables, que no se lo parecen, cegadas por el sentimiento egoísta del provecho de la familia, único de que se ocupan, comprenden y desean, y al cual están dispuestas á sacrificar dignidad, delicadeza, y hasta el honor. Se dirá que hay muchos hombres que hacen lo mismo, es cierto; pero son personas decididamente inmorales; mientras mujeres honestas y honradas, por no comprender bien la moral en cuanto traspasan los umbrales de la casa, sin ser malas, aconsejan el mal, y sin ser viles, impulsan hacia hechos indignos. Tratándose de virtudes y de relaciones sociales, á igual moralidad, por regla general, la mujer tiene menos delicadeza y escrúpulos que el hombre. No es culpa suya; y este hecho, completamente artificial y obra de preocupaciones y errores, tiene consecuencias gravísimas, aunque poco aparentes, y asemeja á esas filtraciones que no hacen ruido y socavan los edificios.

Si consideramos á la mujer de su casa, no por la influencia que ejerce en la familia, sino por

lo que es ella misma respecto á la sociedad, veremos que su retraimiento deja un vacío imposible de llenar. Las asociaciones para combatir la miseria, la ignorancia, la inmoralidad, no pueden contar con su cooperación; si es muy compasiva, da algún dinero; pero su trabajo personal, que es tan indispensable, que no puede suplirse, le rehusa, porque ella tiene bastante que hacer en su casa; no reconoce que tenga ningún deber fuera de ella, ni le parece mal que su marido le *prohiba pertenecer á ninguna asociación*, como dicen muchas que no son tan dóciles respecto á otras prohibiciones maritales más razonables. Decimos que da algún dinero, si es compasiva; pero necesita serlo mucho, porque no tiene idea de la importancia de aquellas buenas obras, á que no coopera; los dolores que no se ven ni se conocen, duelen poco. Hay una manera deplorable y frecuente de disculparse de no hacer bien, y es censurar á los que lo hacen. No es raro que la mujer de su casa censure á las que salen de ella para trabajar activa y eficazmente en una obra benéfica; las acusa de callejear y dejar sus asuntos por atender á los ajenos, y se cree muy superior á ellas, aunque esté muy por debajo. De modo que no sólo retrae á los suyos

y á sí propia de las obras benéficas, sino que contribuye á arrojar sobre ellas el descrédito de ser llevadas á cabo por personas que no tienen toda aquella prudencia y recogimiento que conviene á una señora. Que se lean novelas indecentes, folletines asquerosos; que se vean comedias y dramas inmorales, y hasta obscenos, en esto parece que no hay mal para una mujer, ó para una joven; al menos no se trata de evitarlo; pero ¡qué de peligros no se prevén al entrar en una casa de vecindad, donde pueden oirse algunas palabras mal sonantes, ó en ir á la cárcel, donde hay mujeres perversas! Como si el peligro para la virtud estuviese en ver el vicio pobre y repugnante, el delito castigado, escarnecido é infeliz, y no en mirarle esplendente, engalanado, aplaudido, y pudiera decirse honrado y dichoso, si en las esferas en que se paga, se cobra y se festeja, pudiera haber honra, ni aun mentida, ni felicidad más que aparente.

La virtud de una mujer ó de una joven se fortalece yendo á visitar á una pobre ó una presa, y decae con el ejemplo y el trato de mujeres que son á la vez asunto de justa severa censura y de secreta envidia. Peores lecciones se reciben en la Castellana, el Parque de Madrid y el teatro

Real, que en la casa de Tócame Roque y en la Cárcel de mujeres.

Esto, que es evidente para el que observa desde un punto algo elevado, no le ve la mujer en su reducido círculo, donde juzga las cosas más por su nombre que por su esencia, y á las personas por lo que parecen y pueden. Aprecia las conveniencias por las costumbres, y para someterse á los fallos del *qué dirán*, cuenta los votos, pero no pesa ni puede pesar las razones de los que *dicen*. Así la opinión extraviada, como la bola de nieve, aumenta su fuerza con los débiles que arrastra; cada mujer que se somete dócil á lo que no es razón, contribuye activamente al desatino, y después de haber retraído á los suyos y retraerse de toda obra que al público bien se refiera, aparta de él á los otros con su crítica y con su ejemplo.

¿Y es éste el ideal á que debe aspirarse? Al que no responda, desde luego, resuelta y negativamente, le daremos nuevas razones en las sucesivas partes de este escrito; son tantas las que demuestran que si *la mujer de su casa* pudo ser un tipo de perfección en otros siglos, no lo es en el nuestro, que sólo por falta de reflexión parece posible desconocer esta verdad.

CAPÍTULO III.

NECESIDAD QUE HAY DE QUE TODOS COOPEREN Á LA OBRA SOCIAL.

No es raro ver entre nosotros que el mismo hombre político que aboga calurosamente por el *self-government*, carece de virtudes sociales, y es acaso de los que prohiben á su mujer que forme parte de ninguna asociación. Sin duda no echa de ver que quien *se ha de gobernar á sí mismo*, hombre ó pueblo, necesita ser *activo*, *razonable y bueno* en cierta medida, y que si no llega al mínimum indispensable, vienen el látigo con puño de marfil ó de hierro y los tutores con este ó el otro nombre á dar consejos interesados y protecciones opresoras.

No se necesita una observación muy detenida para notar que los pueblos, á medida que más se gobiernan á sí mismos, hacen por sí mayor y más importante número de cosas, habiendo

muchas que no pueden hacerse bien por delegación, sino directa y personalmente. Cuando así no sucede; cuando miles y millones de personas no toman parte activa en la obra social, ignoran lo que pasa en la sociedad, y no sólo falta la cooperación material del público, que ya es faltar mucho, sino, lo que todavía es más grave, falta la *opinión pública*, y se carece unas veces de apoyo, otras de estímulo ó de freno, siempre de un elemento indispensable. Para la mayor parte de las cosas importantes que constituyen la prosperidad y el progreso de los pueblos modernos, no puede haber *opinión pública* cuando falta *acción pública*. No entendemos por opinión el ruido que hacen al hablar unas cuantas personas que no se oyen sino por el silencio de los más; que no tienen idea exacta del asunto que tratan, considerado generalmente por ellos, no como *objeto*, sino como *medio*, ni de los hechos que procuran manipular de modo que sirvan de argumentos. Cuando se oyen ciertos discursos ó se leen ciertos libros de los amigos del pueblo y de los que le son hostiles, al considerar las cosas que afirman y que niegan, lo que esperan y lo que temen, ocurre la idea de que ni unos ni otros deben conocerle, porque de otro modo

no dirían de él ni tanto bien ni tanto mal.

Y lo que sucede en las cuestiones políticas acontece en las sociales; solamente que en éstas la opinión se extravía, se debilita, se hace más imposible, separándose de la acción.

No son teorías, sino declamaciones, las que se apartan de la experiencia y de la práctica de la sociedad, cuyos vicios no enfrenarán ciertamente los que carecen de virtudes sociales, aunque pongan una cárcel en cada calle, un soldado en cada esquina y un tribunal ó una tribuna en cada casa. No constituyen, no pueden constituir opinión verdadera ese número mayor ó menor, siempre corto, respecto á la totalidad de los que dan su parecer sin ser peritos, y cuyas formas correctas no impiden que en el fondo sean curanderos sociales.

La falta de opinión pública y de acción pública en España, da facilidades á los abusos, opone obstáculos á todo género de benéficas innovaciones, de modo que las reformas intentadas se parecen muchas veces á edificios construídos bajo un plan bueno, pero con materiales malos. El que no considere más que nuestros Códigos, supondrá que somos un pueblo que marcha rápidamente por el camino del progreso, porque

aun cuando la legislación diste mucho de ser perfecta, tampoco lo son las de los pueblos más cultos, y por la comparación de sus leyes con las nuestras no se puede venir en conocimiento de nuestra inferioridad real. Depende ésta de la falta (relativa) de tres actividades:

Actividad intelectual.

Actividad económica.

Actividad moral en todo lo que al bien público se refiere.

Pensamos y sabemos poco; trabajamos poco y mal, y miramos las obras que son en beneficio de todos como si no interesaran á ninguno. La índole de nuestro trabajo no nos permite hacernos cargo más que de esta última circunstancia, que bastaría por sí sola para que no pudiésemos ponernos al nivel de las grandes naciones. Si del estudio de las leyes pasamos al de aquellas instituciones que viven, no en virtud de mandato legal, sino por la buena y libre voluntad de los que forman parte de ellas; si consideramos la inmensa suma de bien que se realiza en otros países por miles y millones de personas que espontáneamente contribuyen á él con su trabajo, con su dinero, con grandes sacrificios á veces; si notamos que no es posible que el Gobierno,

ningún Gobierno, ni el Estado en ninguna de sus esferas, ni la legislación más completa y sabia vivifiquen á un pueblo cuando los legislados son masa pasiva, ciudadanos mecánicos, que no hacen otros movimientos que el que les imprime el resorte legal; si comparamos lo que en esta línea hay en otros países y en el nuestro, aparece la verdad evidente y dolorosa, y la explicación clara de nuestra inferioridad.

No somos de los que han perdido el juicio y quieren suprimir el Gobierno; pero vemos que no puede hacer sino la menor parte de la obra social, y que aun para aquella que le incumbe, necesita el concurso eficaz, activo (no exigible legalmente, pero debido moralmente), de los gobernados. La grande obra de un pueblo, la obra moral, sólo él puede hacerla hoy, y cuando no la hace, inútiles son las leyes, y los decretos, y las instituciones políticas, que se cambian como el cuño de una moneda falsa.

La guerra al dolor, al vicio, al crimen, á todas las miserias físicas, morales é intelectuales, como todas las guerras, puede proclamarla el Gobierno, pero el pueblo es el que la hace. Impedir que los ayes se conviertan en gritos de desesperación; que el dolor sin consuelo acuse;

que el débil caiga; que el ignorante yerre; que el obcecado se extravíe; que el apasionado se precipite en uno de tantos abismos como le rodean; dar la mano al caído para que se levante; sostenerle para que no vuelva á caer; difundir la luz de las ideas; extender el poder de la conciencia; derramar el bálsamo del amor en esos antros sociales, donde hay obscuridades tan densas, desfallecimientos tan congojosos, amarguras tan punzantes; todo esto es preciso hacer, y el Gobierno sólo puede contribuir algo, no mucho, á la obra.

Para que los establecimientos de Beneficencia no parezca que se llaman así por una especie de burla de los míseros que en ellos reciben tanto mal;

Para que las casas de locos no sean escándalo y dolor de los que tienen corazón y conciencia;

Para que los niños, unos se hacinen en escuelas donde pierdan en salud más que ganan en conocimientos; otros no tengan escuela á donde ir, ó no vayan á ella y vaguen por las calles y por los campos, iniciándose en los juegos de azar y en el robo con pequeños hurtos;

Para que se aprenda lo que conviene saber, y los conocimientos no constituyan con frecuen-

cia un elemento perturbador, por la aglomeración en las profesiones menos necesarias;

Para que el infeliz que pide una limosna por necesidad no sea perseguido como un criminal, y el mendigo vicioso no viva á costa de la caridad ciega, él, la mujer que degrada, los hijos que envilece, y cuyo porvenir está en la ignominiosa existencia de su padre, en la casa de Beneficencia, de prostitución ó en presidio;

Para que las prisiones sean auxiliares del derecho, y no escarnio de la justicia;

Para que los presos no se *pudran* en las cárceles, los penados no se corrompan en las penitenciarías, y unos y otros hallen el día de la libertad quien les dé la mano y los sostenga en el buen propósito, ó los aparte de la tentación;

Para que los huérfanos, moralmente, aquellos que no tienen padres más que para el mal trato y el mal ejemplo, hallen protección, guía y consuelo;

Para que los que por cualquier motivo, en la niñez ó en la juventud se han extraviado, hallen quien les vuelva al buen camino, con autoridad tutelar y procederes benéficos, libertándolos de la ignominia que lleva consigo la justicia penal;

Para que se difunda la instrucción y la educación, y tengan escuela moral é industrial los chicos de la calle, que, según la experiencia lo demuestra, pueden convertirse en hombres honrados, en vez de ser malhechores, como serán si se les abandona;

Para que las niñas y las jóvenes encuentren apoyo contra la ignorancia, la miseria, la pereza, el mal ejemplo y tantas fuerzas, en fin, como las empujan á la prostitución en todos sus grados;

Para que se alce una enérgica protesta contra esos reglamentos llamados (al parecer por burla) de *Higiene*, que, con pretexto ó fin (ilusorio) de la salud del cuerpo, atentan á la del alma, y convierten la guarida, que debía perseguirse, del vicio, en fortaleza que la ley guarda, y donde las víctimas no pueden esperar amparo ni los verdugos temer castigo;

Para que la mujer no encuentre cerrados casi todos los caminos cuando quiere trabajar, y abierto siempre el de la perdición, y el precio de su trabajo sea equitativo y no irrisorio;

Para que esa multitud de jóvenes dedicadas al servicio doméstico no se lancen sin guía, ni apoyo, ni freno, del hogar paterno á las tem-

pestades del mundo, donde las más veces naufragan;

Para que la caridad pase de instinto á sentimiento, y razone, y no arroje ciegamente la limosna que mantiene al vicioso, ó el don que, en vez de ser lenitivo de dolores y socorro de grandes necesidades, se detiene en manos perezosas ó rapaces, siempre impías; que, en vez de distribuirle, escarmientan la generosidad de los compasivos, justifican la dureza de los egoístas y deshonran la patria que los tolera, y, lo que es aun más incomprensible y vergonzoso, los obedece cuando mandan;

Para que las leyes inicuas no pasen sin protestas y las buenas sin cumplimiento;

Para que los débiles no sean abrumados con la maza que mete ruido, ó con el tornillo que oprime calladamente.

Para todo esto, se necesita que las fuerzas vivas de la sociedad cooperen con perseverante eficacia; que el ojo de la opinión penetre donde quiera, y su brazo sostenga toda justa demanda y toda benéfica empresa. Con tan altos fines, hay en otros países muchos miles de personas que emplean muchos millones y mucha inteligencia y mucho trabajo, sin coacción legal, anima-

vez de la limpia sencillez que constituye la elegancia y realza la hermosura, hay una complicación de adornos, guarniciones, bordados y lazos, cuya hechura y conservación suponen mucho trabajo, y cuyo empleo lleva mucho tiempo. Vestir los niños y que se vistan las señoritas, ¡ya es empresa! En ella se emplea una parte del tiempo que debía destinarse al saludable ejercicio y á tomar el aire libre. Y como al compás de las señoras han de moverse las criadas, no tardan menos en engalanarse; de modo que á esta pregunta: ¿Cómo salen ustedes tan tarde? es la hora de volver; la respuesta suele ser: ¡Ya ve usted, primero que se visten todos!

No puede suceder de otro modo, dadas las cosas como hoy están. Para *simplificar* la vida de la mujer hay que *elevarla* y *extenderla*, sin lo cual es inevitable que pierda una gran parte de ella en labores que, lejos de ser útiles, fomentan vanidades desde muy temprano, y no pocas veces son tan hostiles á la higiene como á la estética.

¡Qué de trabajo no suele emplearse para hacer trajes y adornos feos y malsanos!

Á pesar de todo, por más que la mujer hacendosa malgaste una parte de la vida en labores

que debía suprimir, aún le queda tiempo para ocuparse más ó menos en el bien público, y trabajar personalmente en alguna obra benéfica. Esto tratándose de mujeres muy laboriosas, que, tomándolas en conjunto, puede asegurarse, como dejamos dicho, que les sobra tiempo, que les pesa, que no saben qué hacer de él, que por no saber emplearle se vuelve contra ellas, y es uno de sus mayores enemigos, en forma de tedio, que callada y traidoramente corroe su existencia, y no pocas veces allana el camino á grandes faltas.

Puede haber circunstancias, que se prolongan más ó menos, en que la mujer se vea imposibilitada de contribuir personalmente á la obra social fuera del hogar doméstico; pero no por eso cesa la influencia de sus virtudes sociales, que se hará sentir en el círculo donde influye bajo la forma de consejo, de estímulo, de alabanza, de censura, de simpatía ó de repulsión hacia las personas que trabajan por el bien de los demás, ó no se ocupan sino del propio. Cuando la mujer toma parte en la cosa pública, no necesita salir al campo para contribuir á que se haga la guerra; si la tomara *siempre y bien* en el combate continuo contra el dolor y la culpa, aun cuando no pueda salir de su casa,

tendrá muchos medios de animar y dar fuerza á los combatientes, en vez de enervarlos y retraerlos.

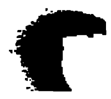
Después de afirmar que á las mujeres en España, aunque le malgastan, todavía les sobra tiempo; que nunca les faltará, si le economizan, para contribuir de un modo ó de otro al bien público, debemos añadir que hay mujeres *que tienen tiempo para todo;* lo cual, si como ejemplo no es común, como prueba es concluyente.

IMPOSIBILIDAD DE OCUPARSE EN LAS COSAS GRANDES Y EN LAS PEQUEÑAS.—Á fin de que no acabe por ser un libro voluminoso lo que se empezó para un capítulo, prescindiremos de influencias de tiempos remotos, señalando sólo aquellas más próximas y perceptibles.

Las sociedades cuya herencia inmediata hemos recogido, marcharon regidas por poderes indiscutibles, absolutos en el orden temporal, infalibles en el espiritual, y era impío y parricida y reo de pena capital el que dudaba de la verdad revelada, ó pretendía combatir el poder de derecho divino. Dos clases, que por dichosas circunstancias no pudieron convertirse en castas, los guerreros y los sacerdotes, hicieron las leyes, y dieron la norma á las costumbres y á la opi-

nión, que declaró santas, nobles y grandes, ó impías, viles y pequeñas las cosas, según la preocupación, el gusto ó el interés de minorías despóticas. ¿Qué fué decoroso? Lo que hacían los nobles: cazar, pelear y apoderarse á mano armada de lo que no era suyo, que ahora llamamos robar. ¿Qué fué vil? Lo que hacían los pecheros, trabajar.

Y no sólo estaba envilecido el trabajo manual, sino el de la inteligencia. La necesidad imprescindible del derecho hizo que sus intérpretes se abrieran paso poco á poco, y fuesen apareciendo, aunque no en primera línea, entre las clases influyentes. Los que somos viejos recordamos que aún no ha mucho sólo se tenían por personas dignas, por señores, los terratenientes, los militares y los legistas. Un mayorazgo no podía dedicar á sus hijos sino á la Iglesia, á las armas ó á la magistratura, ni casar á sus hijas decorosamente más que con abogados, oficiales ó mayorazgos. Estas familias eran las que se llamaban, y se llaman todavía, *buenas*. Un médico, un boticario, un artista, un comerciante, un industrial, eran mirados con gran desprecio, de que aun vemos muestras, porque no hay trabajo más largo y difícil que barrer las preocupacio-



nes, sin que queden restos de suciedad en los intersticios sociales.

Los que daban la ley y el impulso á la opinión, declaraban bueno y digno lo que ellos hacían, rebajando ó envileciendo la labor de los demás, propensión que las circunstancias pueden favorecer ó combatir, pero que sin duda es natural y fuerte, según la insistencia con que se manifiesta. Para convencerse de esta verdad, no son necesarias profundas investigaciones históricas; cualquiera puede observar al presente, y cerca de sí, en medio, abajo y arriba, la tendencia á encomiar lo que se hace, rebajando el mérito del trabajo ajeno, y á dignificar el propio modo de ser, y declarar *inferior* el que es *diferente.*

El círculo de las personas que se tienen y son tenidas por decentes, y de las ocupaciones que no rebajan, se ha extendido mucho, y se extiende más cada día; pero quedan aún fuera los que se dedican á *trabajos manuales*, para servirnos del lenguaje usual, aunque inexacto, porque con las manos solamente nadie trabaja. En este número se encuentra la mujer; con la circunstancia de que lo que para el hombre va considerándose ya por todos como obra de la

fortuna, es para ella ley de la naturaleza, y que si un jornalero pudo haber nacido donde fuese abogado ó ingeniero, una lavandera, donde quiera que naciese, no pasaría nunca de trabajadora manual (1).

Hagamos otra observación. El que vive de una manera que tiene y es tenida por *superior*, propende á considerarla á una distancia *inconmensurable* de otras maneras *inferiores;* ó lo que es lo mismo, que ni él puede descender hasta ellas, ni los que viven así, subir hasta él, y declara, no ya sólo la *diferencia* y la *superioridad* de su modo de ser, sino la *imposibilidad* de asimilarle á otros que están á infinita distancia, y ya tenemos la *incompatibilidad* de ciertos trabajos y modos de ser con otros; la línea *infranqueable* atribuída á la naturaleza, que deslinda las actividades según los fines á que se dirigen; la disyuntiva de que hay que emplearlas en las cosas grandes ó en las pequeñas, y el axioma de que la mujer sólo es apta para las últimas, y que se incapacitaría para ellas y las descuidaría,

(1) Va haciéndose alguna excepción, pero muy rara, porque las maestras, que parecen serlo, no lo son en realidad; su trabajo, por lo común, es puramente mecánico.



si tuviese, por excepción, más aventajada aptitud, y la empleara. Estas consecuencias se encadenan; si no son razonables, son lógicas, y no pueden rechazarse sin negar las premisas que se presentan con gran aparato histórico y autoritario; con el oropel de todo género de vanidades, con el parapeto de toda clase de egoísmos, blandiendo toda especie de armas, y especialmente la del ridículo. Las negamos, no obstante, y sentaremos las nuestras, aunque parezcan absurdas, y cuidándonos sólo de investigar si son verdaderas.

Notaremos, lo primero, que la calificación de cosas *grandes* y *pequeñas* suele ser bastante imperfecta, como hecha por los hombres que se atribuyen grandezas que no tienen, y gozan privilegios que no deben tener. Así como la misma acción es, según el sexo, pecado socialmente irremisible, culpa leve, y hasta ventaja, también á un trabajo equivalente se le suponen diferencias de magnitud que no tiene restando del de la mujer y multiplicando el del hombre.

Las mujeres creen de buena fe en la gran superioridad del trabajo de su marido, de su hermano, de su padre, porque ignoran cómo pasan las cosas; pero los que están en el secreto de lo

que sucede en oficinas, escritorios y aun en algunos *estudios*, saben á qué atenerse, y que mucho de lo que allí se hace tiene tan poco de intelectual como cambiar el cuello y puños á una camisa ó tomar la cuenta á la lavandera. Tal vividor que se considera con una inmensa superioridad respecto á su mujer, no emplea más entendimiento para especular con los otros, que ella para evitar que la criada especule con la cuenta de la plaza; y el ejercicio de hacer minutas, malos extractos de expedientes, copias, restas por pérdidas y sumas de ganancias, el de mezclar líquidos de varios frascos y pesar polvos que están en otros, no proporciona á las facultades superiores un ejercicio más saludable, que echar cuentas para nivelar los gastos de la casa con los ingresos, y ver de que con el mismo desembolso se tenga mayor comodidad y lucimiento. Hay, pues, que suprimir en gran parte la distinción de cosas *grandes*, en que se ocupan los hombres, y *pequeñas*, reservadas á las mujeres, porque una cosa es el provecho que se saca de la obra, y otra su magnitud en el sentido del mérito y de la necesidad, para realizarla, de ejercitar facultades superiores.

Limitándonos al número, mucho más redu-

cido de lo que se cree, de hombres que se ocupan en cosas verdaderamente grandes, procuremos investigar si existe incompatibilidad *esencial* entre ellas y las pequeñas. Tenemos dos hechos, que no se negarán.

1.° El hombre no es espíritu puro, y existe bajo la forma de materia organizada.

2.° El sér más perfecto es aquel que hace más y mejores cosas sin necesidad de ajeno auxilio.

No siendo el hombre sólo espíritu, sino formando parte de él la materia organizada, ó es *esencialmente vil*, ó *no se envilece* proveyendo á las necesidades corporales. Por reacción de la idolatría del cuerpo, el ascetismo cristiano lanzó sobre él una especie de anatema, y no pudiendo aniquilarle, le degradó y le torturó con desprecio, suciedades y maceraciones. Lógico era que se tuviese á poca honra servir á tan ruin dueño, y que este modo de ver y de sentir se reflejase en toda obra *puramente material*. Unida á otras, fué ésta una concausa que contribuyó á rebajar el trabajo material; pero los motivos no son razones, y ¿cuál habrá para que sea honorífico cazar un venado, y degradante prepararle de modo que pueda comerse?

Que la división de trabajo exija ó recomiende

la diversificación de las ocupaciones y las especialidades; que la comodidad y el gusto acepten una ocupación y rechace otra, cosas son naturales, y en cierta medida convenientes, pero de ningún modo implican que una labor sea vil porque no agrada ó no conviene dedicarse á ella. El sustento de nuestro cuerpo y su conveniente aseo exigen incesantes cuidados, muchos de los que, no sólo no envilecen, sino que es degradante no hacerlos, ó recibirlos de otro. La materia exige una cantidad indispensable de cuidado y tarea material, lo mismo para el hombre de genio que para el vulgar; el idiota ó loco que no lo tiene, es un objeto repugnante, y la última degradación y desdicha es no proveer por sí mismo á ninguna necesidad física. ¿Es más espiritual comer y beber que prepararse la comida? ¿Comprar una corbata que una perdiz? ¿Lavarse las manos que coser un guante? ¿Afeitarse que barrer y limpiar el polvo? Dejando á un lado comodidades, gustos, conveniencias, y también egoísmos y errores, ¿qué razón justifica esos melindres intelectuales de personas que, por superiores que sean, están sujetas á las leyes de la materia organizada en forma de hombre, y á todas las necesidades y

miserias humanas? Ninguna: no hay labor que por el *solo hecho* de ser mecánica, envilezca al obrero, ni que le inhabilite para las tareas del espíritu; ni existe más incompatibilidad *esencial* entre pensar y preparar una chuleta, que entre meditar y comérsela. Y esto es tan cierto, que, cuando hombres verdaderamente grandes se han visto precisados á ocuparse en labores mecánicas, domésticas ó exteriores, no se rebajó su inteligencia, ni padecieron sus facultades intelectuales.

Además de la *compatibilidad esencial* de los trabajos intelectuales con los mecánicos, hay circunstancias, dos en especial, que manifiestan la conveniencia de armonizarlos. Si por una parte la división de trabajo, extendiéndose á muchas labores de casa, donde no ha llegado, suprimirá en el hogar gran parte de las tareas mecánicas, por otra la servidumbre doméstica, como la esclavitud, desaparecerá, ó disminuirá tanto y se pagará tan cara, que ha de ser precisa mucha riqueza para tener criados, y más de cuatro pensadores tendrán que limpiarse las botas, sin que por eso dejen de valer tanto, Dios mediante, y acaso un poco más, que los que hoy se hacen cepillar por el ayuda de cámara. Otra

consideración, no para lo futuro, sino aplicable al presente, es la conveniencia, y aun la necesidad, de suspender el trabajo mental, que, cuando es intenso y continuado, arruina al trabajador.

Se ha observado ya la degeneración de la raza en aquellas clases, cuyos trabajos mentales ó corporales son excesivos; la fisiología pide que se alternen, variando las ocupaciones, y la justicia y la conveniencia de todos pondrán de manifiesto cada vez más, que si la especie no ha de degradarse por exclusivismos y excesos en distintos sentidos, es necesario que los de arriba trabajen algo con el cuerpo, y los de abajo con el espíritu. Esto irá siendo evidente; los hombres del arroyo y los de gabinete, los salvajes de la civilización y los que van á la cabeza de ella, son débiles, y unos por dar demasiado á la materia, y otros por darle demasiado poco, coinciden en arruinar el cuerpo.

La gimnasia viene en auxilio de las personas de calidad, y les permite hacer ejercicio sin trabajar, género de distinción á que habían llegado los penados ingleses cuando por una ley inicua eran condenados á mover un molino que no molía. Pero la gimnasia, cuando no es terapéutica, sobre que no puede competir con los

trabajos sanos para fortalecer el cuerpo y dar descanso al espíritu, pone en relieve lo erróneo y arraigado de ciertas ideas y preocupaciones.

La *fisiología* pide ejercicio material, y cuando la *clase* se lo concede, es á condición de que ha de ser *inútil*; un esfuerzo que se *pierde*, no *rebaja*; un esfuerzo que se *aprovecha*, sería *indecoroso*. ¡Adónde iríamos á parar si un caballero que necesita ejercitar sus músculos hiciera un surco ó una mesa!

Además de la conveniencia ó necesidad de alternar los ejercicios materiales con los del espíritu, hay casos en que éstos no son posibles. La poca salud, ó los muchos años, incapacitan del todo ó en gran parte para las fatigas mentales, y entonces es un gran recurso poderse distraer en cualquiera obra manual, que lejos de perjudicar, contribuye á recuperar la aptitud para los trabajos del entendimiento, ya por lo que fortifica, ya por lo que distrae combatiendo la acción deprimente del tedio. Esto no dejará de ponerse en duda por muchos, acaso por los más; pero los que tienen experiencia saben que cualquiera labor es preferible á la inacción completa, y de cuántas ventajas y recursos se privan los que imaginan antagonismos donde hay armonías.

Al esforzarnos á formar idea de Dios, uno de los atributos que le suponemos es la *omnipotencia*, el bastarse á sí mismo y no necesitar de nadie. Al imaginar la perfección en el hombre, no podemos (razonablemente) tener otro ideal; y aquel que proveyendo á mayor número de necesidades sea más independiente de los otros, será más perfecto; y como estas necesidades son en gran parte materiales, lejos de que el proveer á ellas le rebaje, le ensalza, por el contrario. Como todo en el hombre es limitado, su perfección es tan sólo relativa, y lo mismo su independencia; dispone de poca fuerza y de poco tiempo; no puede prescindir de la división del trabajo y del ajeno auxilio; pero no hay duda de que cuanto éste sea menos necesario, él será más grande en igualdad de circunstancias. Entre dos pensadores iguales ó equivalentes, es superior el que en lo material *da menos que hacer*, y hace más de esas cosas que la preocupación califica de indecorosas para él. Esta verdad, como otras, poco perceptible en el medio, lo es mucho en los extremos; y si se considera poco digno de un hombre de letras (y aunque no las tenga) trabajar materialmente, nadie duda cuán miserable es la situación que indicábamos más arriba;

aquélla en que no puede hacer nada materialmente por sí, en que para todo lo material necesita de los demás.

Nos parece imposible reflexionar y juzgar sin preocupación, y desconocer estas verdades, y cómo no habrá quien sostenga que las leyes del espíritu son diferentes para la mujer y para el hombre (1); y si alguno hubiese, ni necesita, ni merece ser refutado, resulta que no hay incompatibilidad *esencial* entre las *labores* del *sexo* y los trabajos mentales. Esta conclusión, á que se llega con el razonamiento, está confirmada por la experiencia. Como hay hombres superiores por la inteligencia y la instrucción que no han dejado de serlo por haberse ocupado en pequeños detalles de la vida material, se ven mujeres que no los desatienden por elevar el pensamiento á las cosas grandes; el hacer hilas no im-

(1) Hemos leído que un alto funcionario, en ocasión solemne, ha dicho que la inteligencia de la mujer *no tiene comparación con la del hombre* (¡ni comparación!). Tal vez sea falta de exactitud al dar la noticia; pero si fuese exacta, sólo probaría que lo que no tiene comparación es la ignorancia de algunas personas con la ciencia que debieran tener, ni su imprudencia con la circunspección necesaria para que, puestos en el caso de hablar de muchas cosas, no se conociera que entendían de muy pocas.

pide escribir á favor de los heridos, ó juzgar con acierto de las causas de la guerra; y los que afirman como un axioma la incompatibilidad entre coser calcetines y meditar sobre asuntos graves, se equivocan y hablan de lo que no entienden con la ligereza que atribuyen á las mujeres. Si se abriera una información, así quedaría comprobado, y harto concluyente es la prueba de personas observadoras (y aun de las que no lo son), que, habiendo vivido en países más adelantados, afirman que las mujeres más ilustradas de allí no desdeñan los quehaceres domésticos, y por el contrario, se ocupan en ellos mejor, teniendo la casa, por regla general, más arreglada que las de por acá. El aseo y el orden no parecen consecuencia necesaria de la falta de cultura; cosa que ya se había podido notar en los pueblos bárbaros.

Aquí no prejuzgamos la cuestión de la altura á que podrá elevarse la mujer por el pensamiento; llegue hasta donde pueda, que más allá no ha de ir: sólo sostenemos que no hay antagonismo entre los trabajos del espíritu y los materiales, entre las cosas grandes y las pequeñas; bien entendido que para ella, lo mismo que para el hombre, lo más grande es el cumplimiento de

deber. Pero el deber le comprenderá mejor cuando sepa más, y tendrá más medios de llenarle cuando goce de la plenitud de su existencia, hoy mutilada por exclusiones erróneas y vetos absurdos.

LAS VIRTUDES SOCIALES DE LA MUJER PERJUDICARÁN Á LAS DOMÉSTICAS.—Poco entiende de las cosas del corazón quien no sabe que se enriquece dando, ni de las afinidades del bien el que ignora que, lejos de haber antagonismo, hay armonía entre todas sus formas y modos; cuanto éstos son más, son mayores la belleza moral y solidez de la virtud. Esta crece por *extensión*, no por *exclusión;* y si el ser buena hija y buena esposa no perjudica para ser buena madre y buena hermana; si nadie irá á buscar un buen amigo entre los que para su familia son malos; si todo el mundo pide afectos al que da muchos, porque instintivamente se conoce que más *tiene* quien *da* más, ¿cómo puede temerse, ni sospecharse siquiera, que la mujer que ejercite en la sociedad sus nobles facultades y dulces sentimientos ha de ser más vulgar é insensible en su casa; que cuando ha hecho un sacrificio en favor de un extraño sea más egoísta con su marido, y que si amparó al pobre niño abandonado, ten-

drá menos amor para el hijo de sus entrañas? Errores hay que analizarlos es combatirlos, y tal nos parece el que vamos examinando; los que le admiten en masa, por decirlo así, tienen que ir desechando los elementos de que se compone, á medida que se muestran como son, y aislados de cuanto puede ocultar su verdadera naturaleza.

Hay, pues, rutinas, preocupaciones, errores, sofismas, pero no sólidos razonamientos para sostener la falta de tiempo para que la mujer coadyuve directa y eficazmente al bien público; la incompatibilidad entre las cosas grandes y las pequeñas, y el antagonismo entre las virtudes sociales y las domésticas. Un día se preguntará cómo fué preciso hacer largos razonamientos para probar cosas tan claras, y se responderá:— ¡Oh! ¡No sólo fué preciso, sino que ha sido inútil por mucho tiempo!

CAPÍTULO V.

EL MODO DE SER ACTUAL DE LA MUJER LA DEBILITA FÍSICA Y MORALMENTE, Y CONTRIBUYE Á SU DESGRACIA Y Á LA DE SU FAMILIA.

Si la mujer de su casa carece de virtudes sociales, ¿en el círculo del hogar tendrá al menos la perfección que desean ó suponen los que la encierran en él?

Si no puede contribuir á formar ciudadanos ilustrados y virtuosos, ¿dará siquiera á la patria hombres robustos?

Si no coopera al público bien, ¿será al menos dichosa? ¿Le bastará encerrarse en su casa y prescindir de todo lo que no sea su familia para sustraerla y sustraerse á los males y á las influencias sociales?

Resueltamente contestamos á estas preguntas

de un modo negativo, y no nos será difícil razonar nuestra negación.

Dícese que el que se propone un objeto, tácita ó explícitamente acepta los medios; pero es harto común desconocer los más apropiados, ó por cualquier motivo negarse á emplearlos, y en cuanto á la mujer se refiere, suelen acontecer entrambas cosas.

En el fondo del pensamiento de muchos hombres, de la mayor parte, hay una levadura de egoísmo y poco aprecio de la mujer, que tiende á considerarla, no como *fin*, sino como *medio*, y aun los que desean que se instruya, es raro que ni en extensión ni en intensidad quieran que sepa más de aquello que al parecer de ellos necesita para regir bien la casa. Así, verbigracia, el Ayuntamiento de Madrid quere establecer un centro para enseñanza superior de la mujer, que abrazará, entre otras cosas: «Higiene y nociones de medicina doméstica; moral, con aplicacion á los deberes de la mujer en la sociedad y en la familia; nociones de derecho y de economía en sus relaciones con la familia; elementos de botánica y zoología, con aplicación á la agricultura, industria y comercio, y á la cría de animales útiles, etc.»

Después de dominado el temor que inspira una *medicina doméstica* practicada por personas que no tienen conocimiento alguno de fisiología, al ver que la moral ha de tener *aplicación* á los deberes de la mujer, ocurre preguntar: ¿cómo será la moral *sin aplicación?* Puede que sea la que aprenden muchos hombres, que, en efecto, no suelen jamás aplicarla.

Prescindiremos de varias consideraciones á que da lugar el programa de estudios arriba mencionado, limitándonos á observar en él esa tendencia á no dar á la mujer sino aquellos conocimientos susceptibles de *aplicarse* inmediatamente, ni desarrollo en ella á otras facultades que á las que puedan ser útiles. ¿A qué aprender botánica, sino para cultivar trigo, ni zoología, sino para saber cómo se han de cebar los pavos?

Aun los que consideran á la mujer más que como hembra, y la tienen por un ser racional, y quieren para su inteligencia alguna cultura, suelen proponerse por principal, si no por único objeto, el *prepararla para que sea buena madre.* ¿Y en qué consistirá que se instruye á los jóvenes para que sean abogados, médicos y arquitectos, y no para que *sean buenos padres?* Pues á la verdad, no nos parece que sea cosa

más fácil ser buen padre que buena madre, y aun pensamos lo contrario, porque si bien la mujer tiene que ocuparse más en los hijos cuando son pequeños, también el sentimiento y el instinto son en ella más poderosos y la sostienen é impulsan muchas veces á trabajos y sacrificios para los que el hombre necesita más auxilio de la idea del deber, y por consiguiente, más conocimiento de él, y preparación reflexiva. Pero sin insistir en la mayor dificultad, nadie podrá negar que han de vencerse muchas para ser buen padre, y parece extraño que no se trate de superarlas cuando se trata (en teoría) de la educación, como al hablar de la que debe recibir la mujer. Esto prueba con qué lentitud se pasa de practicar el error, no sólo á realizar la razón, sino á quererla, y cómo aun elevando á la mujer de la categoría de hembra, se la deja casi todo el peso de la prole en la esfera íntima, peso superior á sus fuerzas, material, moral é intelectualmente mermadas por el mal régimen á que se somete su vida física y la del espíritu.

Ahora, hace poco, un grupo no muy numeroso, pero muy escogido, hace una revolución en el mundo intelectual, proponiéndose, al instruir á los niños y á los jóvenes, educarlos al mismo

tiempo, y prepararlos, ante todo, para que sean *personas* primero, y después ingenieros ó naturalistas. Pues esto que se inicia en la educación de los hombres, hay que hacerlo con la de las mujeres, procurando que cultiven sus más elevadas facultades, que purifiquen sus sentimientos, que enfrenen en lo que puedan tener de desordenado sus instintos, que fortifiquen y ennoblezcan su carácter, y entonces, cuando sean *personas más perfectas*, serán *mejores madres*, porque la perfección de la madre, como la del padre, no puede consistir en la aplicación *parcial* de ciertos elementos humanos, sino en la *total* de cuanto constituye la mujer y el hombre, como ser inteligente y afectivo. El hombre hace cuanto puede por empequeñecer, por rebajar á la mujer, y luego quiere que, como madre, se eleve y sea grande, que es como privar á una persona del sustento necesario, y pretender que levante pesos enormes. Y ya que por la comparación hemos venido á lo físico, notaremos que físicamente es también la mujer de su casa muy inferior á lo que debía ser, y cría á sus hijas para que perpetúen y aumenten esa inferioridad. Como indicábamos más arriba, se ha observado la decadencia de la raza en los dos extremos, el

de los que se embrutecen y el de los que ejercitan con exceso sus facultades mentales, atribuyendo á este exceso la debilidad de los últimos. Sin negar el pernicioso influjo del exagerado trabajo intelectual, llamaremos la atención sobre la decisiva influencia de la hembra en la conservación y mejora de las especies, y cómo la nuestra ha de resentirse en ciertas clases de la educación y régimen de vida de las mujeres.

La mujer casada,
La pata quebrada;

dice un refrán que resume de una manera bruta, pero muy expresiva, que el ideal de la madre de familia es que viva en reclusión.

Los inconvenientes de la vida sedentaria no se neutralizan con ninguna especie de ejercicio ni gimnasia en el hogar; al contrario, las niñas no han de tener juegos de muchachos (es una cosa muy fea), sino jugar sentadas ó moviéndose muy poco, de modo que sus músculos no se desarrollen ni sus fuerzas se ejerciten. Poco aire, poca luz, poco movimiento, tal es el régimen propio de señoritas, al cual hay que añadir trajes tan incómodos como feos, que embarazan sus movimientos, y calzado que no las deja an-

dar. De este modo, combinando las rancias preocupaciones españolas con los figurines franceses, privan á la mujer del indispensable ejercicio, y la atavían de manera que son un ataque permanente á la estética y á la higiene, y hasta al sentido común, porque hay ocasiones en que las señoras más parecen grandes muñecas con malos resortes que personas racionales. Los sastres de París desfiguran también á los hombres, y en ocasiones mucho, es cierto, pero bajo la base de que el traje ha de ser siempre serio, cómodo é higiénico, porque comprenden que no se dejarían abigarrar con colorines y mortificar con estrecheces. Pero respecto á las mujeres, no hay razón de gusto, de comodidad ó de higiene que les ponga coto; ellos á pintar, y ellas á estudiar los menores detalles de la pintura para que su traje la reproduzca fielmente. ¡Cuántas no aspiran á mayor elogio (ni le merecen) que á parecer figurines!

Esta continua y general infracción de las reglas de higiene, perjudicial á la salud, tiene que serlo á la prole, y lo es, en efecto, porque la debilidad de la madre se refleja en el hijo, al que da estrecho claustro, pobre sangre, y con frecuencia no puede proporcionarle el primer ali-



mento. *No quieren* (se dice), *dejan de criar por egoísmo, por comodidad.* Algunas hay de tan vil condición, pero son muchas más las que no pueden, y tantas, que los hijos de los señores perecerían á millares si no los sustentaran á sus pechos las mujeres del pueblo (1). Se ve, pues, que las de las clases medias y elevadas (en el sentido económico de la palabra), fisiológicamente no son buenas madres, por endebles y enfermizas; de modo que á la vez se mutila el sér intelectual y se debilita la hembra. Nada más lógico, y no obstante, parecerá extraña la proposición de que, si se quiere que las señoras sean madres más robustas, es necesario que sean personas más formales.

La ignorancia de las leyes de la higiene; la vanidad; el terror del qué dirán; el apego al hábito y la rutina; la timidez (no siempre unida á la modestia, la humildad y la prudencia), que constituyen uno de los atractivos del sexo, son con frecuencia obstáculos para las más saluda-

(1) Se dirá que aun éstas no pueden criar á veces en las grandes poblaciones; pero sobre que el caso es muchísimo menos frecuente que entre las señoras, no coexiste, como en éstas, con la salud y la abundancia, sino que es efecto casi siempre de la miseria y de la enfermedad.



bles reformas. Un círculo de errores y preocupaciones hormiguean en torno de la mujer, formando una atmósfera que la envuelve; todo conspira contra el régimen propio para fortificar su físico y el de su familia.

Si alguno extraña que incluyamos la vanidad entre los elementos hostiles á la higiene, le invitamos á que observe, y verá cuántas veces, por satisfacerla, se cercena el nutritivo adecuado alimento, el conveniente abrigo, y hasta el aire y la luz. ¡El aire y la luz! ¡Exageración! No, no lo es. En una casa entra un médico razonable, y receta para una prole escrofulosa la traslación de los dormitorios lóbregos y sin ventilación á la sala de recibo, que tiene aire y sol de mediodía; en otra, la señora que, á consecuencia de un viaje, tiene dificultades pecuniarias, se alaba de que sus hijas (que necesitan como alimento aire y sol) no salieron de su casa hasta que pudo realizar algunas economías y presentarlas vestidas como correspondía á la posición social de su padre..... y así tantas y tantas.

El régimen actual, que es malo para dar á luz y criar hijos robustos, ¿será bueno para educarlos? Tampoco. Si debilitando el cuerpo la prole ha de resentirse de su debilidad, debilitando el

alma, toda influencia intelectual será, ó débil, ó perturbadora: parece evidente que un espíritu limitado no puede ser experto guía ni firme sostén.

No es raro que los padres digan (y con razón) que las madres *echan á perder á los hijos;* lo que callan es que ellos echan á perder á las madres. Los que escriben sobre educación suelen poner en relieve, y algunos en ridículo, lo mal que la mujer desempeña su papel de educadora; cómo con su ignorancia, con sus caprichos, con sus desigualdades, con sus contradicciones, con sus impaciencias y sus tolerancias excesivas, con su falta de perseverancia y carácter, resabia, extravía, á veces contribuye á desmoralizar á los hijos.

Este mal, más ó menos graduado, es, con pocas excepciones, cierto; pero como todos, tiene sus causas, que deben investigarse, siendo pura declamación y palpable injusticia acusar á la mujeres de capitales defectos y hacer al mismo tiempo de modo que no puedan menos de tenerlos.

La ignorancia de la mujer hasta aquí, y aun ahora por regla general, es invencible, de modo que ningún cargo puede hacérsele de ninguna de sus consecuencias. Pero de la ignorancia



puede decirse, como del espíritu del *mal*, que es *legión*, y sus efectos son tan numerosos y se ramifican de tal manera, que influyen en la vida toda, ya directa, ya indirectamente. En las mujeres pobres que trabajan mucho, la ignorancia embrutece, pero extravía menos que en las clases bien acomodadas, porque halla diques en la ocupación continua y en la pobreza, que no deja tomar vuelo á la imaginación desbordada, ni ofrece recursos á los caprichos dispendiosos. Pero la falta de instrucción en las señoras no sólo las priva de los conocimientos necesarios para dirigirse y dirigir á su familia, sino de recursos contra el tedio, y de medios propios para combatir todo género de puerilidades, elevar las ideas, purificar los gustos y fortalecer el carácter. Si se notan á veces los inconvenientes de la falta de instrucción en lo que directamente se relaciona con la familia, pocos observan sus resultados indirectos, mucho más importantes, ni se aperciben de que el daño hecho á la mujer ha de encontrarse en la hija, en la esposa y en la madre.

La instrucción dilata y eleva; la ignorancia reduce, rebaja la actividad que necesita empleo, y cuando no puede subir, desciende, porque es

preciso que en alguna esfera se mueva. El marido se queja de que su mujer está llena de caprichos; de que no piensa más que en trapos y joyas; de que por la cosa más fútil se disgusta y se irrita; de que insiste con porfiado empeño en lo que carece de importancia ó de razón; de que con sus puerilidades vehementes forma como una red, que la envuelve y produce malestar, disgustos, en ocasiones conflictos y ruina. Pero ¿cómo no reflexiona que no pudiendo ocuparse en cosas grandes, ha de dar importancia á las pequeñas, y que reducida á un estrecho círculo, ha de multiplicar en él sus movimientos, como el pájaro en la jaula, y unir, á lo pueril ó absurdo del objeto deseado, la vehemencia del deseo? El espíritu del hombre se ejercita en cosas más grandes y en *mayor número;* el de la mujer, que no es menos activo, tiene que limitarse á las de menor importancia, siendo cosa muy natural que forme porfiado empeño en conseguir las más insignificantes. Este es el medio en que se la coloca, el impulso que se le da, y si alguna con fortaleza resiste, muchas tienen que ceder á él y ser arrastradas por la corriente.

Semejante error es capital y trasciende á la

existencia toda de la mujer: no sabemos, ni nadie sabe, hasta qué punto son innatas y exclusivas de ella ciertas inclinaciones pueriles y vanidosas; pero no hay duda que debían combatirse, y que se favorecen y fortifican. Para combatirlas, no puede haber otro medio que levantar el espíritu á las cosas grandes, ocuparse en cosas serias, formar hábitos razonables, sustituir la vanidad con la dignidad, ó si tanto no se logra siempre, siquiera con el orgullo; evitar la monotonía, variando los trabajos y direcciones del espíritu de una manera armoniosa con sus múltiples facultades.

Al régimen sedentario que, debilitando el sistema muscular y sanguíneo, determina la preponderancia del nervioso, se une la falta de ejercicio intelectual, que deja á la imaginación extraviarse, y concentrando la actividad toda del espíritu en los afectos, los convierte en poderes avasalladores, por falta de freno y de contrapeso. Se dirá que las mujeres no aparecen, con tanta frecuencia como los hombres, infringiendo la ley moral en materia grave; cierto que pagan menor tributo al crimen, al delito y al suicidio, pero dan al vicio un horrible contingente, y la desgracia se ceba en ellas de una

manera cruel. Prescindiendo de todas las demás desventajas, y limitándonos al mundo de los afectos, puede decirse que son más desdichadas que los hombres. ¿Quién duda que si tuvieran más recursos intelectuales y vida más activa; si fuesen menos nerviosas é impresionables, llevarían al combate de la vida fuerzas que hoy les faltan, y sus cariños se convertirían menos veces en pasiones, con las que tienen que vivir como con una fiera dentro de su jaula?

Cuando se considera que aun en las malas condiciones en que vive, la mujer peca y delinque tanto menos que el hombre, duele que no se haga más por su moralidad y su dicha, desconociendo que su dolor ó su disgusto no pueden ser un elemento de bienestar para la familia. ¿Por qué muchas que de jóvenes eran de buen carácter, tienen después mal genio, son irritables, cócoras, regañonas, diferencia que no suele notarse en los hombres, al menos tan graduada? Se han *agriado*, palabra gráfica, que significa la acritud de muchos elementos de su existencia, los cuales constante y calladamente han influído en ella por falta de otros que los hubieran neutralizado.

Uno de los mayores enemigos de la mujer, á

veces de su virtud, es el *tedio*, consecuencia de la monotonía de su vida y la falta de recursos intelectuales. Los daños del tedio (verdaderos estragos) son poco perceptibles, porque no hacen explosión, sino que corroen ó depravan las afecciones, poniendo el alma en una situación que recuerda la del cuerpo cuando apetece sustancias que no son alimenticias y dañan gravemente la salud. Muchas faltas, muchas imprudencias, para las que no se encuentra explicación, la hallarían si con cuidado se analizasen los efectos del tedio y se averiguara cuánto se ha aburrido la mujer á quien se censura. Aunque parecería insensato ante un juez, ó ante el tribunal de la opinión, alegar como circunstancia atenuante de una falta grave el *tedio*, cuando se gradúa mucho, si se estudiara bien, se le reconocería como fuerza perturbadora capaz de contribuir á grandes trastornos, ó lo que es lo mismo, que hay muchas personas que serían mejores si se hubieran aburrido menos.

Como ciertas enfermedades, activando las funciones de un órgano anormalmente, las hacen más perceptibles, los grandes sufrimientos del espíritu manifiestan la manera de extraviarle aun en aquellos casos que aparecen muy dife-

rentes, pero que no difieren en la calidad, sino en la cantidad del peso que le abruma. ¿Qué es lo que enloquece ó impulsa al suicidio al recluso en una celda á quien se aisla y priva de trabajo? Algo la falta de sociedad, en mucha parte el tedio, como lo prueba el alivio que siente, y cuánto se normalizan las funciones de su espíritu, cuando *se distrae* con el trabajo. Este caso extremo, si no puede aplicarse como comparación, tiene su valor como análisis, y demuestra la esencial malignidad de un elemento, que, cuando se gradúa, perturba la razón y hace odiosa la vida.

Es posible, y aun probable, que todo esto parezca, ó absolutamente falso, ó tan exagerado, que aparte de la verdad, y no sólo á los hombres, sino á las mujeres que se habitúan desde niñas á todo género de limitaciones y de vetos, y viven en la monotonía y en el tedio, como los que, acostumbrados al aire impuro, le respiran sin repugnancia, pero no sin daño. No analizan ni distinguen las desventajas naturales inevitables, de las sociales que podían evitarse. Como hay dolencias propias del sexo, hay también fastidios propios de él, que se padecen sin protesta. Saben que la mujer ha de aburrirse infinitamente más

que el hombre, ó no lo saben, y rodeadas de una atmósfera de ignorancia, de apocamiento depresivo, de fatalismo ó de resignación que las sigue en todos sus movimientos, sufren, como giran con la tierra sus habitantes, sin apercibirse de que se mueven. Los que pretenden mejorar su condición, suelen parecerles gente visionaria, cuyas ideas irrealizables no carecen de peligros, y que, á vueltas de su buen deseo (si le tienen), demuestran un orgullo ofensivo á las que intentan favorecer. ¿Sabrán mejor que ellas lo que las mortifica ó las conviene? Si no se sienten enfermas, ¿á qué hablarlas de su falta de salud y de los medios de recobrarla? ¿No es pretensión, á más de ridícula, exorbitante?

No todas las mujeres califican así el conocimiento de su situación actual y el deseo de mejorarla. Las hay que han despertado del letargo de la costumbre y de la fatalidad, que sienten el dolor de las ligaduras, el frío de la inacción, el peso del tiempo no racionalmente utilizado; que comparan su vida triste y estéril con la más fecunda y dichosa de hombres que no valen más que ellas, y en fin, que se rebelan á voces ó en silencio contra dictaduras rutinarias y definiciones dogmático-brutales. ¿Cuántas son las

que protestan ostensible ó calladamente? ¿Quién lo sabe? Tal vez pocas, acaso más que se supone, porque la opinión torcida, como todos los tiranos, sofocando las quejas, ignora el número de los descontentos. Pero el número no da ni quita razón, y grande ó pequeño, el de las mujeres que la tienen no deja de estar en su derecho calificando de anómala, injusta y dañosa para todos su situación actual.

Muchos hombres, á la manera de los déspotas, llaman orden al silencio, y se congratulan de la quietud que hay en su casa, calma aparente parecida unas veces á la que precede á las tempestades, y otras á la que se disfruta á orilla de los pantanos cuyas emanaciones son pestilentes. Ya se sabe que ninguna fuerza se destruye, y las actividades comprimidas se acumulan y dan lugar á explosiones, como el vapor comprimido en una caldera sin válvula. La inacción intelectual, y aun material, de la mujer, no puede ser la paz, porque no es la armonía; y el hombre, engañado por aparente sosiego, siente escozores y picaduras de insectos invisibles, ó dormido en un oasis despierta sobre un abismo. En los grandes conflictos, en las pequeñas contrariedades, y siempre, tiene (heredadas) muchas frases que



emplea, medio como sentencia, medio como desahogo, y que todas vienen á significar que la mujer es un enigma indescifrable. Y ha venido á serlo en más de una ocasión, no entendiendo ella, ni siendo posible que nadie entienda, aquel remolino que debía ser una corriente, si las fuerzas naturales no estuviesen contrariadas por la opinión y por las leyes que habían de favorecerlas.

Un día contemplábamos las olas, que, aprisionadas entre obstáculos artificiales, retrocediendo, variando de dirección, chocando con las que venían detrás, formaban conos rugientes y espumosos, y un hervidero de corrientes encontradas de donde no hubiese podido salir la nave más velera. Involuntariamente comparamos aquel trecho de mar, cuya agitación no era natural, con el espíritu de muchas mujeres, agitado en opuestas direcciones por la naturaleza y la sociedad, entre obstáculos que rechazan y fuerzas que empujan, y expuesto á peligros que no dejan de ser grandes porque sean obra del hombre. Este ve el efecto, y en vez de estudiar sus causas, le califica de enigma.

Se ha querido limitar la vida de la mujer, física, moral é intelectual, de manera que no sa-

liese del hogar doméstico, sin ver que no era obra de *concentración*, sino de *mutilación* la que se hacía; que de la criatura debilitada no podía salir la mujer fuerte, ni de la persona rebajada y empequeñecida, la gran figura de la esposa intachable y de la madre modelo.

El egoísmo que se encierra en el hogar doméstico, ó la ignorancia que no sabe cómo salir de él, pueden concentrar allí todos los afectos, pero no los bienes, ni impedir que entren males tanto más intensos, cuanto menos se hizo para combatirlos.

El que prescinde de los deberes sociales se parece al obrero que con otros lleva una viga pesada y aparta el hombro para que hagan el trabajo sus compañeros, los cuales, con igual idea y realizándola al mismo tiempo, dejan caer el peso que los lastima á todos. Así las cargas sociales que, como el material puesto en obra, pueden dar un resultado útil, si nadie las sostiene, se desploman sobre los que no han querido levantarlas.

Si la mujer de su casa fuera sola en querer que los suyos no se molesten, no se fatiguen, no hagan sacrificios por el bien público, y se aprovechen cuanto puedan de las ventajas que la so-

ciedad les ofrece, su egoísmo, si no sancionado por la justicia, podía ser aplaudido por el éxito. Pero no sucede así; no es sola: hay cientos y millones de mujeres que han hecho, hacen, y por desgracia harán como ella; que no se ocupan en deberes sociales, sino en ventajas propias, resultando que en aquella tierra que quieren segar, después de haber contribuído á que no se siembre, falta la cosecha.

Si es cómodo no tener mucha delicadeza ni escrúpulos en los negocios, es molesto luchar con los que ni escrúpulos ni delicadeza tienen;

Si es descansado reposar holgadamente en casa, es fatigoso al salir de ella, en vez de encontrar caminos allanados, no encontrar sino obstáculos renacientes;

Si es provechoso cerrar la mano al dón, es perjudicial el resultado de que todos la cierren.

Los niños que hoy no se socorren y dirigen, son los secuestradores y las prostitutas de mañana; la joven que no se apartó del precipicio, hará caer en él á las personas queridas de quien podía haberla salvado.

Si un individuo, por excepción, aparente más que real, utiliza en su provecho el egoísmo, en la colectividad, todo el bien *que se deja de hacer*

va convirtiéndose en *mal que se recibe;* la atmósfera social se forma de los hechos, de los sentimientos, de las ideas; y cuando las ideas, los sentimientos y los hechos de todos contribuyen á viciarla, es en vano que nadie se lisonjee de poder respirar aire puro. La lucha del egoísmo se entabla crónica, potente; se establecen las equivalencias del mal proceder, y la tolerancia con las culpas del hijo la devuelve otra madre absolviendo al suyo, burlador de la hija desdichada. La opinión que se contribuye á pervertir, se encuentra pervertida cuando se quiere buscar en ella apoyo contra la injusticia; y la joven que acoge al libertino y se envanece de lo que debía avergonzarla, contribuye al libertinaje, de que al fin es víctima.

Así, pues, el régimen actual, debilitando á la mujer física, intelectual y moralmente, la hace más desgraciada y menos útil á la sociedad y á la familia, y es con frecuencia una víctima que, en vez de redimir, contribuye á inmolar á los que la sacrifican.

CAPÍTULO VI.

LA DEBILIDAD Y LA FORTALEZA DE LA MUJER.

Reflexionando sobre el asunto detenidamente, no se hallan *razones* para que el sexo femenino haya sido calificado de débil, pero *motivos* se ven muchos: nos haremos cargo de los principales.

Siendo la mujer considerada principal y casi exclusivamente como hembra, no se la observaba ni se la juzgaba apenas más que en sus relaciones de sexo, y como el hombre llamó *debilidad* en ella á la misma falta que, cometida por él, fué tenida por *triunfo*, y como esta falta era frecuente, bastaba para acreditar de débiles á las que incurrían en ella;

No sabiendo ni sospechando siquiera la fuerza que *necesita* la mujer, viendo tan sólo la que le *faltaba,* y sin hacerse cargo de lo mucho que se hacía para mermarla, era natural calificar el *déficit* de debilidad;

En épocas de fuerza *bruta*, la muscular debía ser la primera, casi la única;

En tiempos de barbarie, la *delicadeza* era fácil de confundir con la *debilidad;*

En pueblos duros, la criatura más *sensible* debía parecer más *débil;*

Entre muchedumbres ignorantes no se conocían más fuerzas que las instantáneas y ostensibles, y así como pasaban inadvertidas las irresistibles acciones químicas, las fisiólogicas y las psicológicas no se notaban sino cuando, por decirlo así, aparecían de bulto.

Una mujer que no puede levantar un peso ó dar un golpe que da el hombre; que se impresiona más ante el mismo espectáculo; que siente mayor dolor al recibir el mismo daño; que llora ante la desdicha que el hombre contempla con ojos enjutos, era, y no podía menos de ser, calificada de débil entre gente que sentía poco y pensaba menos.

Hora es ya de analizar la debilidad y la fortaleza de la mujer, porque si necesitando más fuerza, tiene menos, habrá un desequilibrio que imposibilite la salud en el orden fisiológico, y la justicia en el social.

Si á primera vista se califica de extraña la



proposición de que la mujer necesita ser más fuerte, reflexionando creemos que se tendrá por exacta.

Demos principio á nuestras observaciones por la fuerza física, que, considerada sólo para el *empuje* y la *carga*, no puede apreciarse bien.

La mujer, á quien la naturaleza confió principalmente la conservación de la especie, necesita, como madre, vivir mucho tiempo para dos; tener un pulmón que oxigene la sangre del hijo que aun no respira, y un estómago que provea á la formación de un nuevo organismo. El que considere la cantidad de vida que necesita y gasta en semejante función, desempeñada al mismo tiempo que trabajos incesantes, á veces duros, y con privaciones y alimento por lo común escaso, ó poco nutritivo, no puede menos de admirar la fuerza que emplea aquella criatura, calificada de débil por el que no podría resistir tan grande y continuo esfuerzo, y cuyo dinamómetro es tan burdo, que acusa mayor poder en labrar la piedra que con otras constituirá un edificio, que en dar vida y alimento á la criatura que ha de formar parte de la humanidad.

El organismo de la mujer, más delicado y



complicado, la sujeta á mayor número de padecimientos, que por regla general, y como no se gradúen mucho, sufre sin quejarse ni interrumpir sus trabajos, ni alterar el orden de sus ocupaciones. El hombre, por lo común, no trabaja, ó trabaja muy mal cuando no disfruta salud completa.

Si para la carga y el empuje el hombre tiene más fuerza intantánea, no así cuando se trata de la continua. En un hospital, la *Hermana* llama al *mozo* para que mueva un peso que no puede levantar; pero el mozo no podrá estar tanto tiempo sin dormir y sin sentarse como la Hermana; se *rendirá* antes que ella. Y no se diga que la religiosa está sostenida por una idea que falta al sirviente asalariado, porque además de que sólo en las grandes y excepcionales ocasiones podría esta diferencia tener peso, en igualdad de todas las demás circunstancias, una enfermera resiste mejor que un enfermero la falta de sueño y los esfuerzos, no violentos, pero incesantes.

El labrador ha desplegado (aunque no siempre), durante el día, mayor esfuerzo que su mujer en la faena agrícola; pero cuando al ponerse el sol se retiran, él se sienta, y ella tiene que

preparar la cena y atender al cuidado de la casa y de la familia, cuyo esfuerzo, sumado con los anteriores, no darán un total menor que el del hombre, aunque su compañera no esté embarazada ó criando, en cuyo caso, como ya indicamos, aparece mucho mayor.

Si para el esfuerzo continuado la mujer aventaja al hombre, también cuando se trata de privaciones y sufrimientos materiales. Hace frente al frío mucho menos abrigada, soporta privaciones de alimento á que el hombre no puede someterse sin perturbación grave, y sufre los dolores mejor que él. ¿Qué significan estas frases tan conocidas de que los hombres *hacen muy malos enfermos*, que son *muy impertinentes*, que son muy *quejumbrones*, que se *amilanan*, etc., etc.? Quieren decir que tienen menos fuerza para el dolor físico.

Si se consideran las condiciones fisiológicas de la mujer, que pueden calificarse de desventajas naturales; si se añaden las sociales, que la colocan tantas veces en peor situación material que el hombre, y que, á pesar de todo, vive tanto ó más que él, se comprende que la calificación de *débil* es efecto de la ignorancia, que no ha sabido hasta aquí apreciar más fuerzas

que las ostensibles á primera vista y tangibles para manos groseras. Hoy que se aprecian las fuerzas de manera más racional y exacta, habrá de reconocerse que la de la mujer, si no es *igual*, es *equivalente* á la del hombre, y en muchos casos, mayor.

Esto en lo físico. Respecto á lo espiritual, recordamos lo que escribía no há mucho Raseri (1)..... «Como exactamente dice el profesor A. Verga, en Italia, contra lo que se observa en todos los demás países, el sexo *débil*, respecto á la cabeza y hasta nuevas investigaciones científicas, es el sexo *fuerte*. La mujer en Italia, así como delinque menos, también padece muy pocas veces enajenación mental.»

El hecho, lejos de ser exclusivo de Italia, y en oposición con lo observado en otros países, es general, si no respecto á la locura (lo cual no nos atrevemos á afirmar), sí por lo tocante al suicidio y al delito. La comparación entre los suicidas y delincuentes de ambos sexos da siempre un número muchísimo menor de mujeres, y aunque la proporción no sea en algunos pueblos tan honrosa para las mujeres como

(1) *Annali di Statistica.*

en Italia y España, en otros lo es mucho más. En los Estados Unidos, donde la mujer tiene más medios de proveer á su subsistencia y más personalidad, rara vez infringe las leyes. En la penitenciaría de Maryland había no ha mucho 574 hombres y 27 mujeres. ¡Qué elocuencia la de estos números, y cuán alto hablan en favor de la *verdadera* fuerza de la mujer! Pero donde quiera que se la observe, se ve que paga menor tributo que el hombre á la desesperación y á la culpa. Si ésta es debilidad, como no parece dudoso para cualquiera que la analice, se nota que no corresponde mucho á su fama de *sexo fuerte*.

En la fuerza psicológica como en la fisiológica de los sexos, hay diferencias más bien de *calidad* que de *cantidad*, y el que una mujer se desmaye en presencia de una catástrofe que un hombre mira impasible, no prueba que ella no *resistirá* á una tentación á que él *sucumba*, y que en el gran combate de la vida no cuente más triunfos, como lo prueba su mayor moralidad. Podrá objetarse que su género de vida y el menor número de relaciones sociales la ponen menos veces en peligro de infringir las leyes y los preceptos de la moral; pero sobre que en todas las familias de labradores, y en muchas de

industriales (es decir, la inmensa mayoría de los casos), la mujer sale como el hombre á trabajar fuera de casa, las condiciones en que lo hace y en que vive, las privaciones que sufre, las injusticias y las brutalidades de que es víctima, lo poco en que se la tiene y lo mucho que se la solicita, los cambios bruscos y los descensos rápidos, en que es objeto de idolatría ó de desprecio; estas y otras circunstancias producen el conjunto más propio para socavar la moralidad. Sólo el que no reflexione sobre el asunto puede dudar de la mujer.

Menos instruída, literaria, artística é industrialmente;

Menos dignificada;

Menos retribuída por su trabajo;

Menos amparada por la ley;

Menos sostenida por la opinión;

Menos impulsada por las influencias exteriores hacia las grandes cosas;

Menos perdonada cuando falta;

Más solicitada para que falte,

se halla en peores condiciones que el hombre para no infringir la ley moral. Estas condiciones suelen ser tales, que el deber, lejos de presentarse fácil, exige virtud, y si la virtud es fuerza,

como no duda el que de entrambas sabe algo, difícil sería sostener que la mujer más virtuosa sea moralmente más débil que el hombre. La fuerza moral de éste (á nuestro parecer), como la física, es más imponente, más ostensible; da al carácter más consistencia, más firmeza, más autoridad; y si esta energía no suele estar á prueba de perseverancia, no deja por eso de impresionar fuertemente, de producir gran efecto (y útil si está bien dirigida), y de ser un elemento indispensable para la educación de los hijos y buen orden de la familia.

Decimos que esta más poderosa energía del hombre no suele estar á prueba de perseverancia, y cualquiera puede comprobar la exactitud de la proposición, observando que el hombre es siempre vencido por la mujer en toda lucha que exige una serie de esfuerzos *incesantes*, que se renuevan á todas horas, que *persisten*. Él explica la derrota á su manera; da al poder que la determina diferentes nombres, nunca el de *fuerza*, y no obstante, fuerza es; pésimamente empleada y dirigida á veces, lo concedemos; pero el empleo y la dirección no varían su esencia. Muchos hombres hay aún, que así como el quinto de artillería califica de fuerza la que lanza el proyec-

til, y no la que hace reventar el cañón lleno de agua que se hiela, ellos no comprenden energías físicas ni morales sino bajo la forma de grandes poderes musculares ó autoritarios, dando bofetadas ú órdenes. No hay que hacerles por ello un cargo, porque hasta aquí se sabía muy poco de fuerzas, y aun ahora, más se estudian las físicas que las fisiológicas, y sobre todo que las psicológicas. Entre tanto que se conocen mejor todas, parecerá aventurada la proposición, que no por eso es menos cierta, de que no hay *sexo débil*, y en caso de que alguno mereciese ese nombre, sería el que hoy se llama *fuerte*.

Hemos dicho que la mujer necesita más fuerza que el hombre, y no estará de más insistir en cosa tan esencial.

Fisiológicamente, al hablar de la mucha que como madre gasta, queda probado la que necesita, porque lejos de ir más allá de la necesidad, suele quedarse más acá para desdicha suya y de la prole. No sabemos si es mayor (¿quién lo sabe?), pero es grande el número de mujeres cuyo trabajo es excesivo y la alimentación insuficiente ó poco apropiada durante el embarazo, la lactancia y en ciertas épocas críticas propias del sexo.

En cuanto á la fuerza moral bajo la forma de perseverancia en todo bien, resignación y paciencia, necesita más que el hombre, porque tiene desventajas naturales, de que resultan mayor suma de dolores que *soportar* y de tentaciones que *resistir;* y nótese la propiedad y significación de las palabras subrayadas.

Ya se ha empezado á hacer algo, aunque poco, para mejorar la situación de la mujer; creemos firmemente que se hará más, que se hará mucho, muchísimo; pero después de todo lo que se haga, la parte que le corresponde en la propagación de la especie y su mayor sensibilidad, le darán desventajas como trabajadora, y mayor pena cuando falta, y dolor más inmenso cuando sufre. Trasladémonos á un porvenir harto lejano para España; veamos á la joven fuerte de cuerpo y de alma, digna, grave, que no está *expuesta* á la seducción; supongamos que ha desaparecido el tipo de la *coqueta*, menos despreciable y también menos disculpable que la prostituta; que ésta no existe; que los derechos son iguales para los dos sexos, en la esfera jurídica y económica como en la intelectual y artística. Pues bien; después de todo este progreso y de toda esta justicia realizada, no habrá medio de evitar:

Que la mujer esté más días inhabilitada para el trabajo;

Que el *embarazo*, con tanta propiedad nombrado en nuestra lengua, lo sea;

Que la lactancia no ponga trabas á la aptitud para trabajar;

Que la maternidad no lleve consigo dolores fisiológicos, y predisponga, haciéndolas inevitables en muchos casos, á gran número de enfermedades;

Que la madre no sienta más que el padre cuando el hijo enferma, y cuando se muere, y cuando se extravía;

Que la mujer no ame con mayor vehemencia, y por consiguiente sufra y goce más.

Estas circunstancias, inevitables aun con los últimos progresos de la justicia, constituirán siempre una desventaja para la mujer en la esfera económica y como trabajadora; desventaja que llevará consigo más privaciones y sufrimientos y mayor necesidad de fuerza para soportarlos. Amando más, gozará y sufrirá más, y en cualquiera de los casos necesitará fuerza proporcionada á su vehemencia.

Estas diferencias entre la mujer y el hombre están en la naturaleza de las cosas; son leyes



fisiológicas y psicológicas, cuyos efectos agravados, hasta aquí injusta y cruelmente, pueden atenuarse, pero no suprimirse de manera que la mujer no necesite más fuerza para *la paciencia* y para *el amor*.

Tal es la ley á que no podrá sustraerse en el porvenir; en cuanto al presente, si fuera cierta la supuesta debilidad de la mujer, la especie hubiera degenerado más que lo está en ciertas clases, y aun creemos que con dificultad se conservaría. Esto en cuanto á lo físico; que respecto á lo espiritual, la locura, el crimen, el suicidio, todas las formas del extravío y de la desesperación, se presentarían en tanto número, que no sólo excediesen á los desórdenes del sexo fuerte, sino que dificultasen mucho ó hicieran imposible el orden en la esfera moral.

Hay otra especie de debilidad de la mujer, que afirman los más, que algunos niegan resueltamente, y que para otros es objeto de dudas: la debilidad intelectual.

Debemos declarar que hoy no abrigamos aquel íntimo convencimiento de la igualdad de inteligencia de los dos sexos, manifestado en *La Mujer del Porvenir*. Nuevos hechos observados y una reflexión más detenida nos han inspirado dudas

que sinceramente exponemos: la infalibilidad no es cosa que razonablemente nadie deba conceder á otro ni reclamar para sí.

¿Habrá alguna analogía entre las diferencias de la fuerza intelectual de los dos sexos, y las que se observan respecto á sus fuerzas fisiológicas y morales? ¿Será la mujer más espontánea y menos reflexiva; adivinará más y observará menos; su acción será más extensa y menos intensa, más perseverante y menos fogosa, con más facultades receptivas y menos poder creador, y tendrá, en fin, una inteligencia que, todo bien apreciado, sea *equivalente*, pero no *igual* á la del hombre?

No nos atrevemos á contestar á estas preguntas, confirmando aquella profunda sentencia de que las convicciones firmes están en los extremos, y en medio la duda. El que no sabe nada y el que sabe mucho, afirma; el que sabe un poco, duda: esto en ciertas cuestiones; pero en la que nos ocupa, ¿quiénes son los que mucho saben? ¿Dónde están los elementos de un juicio definitivo y acertado, dónde la experiencia, que no puede resultar de pocos é incompletos ensayos? Sólo el porvenir puede resolver esta cuestión, hoy no más que planteada; los que nos dimos demasiada prisa á caminar para resolverla



en uno ú otro sentido, necesitamos volver atrás, ó nos volverán, que, como dice con profundo sentido un proverbio italiano, *el tiempo no tiene cuenta de lo que se hace sin él.*

Y el tiempo, ¡cuántas cosas ha de enseñar y cuántas cosas habrán de aprender, quiéranlo ó no, los que creen saber bastante sobre el asunto, ó saberlo todo! Á los que deseen estudiarle, les recomendamos la obra que se está publicando en los Estados Unidos, *History of Woman Suffrage*, por Isabel Cady Stanton, Susana B. Anthony y Matilde Joslyn Gage; New-York, Jowler and Wello, 753; Broadway, París, G. Fischbacher, 33, rue de Seine: han aparecido dos tomos, y el tercero y último se publicará en todo el corriente año.

Es un inmenso arsenal donde pueden proveerse de armas los que combaten el error que rebaja á la mujer y la injusticia que la oprime. Argumentos de grandes pensadores á su favor y testimonios de puras conciencias ya se habían escuchado; pero faltaban *hechos* con que responder á los que con hechos nos abruman, como si la iniquidad dejara de serlo porque se *realice.* Pues bien; en esta obra voluminosa, que bien puede llamarse grande, lo imponente, lo irrefu-

table son los hechos; y como el filósofo de la antigüedad probaba el movimiento andando, la mujer anglo-americana prueba su elevación espiritual elevándose, y su fortaleza combatiendo. Compañera del plantador, avanza con él intrépidamente por la tierra virgen de la impenetrable selva, y con él ó contra él, por el más impenetrable y lóbrego laberinto de errores, egoísmos y vanidades. Protesta cuando su voz halla eco; protesta cuando parece extinguirse en el vacío; protesta cuando se le responde con dicterios; protesta cuando se la sofoca con carcajadas; protesta siempre. Y su protesta, enérgica y perseverante, circula por las entrañas del pueblo, inadvertida primero, escarnecida después, y por fin irresistible. El libro á que nos referimos pudiera llamarse también *Anales del gran combate.* Al hojear sus páginas, parece que se oyen los quejidos de las víctimas, quejidos que van convirtiéndose en acusaciones. El combate empezó con la primera mujer que llamó en su conciencia tirano al hombre que la oprimía, y no terminará hasta que la fuerza, cualquiera fuerza, deje de ser medio de opresión; lucha que los siglos han visto renovarse, desigual, porfiada, interminable, sostenida por una parte con leyes,

soldados, sacerdotes y verdugos, por la otra con razones y lágrimas, y respondiendo á todos los pregones crueles ó ignominiosos con la eterna voz de la justicia.

En ese libro, que tiene tanto de monumento como de alegato y de prueba, se consignan hechos, muchos hechos, que deben dar en qué pensar á los partidarios de la inferioridad espiritual de la mujer. Vamos á referirles uno, no sólo por ser notabilísimo, sino porque es un nuevo testimonio de la injusticia de los hombres cuando se trata de reconocer y premiar el mérito de las mujeres.

Eran aquellos días de luto y desolación en que los *Estados* de la América del Norte habían dejado de ser *Unidos* y se hacían encarnizada guerra; guerra santa para los que habían escrito en su bandera: *abolición de la esclavitud;* guerra impía para los que peleaban á favor de ella. Las mujeres hicieron prodigios por la buena causa, y no sólo infundieron ánimo, determinaron perplejidades, prodigaron recursos, cuidados y consuelos, sino que derramaron su sangre, como si creyeran que sólo la suya, inocente de toda opresión y pura, podía ser redentora. Los campeones de la libertad tuvieron reveses y conflic-

tos, porque si su esfuerzo era grande, su pericia militar era poca. En un momento crítico, se preparó una expedición naval por el Mississipí haciendo de este río la principal línea de operaciones contra los confederados. Una mujer, miss Anna Carroll, aquella que en Maryland, en momentos de irresolución, había contribuído á que el gobernador se decidiera á favor de los esclavos; aquella que había dado libertad á los suyos fué al teatro de la guerra para observar sus circunstancias y progresos, y vió lo que ningún general había visto: que era inevitable un desastre si se ponía en práctica el plan concertado Para evitarlo, dirige al Ministerio de la Guerra una Memoria con planos, en que se demuestra que la línea estratégica es el río Tennessee. Consultado por el Ministro el secretario Scot, persona la más competente en el asunto, declara que era la primera solución que había visto del difícil problema de cortar la comunicación entre el Este y el Oeste del territorio enemigo, y en consecuencia no se llevó á cabo el proyecto de la expedición naval del Mississipí, y se abandonó este río como principal línea de operaciones, adoptando la del Tennessee. Este cambio de plan tuvo prontos y favorables resultados



que pudieron calificarse de decisivos, porque las victorias obtenidas rompieron la línea de fortificaciones de los confederados, cuyas comunicaciones entre el Este y el Oeste quedaron interrumpidas, los quebrantaron de un modo irreparable. Miss Carroll continuó dirigiendo al ministerio de la Guerra planos y Memorias. Por no seguir el plan trazado por ella, se retrasó un año la toma de Vicksburg (llamado el Gibraltar de los confederados), que al fin se ganó siguiendo sus indicaciones.

¿Quién era el inspirador de estas medidas, el estratégico consumado que trazaba tan sabios planes, la mano oculta que guiaba al combate y á la victoria tantos miles de ciudadanos soldados? Nadie lo sabía; nadie, si se exceptúa el Presidente de la República, los Ministros y el Secretario de la Guerra, que guardaron el más profundo secreto. Discutióse en la Cámara sobre el misterioso estratégico; unos supusieron que era el Presidente de la República, otros el Secretario del Ministerio de la Guerra, y tanto los representantes del país entonces, como después varios historiadores, nombraban como autores del plan coronado por la victoria, á los generales Grant, Allek, Foot, Smith, Fremont, etc.

Se comprende, y no merece censura, que mientras duró la guerra, se ocultara el autor de los planes que tanto contribuyeron á su feliz éxito; no se hubieran secundado con fe y valor sabiendo su origen, y generales y tropa se habrían creído rebajados y sacrificados siguiendo las inspiraciones de una mujer. Lo que no se comprende ni puede disculparse, es que al día siguiente de terminada la lucha, lejos de celebrar la victoria enalteciendo el nombre de la que había tenido tanta parte en ella, se callara; lo que no se comprende ni se disculpa es que la valiosa cooperación, reservada por prudencia, continuara ocultándose por injusticia; lo que no se comprende ni se disculpa es que Presidente, Ministros y Generales permitieran que la opinión les atribuyera un mérito que no tenían, que admitiesen recompensas mientras ninguna se daba á quien tantas había merecido, y guardasen un secreto que revelaba el de su indignidad; lo que no se comprende ni se disculpa es que, habiendo acudido miss Carroll ante el Congreso de los representantes del país para que se la declarase autora del plan de campaña del río Tennessee, después *de haber informado las comisiones militares nombradas al efecto que así*



era verdad, ningún premio se le concediera. La deuda era grande; estaba reconocida; habría parecido sagrada siendo el acreedor un hombre; pero respecto á una mujer, bien podía la nación, sin mengua de su decoro, declararse insolvente respecto á las cargas de agradecimiento y de justicia. No sería de extrañar tal proceder en un país miserable y esclavizado; pero asombra y aflige semejante ingratitud de parte de un pueblo libre y grande.

Las autoras de la *Historia de los derechos de la mujer* consignan con amargura que al mismo tiempo que el telégrafo de los Estados Unidos funcionaba sin cesar, y la prensa publicaba de continuo noticias y detalles respecto á la salud del presidente Garfield, que, aun cuando muy digno de compasión como herido, no pasaba de ser un hombre vulgarísimo, miss Ana Carroll padecía grave enfermedad, sin que el público se interesase nada por la salud de la que había hecho tanto por la del pueblo. Si ha muerto (que lo ignoramos), puedan las lágrimas de alguna mujer piadosa hacer leve la tierra que fué para ella tan ingrata.

Hemos consignado el hecho por parecernos que, semejante á las columnas miliarias que in-

dican el camino andado y el que falta para llegar, merecimiento tan grande y tan desconocido en la nación donde hay menos diferencias sociales injustas entre los dos sexos, prueba hasta dónde llegan *ya* las mujeres, y dónde están los hombres *todavía*.

Otro *hecho* vamos á citar, que contribuirá á dar idea de lo mucho que ha de ir enseñando el tiempo, y esta lección empezaremos por tomarla nosotros. En LA MUJER DEL PORVENIR opinábamos que no convenía dar á las mujeres derechos políticos. No siendo partidarios del sufragio universal, mientras sean generales la ignorancia y la falta de dignidad; habiendo comprendido y visto que, conceder voto á *todos* hoy en España es dar cientos y miles de votos á unos pocos, que no suelen ser los mejores, natural era que no opinásemos que las mujeres votasen, lo cual equivaldría, por regla general, á que el marido tuviese dos votos, y si era padre, tantos como hijas mayores de edad, etc. Pero todo esto es transitorio; puede llegar, y llegará, un día en que el sufragio universal sea una verdad y una ventaja grande, como resulta siempre de la justicia, y ni aun ese día queríamos derechos políticos para la mujer. ¿Por qué? Porque sobrepo-

níamos la cuestión *moral* á todas las otras; porque la esfera política es, y tememos que sea siempre, la menos pura de todas, y deseábamos que la mujer se mantuviera á conveniente distancia, para que no se manchase. Cuando hombres tan eminentes y tan verdaderamente grandes como Channing, pedían en los Estados Unidos de América derechos políticos para la mujer, dando, entre otras razones, y algunos como la primera razón, que era el único medio de *moralizar la política*, nos asaltaba la duda de si las mujeres podrían purificar la atmósfera, ó se contaminarían en ella.

Expuesta nuestra duda, consignemos el hecho á que aludimos más arriba.

La Comisión del Senado de los Estados Unidos de América, nombrada para informar sobre si debía reformarse la Constitución Federal concediendo derechos políticos á las mujeres, en el dictamen emitido el 5 de Junio de 1882 ha dicho, entre otras cosas, lo siguiente:

«En los territorios de Wyoming y Utah, donde los derechos de ambos sexos eran idénticos, había dado los mejores resultados el sufragio concedido á las mujeres, que, al ejercer los derechos

políticos, mostraron más *moralidad y perspicacia que los hombres.*

»En doce Estados de la Unión tienen las mujeres voto en diferentes asuntos que resuelve el Municipio: enseñanza, beneficencia, etc., y donde quiera han votado las mujeres con acierto.» El Gobernador del Estado de Nueva York decía en 5 de Mayo de 1882 en su Mensaje á la legislatura: «La ley reciente, por la cual son elegibles las mujeres para las juntas de escuelas, ha dado admirables resultados, no sólo por el número de nuevos vocales, sino, y principalmente, porque ha elevado el nivel moral é intelectual de los hombres propuestos como candidatos, estimulándolos á ejercer con más celo sus cargos.

»De estos experimentos se deduce cuán ventajoso sería ampliar el derecho de sufragio de las mujeres á otros asuntos.»

. . . .

. . . .

«Ha venido á ser costumbre general invitar señoras á las reuniones políticas para que oigan las discusiones, y su presencia ha contribuído mucho á que haya en los debates más sinceridad y elevación, y mejores formas. ¿Por qué su concurso no ha de producir los mismos efectos en



las urnas? Siempre que la ley ha dado voto á las mujeres, tanto en Inglaterra como entre nosotros, se observa el mismo beneficioso resultado.....

»En vista de estas y otras razones, la Comisión propone *que se reforme la Constitución Federal, concediendo igualdad de derechos á todos los ciudanos de los Estados Unidos, sin distinción de sexos.*»

Para los que no son aficionados á razones y quieren *hechos*, ahí están; y para todos los que con buen entendimiento y buena fe se ocupan en el asunto, ha llegado el caso, si no de resolver sobre todas las cuestiones que comprende, de reflexionar, porque cada día se ofrecen nuevos datos á la reflexión. Si hay puntos obscuros respecto á los cuales sería imprudente decir: *juzguemos*, respecto á ninguno faltan elementos de estudio, y sobre todo puede decirse: *meditemos.*

Para que nuestras meditaciones sean más fecundas y nos conduzcan más pronto á la verdad, sería bien, al estudiar las fuerzas intelectuales de la mujer, no incurrir en el error que ha hecho apreciar mal las fisiológicas y morales, calificando de *inferiores* las que se manifesta-

ban de un modo *diferente*, y de *débiles* las que eran menos *instantáneas* y *ostensibles*.

Si con sinceridad hemos manifestado nuestras dudas, con energía afirmaremos dos convicciones:

1.ª Que, llegue hasta donde llegue la inteligencia de la mujer, debe procurarse que vaya hasta donde puede llegar; porque si el hombre se perfecciona cultivándola, ella no puede menos de estar sujeta á la misma ley.

2.ª Que las dudas respecto á la igualdad de la inteligencia de la mujer no se refieren á su aptitud para los conocimientos comunes y su aplicación. No creemos que la teoría y la práctica de ninguna profesión exijan mayor capacidad que la suya: un abogado, un médico, un farmacéutico, un comerciante, un industrial, un empleado, un escribano, como lo son la inmensa mayoría, pueden hacerse de cualquiera mujer. Nuestras dudas no se refieren á la inteligencia vulgar ni común, ni al talento, cuando no es muy superior, sino á éste y al genio; y como estos casos son excepcionales, mucho más excepcionales de lo que generalmente se cree, no hay que tenerlos en cuenta para la práctica y para la regla de la vida social. ¿Podrán llegar las mu-

jeres adonde alcanzan los grandes hombres? ¿Llegará alguna, muchas, tantas ó en menor número que ellos? El tiempo lo dirá; pero lo que puede afirmarse desde ahora para siempre es lo injusto, absurdo y ridículo de que la inmensa multitud de hombres medianos tengan pretensiones de superioridad, porque haya (rara excepción) algún hombre superior. El respeto que merece de ningún modo puede reclamarlo el sexo; la luz que derrama es para todos, y su poderosa palanca no ha de ponerse en manos brutas para que la convierta en palo de ciego. ¿Estaría bien que, porque ha habido jurisconsultos y grandes químicos, cualquier picapleitos ó revendedor de drogas se creyera superior á su mujer, aunque, como sucede muchas veces, sea menos capaz que ella?

Si no hemos escrito inútilmente lo que antecede, el lector tendrá, como nosotros, por un error la supuesta debilidad de la mujer. Pero de que sea más fuerte de lo que se supone, ¿concluiremos que tiene toda la fuerza que podía tener, y era necesario que tuviese, para el bien de la sociedad, el de la familia y el suyo propio? Muy lejos estamos de semejante errónea conclusión.

Hay una circunstancia que, por dura que sea, parece ley; y es que la mujer, á medida que necesita más fuerza, la sociedad hace más para impedirle que se fortalezca. En efecto; cuando su condición era peor que hoy; cuando las máquinas no hacían mucho trabajo bruto, y no rebajaban en nada la ventaja de la mayor fuerza muscular; cuando el espíritu de la mujer se despreciaba hasta el punto de poner en duda si le tenía; cuando se la esclavizaba de todos modos, encadenándola de la manera más odiosa y cruel; entonces, que necesitaba tanta fuerza para no sucumbir material y moralmente, mermaban su resistencia por la ley que indicábamos arriba, y que no es, después de todo, más que la muy conocida de que *todo el que oprime debilita.*

Sin duda la condición de la mujer ha mejorado; es consoladora, comparándola con lo que ha sido, pero irritante comparándola con lo que debía ser. Víctima de grandes injusticias y de grandes errores, sufre todavía los efectos de las causas que, calificándola de débil, la debilitan inhabilitándola para la plenitud de su vida física, moral é intelectual. Se notan y censuran sus condescendencias no razonables, sus contradiccio-

nes, la energía que le *falta*, sin notar la que *necesita* y la que se le *quita*.

El hijo suele amar á la madre, pero no es lo común que la respete, aunque él ó ella ó entrambos supongan otra cosa, ó no supongan nada. Hay muchas formas de respeto que á veces no existe en el fondo, porque la inferioridad intelectual, social y económica, que contribuye á la de carácter, es sentida y más ó menos manifestada primero por el marido y después por los hijos. El amor puede cubrirla, pero no la destruye, y á pesar de él, aparece como sabor amargo de píldora, cuyo dorado falta á trechos. ¡Cuántas veces es la mujer objeto de procederes que, aun benévolos, aun afectuosos, más que á persona formal, parecen dirigidos á una niña grande! De aquí la frecuencia con que le falta autoridad para mantener un orden que reclama el mismo que le dificulta. No basta que el hombre, como suele decirse, *no se meta en las cosas de casa*, para que en ella tenga prestigio la madre; porque sobre que las cosas de casa tienen relación íntima, el respeto no es como esos animales que viven aunque se los divida en pequeñísimas partes, sino que necesita muchos y varios elementos para existir, y la desautorización en

un asunto se refleja en otro y otros, que se imaginan independientes de él.

La desigualdad de carácter (una forma de la debilidad), más daño aún que al marido hace á los hijos, pues, lejos de neutralizarla, la suman con la suya. En la voluble irreflexión de la infancia son indispensables ciertos puntos cardinales bien fijos; la fijeza les da carácter de ley, sello de verdad, porque cuando no se sostiene ó se varía el mandato, los niños, y aun los hombres, miden por la facilidad el derecho de infringirle, suponiendo que no importará mucho lo que se defiende tan poco. Todo esto parece claro; pero no lo es menos que se pide á la esposa y á la madre firmeza necesaria al buen orden, y al mismo tiempo se la priva de todos los medios de fortalecerse, y se merma su autoridad y su prestigio.

Decíamos que se nota en la mujer la fuerza que le falta, pero no la que necesita, y de esto último no tienen idea la mayor parte de los hombres. Saben que *pelea con los chicos y con los criados*; á veces dicen: *no sé cómo tienen paciencia;* pero ignoran ú olvidan que la paciencia es fuerza, y ¡cuánta gasta la que acusan de débil! Porque en ocasiones es *insuficiente*, concluyen

que es *pequeña;* modo de discurrir como el que calificase de endeble al cargador que no pudiera levantar quinientos kilogramos.

Pero ¿dónde está ese peso que exageradamente calificamos de excesivo, arrojado sobre los débiles hombros de la mujer? ¿Dónde? En su casa; en cualquiera casa podremos hallarle; para ojos inexpertos, invisible, pero abrumador, más que por la intensidad, por la continuidad de su acción. La continuidad: esta es la circunstancia que le agrava, haciéndole tantas veces superior á una fuerza, que, mermada por las causas indicadas y otras, ha de ejercitarse sin descanso. El espíritu de la mujer (recordemos que no se trata del vigor muscular), el espíritu de la mujer cuando lucha incesantemente en su casa, por falta de descanso, se *rinde*, y ésta es la explicación de muchas inconsecuencias y debilidades.

Una de las causas de que el servicio sea malo en los asilos benéficos y en las prisiones, es la falta de descanso de asistentes y guardianes. No basta que se les den horas para el sueño y la comida; no bastan el reposo y sustento *fisiológico;* se necesita el *psicológico;* que el enfermero deje de ver enfermos y el guardián penados; que su

ánimo se rehaga en la compañía de personas sanas de cuerpo y de alma, y con el espectáculo de las cosas buenas, bellas y verdaderas, de la felicidad que da alegría, y de la virtud que da ejemplo. Mientras no haya suficiente personal para que con los relevos se restablezcan las fuerzas psicológicas, hágase lo que se haga, no habrá nunca buen servicio.

¿Y qué tienen que ver, se dirá, un hospital y una prisión con una casa honrada, en que no hay enfermos, y una señora con enfermeros y guardianes? Tiene que ver mucho; porque para que ella cumpla su misión como ellos su servicio, há menester también reposo, recreo de ánimo que no tiene; y si hemos ido á buscar puntos de comparación que tal vez se califiquen de extraños, es porque existen más analogías de las que se ven á primera vista, y las hay para los efectos de *rendir*, entre todos los trabajos asiduos que no se interrumpen con el descanso conveniente. Que los hombres hagan críticas, acusaciones, cálculos ó epigramas; todo será inútil para el buen orden moral y aun material de la casa, mientras las mujeres no se hallen en condiciones psicológicas para establecerle, y tengan el espíritu en un grado de malestar, can-

sancio ó hastío, de debilidad, cuyos síntomas se califican de faltas cuando no son más que naturales consecuencias. Y no se diga que alguna se sustrae á ellas, porque los méritos excepcionales no han de servir de norma para las reglas; ni se alegue que no advierten estos males las que suponemos víctimas de ellos; porque el no reconocer su estado no es prueba de que carezca de gravedad, y enfermos próximos á morir, hacen proyectos de viaje.

No es cierto que la mujer sea débil, pero sí que está debilitada por el exceso de trabajo ó la ociosidad; por el tedio, por la inacción de sus facultades más elevadas; por la mala higiene; por la falta de recursos; por el poco aprecio en que se la tiene y por la escasa instrucción que se le da.

En los Estados-Unidos de América, donde el régimen material, moral é intelectual de la mujer se aproxima más á la razón y á la justicia, su moralidad aumenta con su fortaleza. No sólo la criminalidad de éstas podría quedar reducida á muy poco, sino que disminuiría la de los hombres, que con tanta frecuencia *se pierden por una mujer*, por lo común *mala*, es decir, *débil.*

La conclusión de este asunto es, y no puede ser otra, que pedir para la mujer un régimen *tó-*



nico, en vez del *enervante* á que ahora está suje

Que engendre y críe hijos robustos;

Que los eduque bien;

Que sostenga á padres débiles;

Que sea la compañera y auxiliar del esposo hasta cierto punto pueda suplirle, cuando muerte le arrebata ó la enfermedad le inhabili

Que resista á los hombres malos;

Que sea cooperadora de los buenos en el bi público, y la iniciadora de aquellas obras be ficas respecto á las que tiene mayor aptitud.

Para todo esto, que esté armada contra la nidad, contra el vicio, contra todo género culpables concupiscencias, único modo de q pueda triunfar del mal, que rara vez deja de c sobre ella cuando le hace.

¡Ay infeliz de la que nace hermosa!

exclama el poeta. El pensador dice:

¡Ay infeliz de la que vive débil!

Transformar á la *mujer de su casa en mu fuerte*, tal es el problema.

La transformación es en unos pueblos rápi en otros lenta, pero donde quiera, indefectib Todos los que contribuyan á ella merecerán b de la sociedad, de la familia y de la mujer, q

será mejor y más dichosa cuando alcance la plenitud de su existencia racional, hoy comprimida y abigarrada.

Ese día no le veremos los ancianos, ni le verán los que nacen hoy; pero podrán vislumbrar su aurora si el sexo débil aprende que su debilidad es en parte mentira y en parte injusticia; y el sexo fuerte, que no le ha dado Dios la fuerza para que desfigure y mutile sus obras. En España son todavía pocos, muy pocos, los que comprenden que todo atentado secular de opresión necesita una obra de redención; pocos los que aceptan el *deber* en la *medida* del *poder;* pocos los que aspiran á la superioridad, elevándose y no rebajando á los demás; pocos los que están dispuestos á sustituir la pueril vanidad por el noble orgullo, el egoísmo por la abnegación y la tiranía por la justicia.

Aquella voz que preguntaba á Caín: *¿Qué has hecho de tu hermano?* podría resonar en la conciencia del hombre diciéndole: *¿Qué has hecho de la fuerza de la mujer?* No parece fácil que respondiese á la celeste voz; pero es aún más dificultoso que la oiga.

FIN DE LA MUJER DE SU CASA.



ÍNDICE.

LA MUJER DEL PORVENIR.

Á todos (sobre la reforma de las prisiones).
Examen crítico de las bases aprobadas por las Cortes para la reforma de las prisiones.
La cárcel llamada Modelo.

INFORMES:

Sobre *reforma penitenciaria*, para el Congreso internacional de Estocolmo.
Sobre el *empleo del domingo en las prisiones*, para el de Roma.
Sobre los *incorregibles*, para el de San Petersburgo.
Sobre los *niños*, para el de protección de la infancia.
Sobre el *estado de las prisiones en España*, para la obra del Dr. Wines: *State of prisons and child-saving institutions in the civilised world.*
Sobre la *condición social de la mujer en España*, para la obra de Mr. Stanton: *The woman question in Europe.*

ESTUDIOS CRÍTICOS:

De las obras del P. Feijóo.
De la obra de Spencer sobre la educación.
El realismo y la realidad en las bellas artes.

ARTÍCULOS:

Varias series de los publicados en revistas y periódicos nacionales y extranjeros sobre beneficencia, materia penitenciaria, el problema social y la guerra.

OBRAS POÉTICAS:

Fábulas en verso.
Oda á la abolición de la esclavitud.
Apelación al público.
Anales de la virtud (colección de romances).

